

Tray Mocha

Revista Semanal



"HIPOCRESIA"

Por S. MEUNIER

Nº. 879

Marplatenses



Señoritas Sara Díaz Ruiz y Bernabela Juha Libertí Crocco



Señoritas Carilda y Luisa Monclus y Lola y Celia Segura



Señora Antonia L. E. de Fabro y señorita María Elena Garbisu



Señor E. Bovera y su esposa



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Horacio B. Oyhanarte y el director del litoral marítimo señor Juan Carlos Barla



Doctores Horacio Rodríguez Larreta, Francisco Llober y Bengolea



Doctor Marcos A. Figueroa, su esposa Ana Urioste y su hija Ana Victoria, y el señor Carlos Grüneisen y su esposa María Teresa Combles



Señoritas Lucinda Zavaleta Méndez y Susana Stegmann Buttner



Señoritas Asunción y Marta Casalins y Elena y Angélica Sala Fernández



El doctor Vicente Subizza y sus hijos Fots, Bonnia e Iris



Señor Tomás Bravo



El doctor Marcos A. Figueroa, su esposa Ana Urioste y su hija Ana Victoria; la señora María Teresa C. de Grüneisen y su hija Helene

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, febrero 26 de 1929

N. 879



“UN DUO”

Por J. WEISER

(Véase la página siguiente)



Cuénteme, cuénteme...

—¿Le cuento? Bueno: Este era un rey...

—¡Oh, sin bromas, Ramiro! No me haga rabiar.

—¡Ah! Pero... ¿usted rabia?

—Sí; soy muy vehemente.

Y de un taconazo, Olga, hizo temblar la barandilla de la imperial.

—Curiosa. Mejor, miremos el paisaje.

Rodaba el tranvía por el último serpenteo que hace la línea, cerca ya de la Escuela Naval.

—Miremos. Parece que fuéramos en aeroplano. Imagínese que...

—¡¡¡Oh!!!

Esta vez el taconeó fué con ambos pies y sacó de su mutismo a misia Matilde.

—Niña, no seas tonta.

Ramiro murmuró al oído de Olga:

—No se puede contar delante de su mamá.

Y en voz alta dijo a la señora, empenachada y compuesta como una carroza fúnebre:

—Hay cosas que las niñas no deben oír, ¿no le parece?

—Así es.

—De veras, parece que fuéramos en aeroplano. Fíjate, mamá.

Desde la imperial no se veía el canto del camino, y el tranvía parecía volar sobre el abismo. Porque delante se abría un barranco, todo reverdecido por las lluvias del ya pasado invierno. Allí pacía un burro cachazudo entre la inquietud de tres cabras blancas y cacareaban algunas gallinas bajo las ropas tendidas en cordeles.

—¿Casas de lavanderas?

—Sí.

En varios planos escalonados, tajos angostos hechos en el barranco, se alineaban casucas de madera vieja, remendadas de hojalata y humeantes a pesar de no tener chimeneas. En el primero de estos tramos del abismo, cuatro viejas tomaban el sol, en corro inmóvil, ante la fauce negra de una puerta desvanecida. Más lejos, en lo hondo, puntos terrosos de chicleos harapientos se movían semejan-do el revolotar de las moscas, y una que otra falda de rojo percal o alguna blusa muy blanca se pintaba junto a la artesa.

El tranvía torció bruscamente la última curva: chirriaron las ruedas hasta causar dolor en los oídos, los pasajeros se recostaron perdiendo el centro de gravedad, el viento del mar sopló poderoso en la bocacalle... Habían llegado.

Bajaron. Ramiro contempló un minuto corto, desde el pequeño malecón, la mansedumbre de la bahía, dormida en aquella tarde dominical, y aspiró el olor de algas y brea que subía del puerto.

Luego preguntó:

—¿Aquel es el cerro que paseamos ayer?

Ambas miraron presurosas el caserío en promontorio.

—El mismo.

Se aglomeraban mansiones opulentas y casitas claras y coquetas; había escaleras que bajaban a pequeñas quebradas, acacias que sombreaban callejuelas empedradas, limpias y tranquilas, modestos campanarios, diminutos jardines suspendidos y barandales interiores con ropa en ventilación.

Ramiro, desde su vuelta a Chile, pocos días atrás, se había dedicado a reandar esos lugares ya ca-

ILUSION

Por Eduardo Barrios

si olvidados. Olga y misia Matilde le guiaban, viniendo a la ciudad desde su chalecito del Barón.

—¿Bajamos a pie o por el ascensor?

—Por el ascensor — repuso misia Matilde.

A misia Matilde, ágil a pesar de sus sesenta largos, le gustaba más bajar a pie. Sin embargo, aquel día los pasajeros del ascen-

llos de presidio; los escasos árboles figuraban esferas verdes pegadas al suelo; y los edificios del comercio, regulares, altísimos, severos y apretados con avaricia de terreno iban creciendo y confundiendo sus contornos a medida que la vagoneta descendía.

En los cerros quedaba el Valparaíso simpático, donde hombres ya calvos juegan a la pelota con los

“UN DUO”

¿Cuán satisfecho está el abuelo de tener por único público admirador a su nietecita, mientras da una lección de canto al amaestrado y predilecto mirlo!

¡Feliz vejez y feliz infancia! Abstraídos los personajes de esta escena en su inocente pasatiempo, ni les preocupa el ruido de nuestras fábricas, ni el producido por nuestras locomotoras, al par que nada les importa la afanosa muchedumbre que invadiendo calles y plazas acude a sus quehaceres o en busca de distracciones.

Creemos excusado encarecer el mérito de este cuadro que reproducimos en la página precedente: no lo necesita. (N. de la R.)

sor no le mirarían la cabritilla arañada de las botas, sino los zapatos nuevos, charolados, y, sobre todo la capota de plumas. Y prefirió bajar entre ellos.

La vagoneta se llenó. Pudieron sentarse Olga y misia Matilde. Ramiro quedó lejos de ellas mirando abajo por las ventanillas. El horizonte refulgía tanto, que cegaba; los muelles se recortaban sobre la mar brillante, como escuadras o martillos enormes colocados sobre un tapiz de felpa color de acero; se quebraban en curva dirección las líneas de las calles principales, mientras las atravesadas serpeaban cerro abajo, angostando en el bajo hasta fingir pasi-

muchachos, al pie de sonoras arboledas y sobre afelpadas praderas verdes, frescas y olorosas como aquellas de las pastoriles antiguas.. el Valparaíso del hogar, donde tañen las campanas, juegan los niños y, de velo a la cabeza y rosario a la muñeca, las mujeres rodean a los curas en el atrio de las iglesias pobres.

Ramiro amaba los cerros: allí estaba la vida afectiva. Le aplanaba el espíritu la fiebre mercantil, enardecida con whisky o cerveza, que en el puerto consume las energías de los hombres. No dejaba de admirar aquel pueblo vigoroso de abejas incansables, que reconstruyó su ciudad en cinco años y

YO PERSIGO UNA FORMA...

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
Botón de pensamiento que busca ser la rosa;
Se anuncia con un beso que en mis labios se posa
Al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;
Los astros me han predicho la visión de la Diosa;
Y en mi alma reposa la luz como reposa
El ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,
La iniciación melódica que de la flauta fluye
Y la barca del sueño que en el espacio boga;

Y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,
El sollozo continuo del chorro de la fuente.
Y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

Rubén DARÍO

compra, vende, fleta barcos y se engrandece; pero... la grandeza de los afanosos no le sacudía el alma.

—¿Siempre se irá usted a Santiago? — le preguntó misia Matilde, ya en las calles del puerto, tan silenciosas los domingos como febriles y mareantes el resto de la semana.

—Me parece necesario.

—¿Cuándo?

—En la semana próxima, probablemente.

Olga fijó la vista en las losas del pavimento. No debió parecerle bien la nueva, pues continuó la marcha, muda, y, arrastrando la sombra brilla de dorado gro se limitó a dejarse acompañar.

Hablaba misia Matilde.

No era sino la abuela de Olga; pero como la hija muriera la nieta había heredado aquel cariño, y poco a poco, en complicidad con la chochez de la edad, habíase convertido en su ídolo, en su pasión de vieja, en su fanatismo. El parto quitó la vida a la hija; y desde entonces, abuela, yerno y nieta, formaron un culto escondido y creciente de amor. Luego murió también el yerno, Cosme Bilbao, asturiano sin grandes aspiraciones, a quien sorprendió la última hora en la trastienda de un almacén de abarrotes, cuando su fortunita, sin ser escasa, no había llegado aún a la soñada cifra. En vida de Cosme, vivieron un tiempo en el Cerro Alegre. Allí creciera Olga, — “Mi Olga”, decía misia Matilde — todo su cariño hoy en la tierra. ¡Cuántos trabajos! El padre, celoso de la educación de su chica, la encerró en un colegio de religiosas aristocráticas. Pero la vieja no había podido resistir la vida sin la niña. Todos los días iba de visita al colegio, y, muchas veces ante la madre inspectora, le preguntaba: “¿Sufres?... ¿No te sienta el encierro?... ¿No te diviertes?... ¿Son muy pesadas contigo las madres?... Estás pálida”. Hasta que una vez, acaso porque las monjas juzgasen inconvenientes visitas e interrogatorios, se le rogó sacar a Olga del colegio. No, separada de la niña, no habría tolerado la existencia.

—Ahora, ya ve usted... ¿Qué quiere subir cerros? La llevo. ¿Qué a la Filarmónica Española? En una salita me tiene usted, charlando con otras viejas, mientras ella baila, como la noche que lo conocimos a usted. Y tengo que llevarla siempre a la Filarmónica, porque los de la colonia — misia Matilde pronunciaba “la colonia” como quien dice los míos — dicen que no hay fiesta completa sin mi Olga. En fin, a ella le gusta; y yo, que por hacerla feliz... le raptaría un rey...

—¡Mamá...!

Misia Matilde se la quedó mirando, maternalmente orgullosa y tierna. Luego suspiró. Y aquel suspiro parecía decir: “Me cuestas la vida, el objeto de mi vida eres tú”.

Se habían detenido en la Plaza Sotomayor, donde tomarían un nuevo tranvía para volver al Barón.

—Pero es muy buena, mi hija — concluyó.

Y le arregló solicita los encajes del cuello, que alborotara el viento.

—Y será muy feliz, señora, sin necesidad del rapto del rey.

Olga, que seguía jugando con la

sombrilla, dijo fingiendo fatiga:

—¡Terminó el paseo!

El tranvía comenzaba a salir del paradero.

—Mamá, no detengas al señor Concha... Y se nos va el tranvía, por Dios.

—Bueno, señor Concha, ¿irá usted a vernos pronto?

—Mañana. Como que mi única obligación aquí es visitarlas a ustedes.

—Se acabará pronto. No se desespere. Santiago lo llama...

—Olga... no sea injusta.

—Se va el tranvía, niña; sube. Adiós, señor Concha.

—Hasta mañana, señora. Olga, deme siquiera la mano. ¿O se ha resentido porque no he contado el chascarrillo?

Olga sonrió, reprimiéndose. Al parecer, deseaba estar muy seria. Pero alargó a Ramiro la mano pálida, en cuyo anular pestañeaba un brillantito. Y se lo quedó mirando, con las pupilas secas y cambiantes.

—Adiós.

—Hasta mañana.

Y no obstante sus propósitos de rigor y frialdad, la muchacha, para subir al tranvía, hubo de ser llamada una vez más por su abuela...

II.

A las diez de la mañana bajó Ramiro del hotel.

Desembocaba la escalera en una de esas callejas atravesadas del puerto, en una cuadra corta, estrechísima y oscura, pestilente a suelo mal asoleado cuando no a las fritadas que mañana y tarde lanzan su tufo por entre las holllinadas rejas de los sótanos.

A no ser por la proximidad del mar, a toda hora pródigo en brisas frescas, aquel avaro pasaje abierto entre altísimos edificios rectangulares y acribillados de ventanas, carteles y planchas de bronce, hubiese producido en Ramiro la sensación angustiosa que han de sentir los emparedados.

En la puerta se detuvo, dando el último retoque a las uñas. Tenía frío. El baño, acaso demasiado largo, pedía andar. Como tenía que poner un telegrama para su primo Luis Felipe, se dirigió al telégrafo.

Vestía traje y sombrero castaños que armonizaban con el pelo, de igual color, y con las grandes pupilas atabacadas. Tenía treinta años, fuertes los hombros y aristocrático el andar. Entre flotantes bocanadas de humo blanco, fragante, la boca crespada y ardiente hablaba de placer y de dolor. Los grandes ojos, luminosos bajo las cejas firmes, miraban cálidos, a la vez íntimos y dominadores. Estaba siempre pálido, con palidez débil, alterable a la menor emoción. Eran contados sus amigos; reía sin estrépito y nunca se mostraba expansivo fuera de la intimidad. Solía pasar a menudo por inepto y sorprender luego con la certeza de sus juicios.

En el telégrafo, ante la cuartilla prolijamente festoneada de advertencias, meditó largo rato. Luego, frunciendo el ceño, escribió decidido.

Si, sí; hacía bien. Luis Felipe le quería de veras, y él no contaba entre sus defectos la ingratitud.

En el resto de la familia no quiso pensar. Sus padres habían muerto, siendo él un niño; y sus

abuelos, viejos católicos de moral rancia, rígida e infanzona, quisieron hacerle sacerdote; pero a él molestárale tanto la gramática latina como la teología y como el tufo de los cirios humeantes, y... ¡Bah! El jamás quería evocar aquel pasado que fué causa de una rifa definitiva con los suyos y de que se marchase violentamente al extranjero un día, sin más haber que sus veinte años, su rebeldía y su sed de amar.

Por allá fué un pobre humilde y laborioso, un rico, aturdido y gastador. Empezó, en la montaña del Perú, una empresa cauchera que fracasó por exceso de honra.

Y volvió a Chile, siempre con los ojos vueltos hacia el amor, seguro de que en él, nada más que en él, debemos depositar... siquiera nuestra esperanza.

Salió del telégrafo a la calle de Prat. En la Bolsa repiqueaba un timbre anunciando la última rueda de la mañana. Los corredores pactaban en las puertas de los bars, en mitad de la calle, apoyados en los postes telefónicos...

De pronto, se encontró frente a la casa de Gastón Labarca, un dibujante que con él llegara de Buenos Aires, días atrás y subió a verlo.



—Capitán! La banda de babor toca en un escollo.

—¿Entonces... ¿ese ruido?

—Ya os he dicho que está tocando la banda.

dez; y en Buenos Aires sirvió de repórter en un diario y vivió entre damas caprichosas, entre artistas y aun entre ladrones. En todas partes amó y olvidó. Fué muy amado de las mujeres: todavía solían llegarle de lejanas tierras cartas llenas de llorón y exagerado desconsuelo, pero reveladoras de que su recuerdo, con la fatalidad de un sortilegio, dormía aún en el fondo de muchos corazones, como un romántico reflejo de luna en el fondo encantado de una fuente.

Su vida espiritual, siempre intensa, tuvo frecuentes llamaradas que mucho tiempo le desorientaron. En una época le dominó la timidez, luego el orgullo y aun la vanidad. Enloqueció de dolor y de placer, tuvo grandes entusiasmos y pasmosas frialdades... Por fin, un día, cansado, hizo alto en su camino, miró atrás, sonrió a sus éxitos y a sus caídas y vio que había llegado al punto en que nada nos sacude con pasión primitiva, en que todo empieza a aspirar a la elevación y en que lo demás nos provoca sólo una mueca, mueca de asco unas veces, de dolor muchas, pero... mueca, al fin.

—¡Hola, Concha!

—Voy a echar un paseo. Me quedé mucho rato en el baño y estoy helado.

—¿Ejercicio pide el cuerpo? Vamos. Yo voy al periódico. Porque ya me tiene usted ganando dinero: dibujo para una revista ilustrada.

Se quedaron charlando unos momentos.

—¿Y está contento?

—¿En Valparaíso?... Casi.

—¿Cómo casi?

—Estoy en mi tierra y en mi casa... Pero aquí no hay ambiente artístico. Los noctámbulos son viciosos, borrachos y brutales, aquí... ¡Mi bohemia!

—Pero ¿no soñaba usted con una vida regular?

—¡Es que la bohemia, esa celosísima querida del artista, es tan tirana, a pesar de vestirse de libertad!... Tengo ratos de tedio.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—A veces estoy irascible. En nuestra vida errante, suspiramos por el hogar, por la plazuela en que correteamos con otros chicos del barrio, por la camita casta donde tuvimos sueños blancos y nos dió la "alfombrilla"...

Ramiro sonrió.

Y continuó el dibujante:

—Suspiramos por el cuartito en que por prescripción del médico, muy arigados, jugamos a los soldados con la abuela; y sin embargo, después...

—Usted debía ser literato.

—Soy dibujante — replicó, entre festivo y orgulloso, Labarca.

—Pues yo no vuelvo a ningún hogar, y lo lamento.

—Quién sabe si es mejor para usted... Porque no tardamos en ver que ese contento... ya no puede ser. Traemos una enfermedad que sólo nosotros comprendemos. Otros dormitorios, sin soldaditos de plomo, con cintas y horquillas esparcidas entre nuestros pinceles sobre la mesa; otras manos que, en vez de abarquillarnos las virutas de oro, nos despeinan las disimuladas canas; otros cantos, en fin, escuchados, no mientras nos amodorrábamos en una poltrona honda, viendo correr los dedos venenosos de la abuela sobre las amarillentas teclas del piano, sino al recibir los primeros rayos del sol por una ventana que abrían manos juveniles para regar el minúsculo jardín suspendido en el balconcillo del quinto piso... Y así, mil cosas, mil sabios lazos tejidos por la bohemia con cabellos de mujer y rayos de sol, con clavetes y con besos...

—Tiene usted un sentimentalismo literario.

—No se ría.

—Véngase a Santiago.

—Más tarde, quién sabe... Vámonos — y saliendo echaron a andar hacia la calle Esmeralda.

Ramiro, en el corto tiempo que había tratado al pintor, tuvo sobradas ocasiones de apreciarlo. Si sufría neurastenias pasajeras, durante las cuales tornábase retórica mente sentimental, causa de ello eran su temperamento artístico y su gran corazón. Llegó a quererle. Ambos tenían la misma edad y algunas afinidades de carácter: eran muy afectivos, apasionados y sensibles como mujeres. Ramiro juzgó la tristeza del pintor, muy natural: en su pecho, rico en ardores, verdadera almoneda de pasiones, hacía falta un ídolo.

Y se lo dijo entonces.

Labarca no tuvo tiempo de con testar. Por una bocacalle apareció una mujer.

—¿Usted sabe quién es? — preguntó Ramiro.

—No; ni me interesa.

—Pues a mí, sí.

Era pequeña, de andar menudito, blando y gracioso, rostro en forma de almendra, casto mirar... Redondeadas e incentivadas sin embargo las frágiles caderas... Pero tenía más de mujer que de hembra... Vestía siempre de negro, estilo sastre, con manguito y gorro de nutria.

—Parece viudita, por el traje.

—Sí; es soltera, no cabe duda.

Al pasar, miró con simpatía y gran recato a Ramiro.

—Observémosla.

Se detuvieron en la esquina.

—¿Está usted enamorado?

—¡Pse!...

Todos los días, a esa hora, Ramiro la encontraba. Ella revelaba trastorno al verle, y ya Ramiro se le antojaba que aquella impresión tumultuosa por él sentida en el pecho a cada encuentro, también la sentía ella.

—No vuelve la cara.

Era cierto; pero de trecho en trecho se detenía delante de alguna tienda, y advertíase que no miraba los géneros, sino alguna ima-

gen que se reflejaba en el cristal de la vitrina.

—Sígala.

—No puedo. He de volver en seguida para almorzar y partir al Barón, donde tengo anunciada una visita.

Pero como la anónima seguía el camino del hotel, Ramiro la siguió.

Y en la puerta, viéndola perderse de vista, lamentó muy de veras la falta de tiempo...

III

En las tinieblas del dormitorio entró misia Matilde, la vela encendida en una mano y el sombrero azul de Olga en la otra. Dejó el sombrero sobre una silla, prendió el gas y gritó:

—Ya está, niña.

En seguida puso la palmatoria sobre la mesita de noche y sentóse a la orilla de la cama, pensativa y soñolienta, cruzadas por encima del vientre las manos huesudas, que asomaban por las negras bocamangas como dos leños secos y terrosos.

—Olga —volvió a gritar—. Ya es tarde. Y mañana tienes que levantarte temprano. ¿Dónde estás?

—En el comedor, mamá, to mando agua.

La vieja bostezó. Por toda dentadura, pendían de su encía superior dos colmillos como dos goterones de cera. Se santiguó antes de cerrar la boca y esperó, entretenida en leer la caja de fósforos.

Ella, que leía Morton en los frascos de pimienta y London en el forro de los sombreros de copa, no concebía que hombre alguno pudiese pronunciar aquellas palabras suecas de la caja de fósforos. ¡Un idioma con tantas kaes y chees!

—¿Me abriste la cama? —le preguntó al entrar, Olga.

—Voy, hija.

Y sus dedos nudosos plegaron la sábana deshilada. Luego volvió a su postura, parpadeando de sueño. El pelo gris, tirante hacia el medio alto, le despejaba más las orejas del cráneo; la blusa de paño negro hacía más seca de pecho. Pero aquel traje modesto y su delantal blanco eran sin duda por ella más amados que la capota de plumas que le pesara el día entero en la cabeza.

Olga corrió la cortina del balcón, y ante la luna del ropero, empezó a desabrocharse el traje de hilo azul pálido con encajes blancos.

—No te duermas, mamá.

—¡Ay, niña! Estoy rendida.

—Tú, tan ágil, más ágil que yo, ¿rendida?

—¿Te parece poco lo que llevamos andado en estos días por esos cerros? Por suerte, hoy hemos terminado.

Hubo una pausa en que sólo se oyó el gemir distante de un acordeón.

—Mamá, ¿qué piensas tú de Ramiro?

—¿De él?... No sé. Casi no lo conozco.

—Por lo que lo llevas tratado.

—Hay necesidad de vivir con una persona para conocerla.

¡Allaron otro instante. Olga, en calzones, el corsé tirado en el sofá y aún moldeados los senos en la camisa por la presión de todo el día, se trenzaba el pelo colgante por encima de un hombro.

Aquellos dedos largos de sonrosadas yemas tenían sobre la crencha negra temblores de plumas blancas.

—Muy buen mozo es, demasiado buen mozo. Sabe Dios la clase de diablo que será.

No, mamacita; si tiene una expresión de bueno, de tierno, en los ojos...

—Las caras nos vemos, hija, y no los corazones.

Olga soñaba, inmóvil en medio del cuarto, las manos en las caderas, los brazos largos y frágiles recortándose sobre la madera color de sangre, del ropero imitación imperio.

Tenía las mejillas poco llenas la tez marfileña y seca, delgada la boca, pequeña la frente y los ojos grandes, negros, calenturientos, envueltos en sombra y con esa expresión suave y un poco triste de los niños excesivamente mimados.

—Pero... hay algo en los corazones de los demás, que una lo

—Si encontrara un trabajo ventajoso aquí...

—Quién sabe si hasta novia tendrá.

—No...

—Pero Olga, por Dios. Lo has conocido sólo hace seis días, en un baile, donde por fuerza todos los hombres se ponen galantes... y porque te acompañó toda la noche y ha venido a visitarnos y ha paseado con nosotras todos los días, ya crees, ya piensas... ¿Te ha dicho algo concreto, siquiera?

—¿De qué?

—¿Qué sé yo?... De amor, zalamerías...

—No, nunca.

—¿Entonces?

—¡Ay, esta noche no quisiera que me dijese nada desagradable!

IV

—Y todavía no es tiempo de que haga tanto calor. ¡Qué será en pleno verano!

—¡Ave María!

—Pero es peor abrir esas ventanas.

Y era verdad: del mar no vendría el más leve soplo de brisa. En cambio, entraría el sol en el comedor... y daría en el viejo piano de estudio, lo que para misia Matilde, ordenada y cuidadosa, hubiera sido mortal pecado.

Ramiro, solícito, abrió de par en par la puerta del lado de tierra, mientras lo mismo hacía Olga con la ventana. Daban a un pequeño balcón rústico, a cuyos pies nacía el emparrado verde tierno, para ir a perderse bajo la mancha rosa de los durazneros en flor.

—Síntese, Ramiro... Tú, mamá...

Olga ofrecía sillones de junco, arrastrados hasta el umbral de la puerta por ella.

—Preciosa vista.

—Todo está muy descuidado.

—Y ese borracho de José Dolores, sin venir.

—Podíamos ir, Ramiro, a llamarlo. Así conocería usted este arrabal.

—¿El señor Concha no lo conoce?

—No, señora. Y no dejará de tener sus encantos, el "arrabal", como la modestia de ustedes quiere llamarlo.

—Pues iremos, si usted lo desea.

—Será cuando ya haya bajado un poco el sol, niña.

—Para lo que falta...

Mucho habían conversado en el lunch. Un mutismo perezoso y fatigante pesaba ya en la tertulia. Había contado Ramiro anécdotas de sus viajes, y Olga, que tan arrogada las oyera, tenía perdido sin embargo su buen humor ahora. Quizás la conversación no había rodado a un punto para ella de más inmediato interés.

Mientras Ramiro fumaba, con las pupilas abismadas en la luminosidad luminosa del cielo —un cielo que fingía elevadísima bóveda de mármol azul con venas blancas —ella rompía distraídamente el encaje de su pañolito.

Junto al pasado novelesco de su amigo, ella revisaba el suyo... ¡tan falto de relieve!

¿Conmociones? La muerte de su padre, la primera comunión, alguna revelación fisiológica en un corrillo de colegialas precoces... ¿Trabajos? Los ejercicios de piano, ascensión fatigosa de metódicas armonías; la pintura, flores y más flores... ¿Cariños? La ternura de su abuela, tanta y abnegada ternura, pero... tan poco eficaz para calmar ciertas ansias nacientes... Sentíase débil y abandonada, y ocurríasele que Ramiro Concha, espíritu templado por aquel azaroso vivir, habría de ser baluarte firme y dulce para que toda mujer pudiese descansar, amparada y defendida contra los problemas del porvenir, de ese porvenir que a ella se le presentaba como un fantasmagórico y martirizante signo interrogatorio puesto al frente de sus ansias infinitas.

Los minutos pasaban lentos, con la misma pereza con que las espirales de humo del cigarrillo se disipaban en el aire inmóvil y caliente.

GRATIA PLENA

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:

su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar.

El ingenio de Francia de su boca fluía

Era llena de gracia, como el Avemaría.

¡Quién la vió, no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,

rubia y nevada como margarita sin par,

al influjo de su alma celeste, amanecía...

Era llena de gracia, como el Avemaría.

¡Quién la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad, la investía

de no sé qué prestigio lejano y singular...

Más que muchas princesas, princesa parecía

Era llena de gracia, como el Avemaría.

¡Quién la vió no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía

dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar

y cadencias arcanas halló mi poesía...

Era llena de gracia, como el Avemaría.

¡Quién la vió no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto! ¡Cuánto! la quise. Por diez años fué mía;

... ¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!

Era llena de gracia, como el Avemaría.

y a la Fuente de Gracia de donde procedía,

se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Amado NERVO

siente, algo que da pruebas, aunque no se oye traducido en palabras ni se palpa convertido en hechos... Mamá, cuando tú conociste a mi abuelito, a tu marido, cuando lo viste por primera vez, ¿no sentiste ese algo... esa como correspondencia íntima, muda...?

Misia Matilde tenía de aquello un recuerdo muy vago. Además, estábale alarmando ya el excesivo interés de su nieta por Ramiro Concha.

—Acuéstate, niña; lávate pronto.

—Espérate, mamá, conversemos.

—Te veo demasiado entusiasmada por ese hombre. Piensa en que mañana se va y...

—Puede regresar.

—Sí, espéralo.

—¿Se irá a Santiago? ¿Volverá, si se fuera?

—Averigüalo.

—Anda, lávate y acuéstate.

—Hoy no me lavo.

Y de un salto, la muchacha, que ya se había puesto la camisa de dormir se coló en la cama.

Siguió un hostil y triste silencio.

Afuera ladraba un perro y cantaban los gallos.

Misia Matilde palpó la caja de fósforos en el bolsillo de su delantal.

—Buenas noches. ¿Te has molestado?

—¿Por qué?

—Dame un beso.

La abuela besó a la muchacha, cerró la llave del gas, cogió su vela y se fué.

Su sombra, agigantada, recorrió la pared tapizada en papel salmón a listas, hasta que la puerta se cerró tras ella y el dormitorio quedó a oscuras.

Afuera, el perro seguía ladrando y cantaban siempre los gallos...

Misia Matilde ayudaba en el arreglo de la mesa, dirigiendo a la sirvienta. Las moscas huían del fondo de las tazas e iban a molestar a los contertulios, pegándoseles testarudas en la piel.

—¡Jesús, qué bichos!

—Tendrán ustedes algún corral cerca.

—La caballeriza de un señor millonario de Viña del Mar. Aquella.

Ramiro se irguió, mirando... no se sabe si aquella mano leve, transparente a la luz, como una rosa, o el lugar que ella señalaba, un paralelogramo cercado de rosados ladrillos, donde un gañán cepillaba un caballo y retozaban dos cachorros de mastín.

—Pero, Ramiro, usted se aburre.

—¿Y por qué?

—Sí; aquí hace sueño. Vamos. A buscar a nuestro jardinero. Lo conocerá usted; es pescador, carpintero y horticultor.

—Pintorescos cargos.

—Voy por mi sombrero.

Misia Matilde levantó las manos con la parsimonia de un sacerdote que oficiara, y exclamó:

—¡Con este sol!

—Traeré la sombrilla.

Y Olga se internó en las habitaciones sombrías, volviendo poco después con un sombrero semejante a un enorme pétalo de rosa; la sombrilla y el sombrero de Ramiro.

—¿Vamos?

—Vamos.

—No vuelvan tarde. ¡Qué chiquilla! No te reconozco.

Cuando bajaban la escalerilla verde, aun misia Matilde, con la mano a guisa de visera, repetía en el corredor sus recomendaciones:

—Si van a la playa, cuidado con mojarse los pies. Yo los veré desde aquí... No te olvides, Olga, de que José Dolores tiene un perro muy bravo.

Habitaban, Olga y su abuela, un chalet de paredes blancas y verdes barandales, pequeño; cerrado al frente por una reja oculta en la maraña de una enredadera salpicada de azules suspiros.

Hoy, todavía, este chalet, con aspecto de juguete, siéntase al sol, mirando al mar, en el canto de un barranco tajado por varios caminos en zig-zag. Desde sus corredores otéase todo el balneario vecino, desparramado entre las faldas de las colinas y el mar, con su caserío abigarrado asomando entre jardines, caprichosamente claveteado de minaretes y atalayas. Delante del barranco serpentea la línea férrea que comunica con Santiago, y el camino se borra en la playa de arena.

Allí, Olga, Ramiro y misia Matilde pasaron más de una tarde plácida, en sillas de lona listadas de blanco y rojo que sacaban fuera de la verja. Y quedaban, a sus pies, la pendiente, amarilla de abrojos, rayada por los senderos y manchada por algunos pots sujetos de modo inverosímil; arriba, el sol próximo a bajar; a la izquierda, un caserío de pescadores; a la derecha, abajo, las negras fundiciones empenachadas de humo eternamente; al frente, la playa húmeda y brillante, donde los pescadores encallaban sus barcas y pululaban mujeres y niños que desde arriba se veían apenas como puntos de colores.

Aún subirá el eco de sus voces, tal cual vez, y, como entonces, ha de irrumpir la sinfonía de inmensidad que se levanta del mar, un

mar azul en la lejanía y verde en la proximidad, donde las olas galopan hacia la playa, encrestadas de blanco, persiguiéndose sin alcanzarse jamás, como las filas de un escuadrón encantado y fantástico.

En cuanto la sombrilla roja y el blanco sombrero de paja se perdieron entre la negruzca ranchería de pescadores, misia Matilde volvió al comedor.

Como siempre que alguna inquietud la mordía, habló sola:

—¡Hija mía, cuánto has cambiado en estos días! ¿Qué tendrás reservado, Dios mío, con el conocimiento de ese hombre?

Y mientras ordenaba, sobre el tapete grana de la mesa ya despojada, bordados, tejidos y acuare-

Ramiro les preguntó:

—¿Y qué juego es éste?

Los rapaces miráronse las caras, apretando la risa dentro de los carrillos tostados. Estaban descalzos, desgrefiados y sucios; pero la risa y el mirar eran limpios.

No contestaban.

Olga dijo:

—Pero ¿no los ve usted? Juegan a ensuciarse. Subamos.

—¿Es por aquí?

—¡Qué chiquillos! Mírelos.

Como una bandada de pájaros, habían echado a correr. De pronto, desde lejos, uno de ellos se volvió e hizo a Ramiro una mueca obscena que fué celebrada con un coro de risas por los demás.

—Subamos.

Comenzaba la cuesta con dos

quiera en esto, de cetáceos y lobos marinos.

—Sin duda en otro tiempo, este lugar tuvo su leyenda; pero la superabundancia de nuestros héroes ha ido ahogando cuanto de pintoresco y poético lucían estos pueblos, aun en los nombres de sus calles.

—Calle del Timón... Subida del timón, dicen también.

—Y es más propio.

—Usted, Ramiro, es como yo, que prefiero las leyendas viejas a la historia.

—Es que hoy toda esta gente habla de Prat, pero ignora cómo vivieron sus abuelos.

—¡Ay, ay, ay!

—Y todo eso...

—¡Ramiro, ave María, qué poco galante! Me deja... ¡Qué divertido!... Mire... ¡Presal!...

Por el charolado tacón, uno de los zapatitos de aquella niña fresca y diáfana, se había incrustado entre dos maderos musgosos y resbaladizos de un peldaño.

—Dispénsame. A ver...

En cuclillas, Ramiro intentaba librar de la trampa el nervioso pie. Mas únicamente lograba enterarse de que el tobillo de su amiga le cabía entre el pulgar y el índice y de que la piel que la media transparente entibiaba, era blanca, con la blancura de la leche débil.

—Me hace cosquillas. Cuidado. No, así no.

—Convendría más desatar. Yo sacaría en seguida el zapato solo.

—Bueno, sí.

—Ya está.

Ramiro había deshecho el lazo. Y Olga, libre ya, encendida y saltando en un pie, fué a recostarse sobre la pared más próxima, una vieja y vencida pared que inflaba su panza encalada bajo el alero de un tejado en donde la hierba crecía.

—¡Qué contratiempo! ¡Seré tonta!

—Ya, ya salió.

—Gracias.

—¿Se lo pongo?

—No; pásamelo.

—Permítame.

—No; pase, Ramiro.

Pero él permaneció inmóvil, anhelante... Miró a todos lados... Nadie había en la cuesta. Entre los pescadores debía ser costumbre comer a esa hora, porque de las casas venía ruido de platos y olor a viandas.

—Permítame —insistió.

Los rayos del sol, ya oblicuos, teñíanle de fuego el rostro. Y sus ojos estaban fijos en Olga, secos y chispeantes, extraños, a tal punto extraños que, azorada, ella palideció, en tanto que repetía maquinalmente:

—Pase, señor Concha, pase.

—Yo la calzaré. ¿Me permite?

—No; eso no... Deme.

—Sí... Sí... ¿Por qué no?

Y como las alas de dos mariposas negras que sobre una rosa de nieve palpitasen, las pestañas de la niña sombreaban las mejillas ahora lívidas.

—Vamos sí, que puede resfriarse.

—Ramiro, no; por Dios, no.

—Sí, sí sí...

Olga temblaba; sentía un miedo vago y, a la vez, algo como un suspiro interminado que le llenaba el pecho, impidiéndole respirar y elevándole hasta la garganta el corazón.



Jabón REUTER

Es insustituible. Abundante espuma. Larga duración. Delicado perfume. Toda dama que estima el cuidado de su cutis, lo usa.

Si no pudiera obtenerlo en la localidad donde Vd. reside, solicítelo acompañando el importe de la caja de 4 jabones, \$ 2.80, a sus representantes:

MAIPU, 73 — ILLA & Cia. — BUENOS AIRES

las labores de su niña lucidas poco antes a Ramiro, prometía una novena con lámpara y flores a "su Santísima Virgen María" para que le concediese... aun no podía precisar qué...

V

El rapazuelo tomaba carrera, daba el salto y, cayendo en medio con los pies juntos, rompía el cristal del charco en mil líquidas astillas que hacían huir entre risotadas a los demás.

—¡Eh, te mojaste!

—¡Guarda, "Mechas Bravas"!

—¡Guarda no... que pasa gente!

peldaños de madera carcomida y negra, y continuaba en tres enormes vientres pardos, limitados cada cual por nuevas series de escalones. Mirándola de abajo, creíase llegar por ella al cielo, un cielo plácido, de doradas pompas.

Por el sólo hecho de subir entre dos filas de casucas no podía, pues, llamarse calle. Pero calle del Timón la nombraban, no se sabe por qué, los pescadores que después de ganar en tres días sustento, alcohol y tabaco para toda la semana, allí remendaban sus aparejos, pintaban sus botes, hacían gemir el acordeón y vaciaban el odre al tabernero de sábado a lunes... acaso por distinguirse, si-

El se aproximaba lento, con el zapatito en la mano y el sombrero echado atrás. Su voz se había hecho suspirante y llena de calor.

—Deme, Olga, este placer. De rodillas, así, como los pajes a las princesas, sin que los dedos rocen siquiera la sagrada persona, la calzaré.

Defendióse la niña, escondiendo el pie bajo la falda de leve franela blanca. Y aún ocultaba las manos, medrosa, en esa bella e inocente actitud de los niños que no quieren dejarse tocar.

Ramiro rió francamente:

—¡Qué chiquilla!... ¡Ja, ja!... ¡Si está temblando!

Entonces rió ella también.

Su risa, nerviosa y cristalina, se quebraba con la emoción del llanto.

Y bajo la falda, indeciso, asomó el pie, que momentos más tarde, con beata unción, Ramiro calzaba sobre una de sus rodillas.

—¿Ve usted? No era más.

—Gracias.

—Las debo dar yo, me parece.

Reanudaron su ascensión por la cuesta, un rato en silencio. El se había dejado el sombrero atrás, para que la brisa le refrescara la frente ardorosa y seca; ella, serena ya, comentaba en su interior aquel primer episodio galante.

¡Qué tonta! Sentir miedo por cosa tan inocente... y hermosa. Porque muy hermoso y novelesco encontraba ya el paso... y como tal, propio de Ramiro, a quien después de todo era natural conceder ciertas libertades prohibidas para los torpes y perfumados horteros de la Filarmónica Española.

De pronto interrogó:

—Ah, dígame, Ramiro: ¿Es verdad que tiene usted novia en Santiago?

—¿Novia?... ¡Novia!

—Sí; no piense tanto para contestar.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Ni me responda con otra pregunta. Eso no se hace. Diga, ¿es verdad?

—Pues no; no es cierto. Ni en Santiago, ni en ninguna parte.

—¡Ah!

—¿Lo duda?

—No. Pero... querrá usted a alguien...

—Tampoco, es decir, no lo sé...

—¿Ha querido usted alguna vez?

—¡Qué preguntas! Está usted terrible.

—¿Muy indiscreta?

—No. Es que... Y usted ¿ha querido?

La señorita Olga Bilbao, aunque de tan humilde cuna, muy señorita, no había querido. Vivía en un ambiente que, a causa de los hábitos aristocráticos adquiridos por ella en el colegio de religiosas, érale hostil, y, si no insufrible, apenas tolerable. Sus dos únicas amigas de la niñez, las dos únicas con quienes congeniaba, pertenecían a la clase privilegiada por la cuna. Hoy, una de ellas no la saludaba; la otra vivía en la capital. La señorita Olga Bilbao sólo hubiese amado, pues, a un hombre fino, elegante, distinguido, con ingenio... y en su mundo no lo había.

Así lo dejó entender a Ramiro, que arguyó:

—Nunca faltan, sin embargo, un par de ojos que miran al pasar y en los que, al encontrarse con ellos, creemos ver algo dentro, algo que llama, que mareja y atrae como un abismo.

—¿Y si los vemos unas pocas veces, para perderlos luego de vista? —preguntó con la voz empañada Olga.

—Cuidado con esos escalones. Déme la mano. ¿No teme quedar otra vez presa?... Quedamos en que no se ha enamorado usted nunca.

Prudente, Ramiro se había retirado de aquel terreno.

Sintió entonces ella que la sangre subíale a la cara. Y, rápida, nerviosa, se apresuró a decir:

personas se diferencian entre sí, unas lo sienten de un modo y otras de otro.

—Y usted, hoy por ésta y mañana por aquélla; puesto que tantas veces ha querido. ¡Ay, me va pareciendo que no sabe mi amigo Concha lo que es el amor!

—¡Diablo, diablo diablo!... ¿Y usted lo sabe?

—¡Pse! Lo presiento, lo estoy presintiendo.

"Lo estaba presintiendo"... Debí estar muy distraído Ramiro en

PROSPERIDAD

La disputa culminaba en injurias y acusaciones.

—Me has engañado estúpidamente, haciéndome creer que tus negocios se acrecentaban; y lo que ocurría era que hipotecabas esta casa hecha con mi dinero, y en la cual nacieron nuestros hijos. Has hipotecado nuestra vida misma!

—No te he engañado: recuerda que al casarse Amalia, te advertí que no podíamos hacer, sino gastos indispensables; y me contestaste que el matrimonio de nuestra hija mayor debía ser hecho como lo demandaba su rango social... Luego, insinué la posposición del casamiento de Rosa, y te enfadaste, exigiéndome que se celebrara lo mismo que el de Amalia... En fin, se casó Arturo, y, sin ni siquiera consultarme previamente, decidiste que realizara un viaje de luna de miel...

—Te juro que me has engañado!

—La cuestión es que, para evitar el escándalo de que ejecutaran la hipoteca, he vendido la casa al acreedor, quien me devolverá la suma de...

—No, de ninguna manera puede suceder eso!

—Como lo estás oyendo. Tenemos treinta días para mudarnos.

—Pero, Dios mío, qué diría la gente!

Llegó una visita anunciada, y la recibió con esta explicación:

—Ya ves que estoy excitadísima. Figúrate que uno de esos turistas maniáticos se ha enamorado de mi casa, y ha ofrecido un precio tan crecido, que con él podríamos construir cuatro casas que formen una sola, y realizar, así, el anhelo de vivir rodeada de mis hijos. Ahora mismo trataba de este asunto con mi marido, quien, con sus razonamientos, me ha evidenciado las conveniencias de la venta.

—Pues te felicito por tal prosperidad, contestó, entusiasmada, la visitante, con una envidia que fué compartida por todos los que supieron esa misma noticia.

R. PEREZ ALFONSECA

—Pero, era yo la que preguntaba.

—A ver... ¿Qué?

—Eso. Si alguna vez...

¿Quiso Ramiro estar desalentado y cruel? ¿Algún cambio radical, por secreto y repentino motivo, habíase operado en su voluntad?

Repuso:

—¡Ah, sí! No puedo negarlo. Varias veces.

—¡Varias veces! ¿Acaso se puede querer de veras muchas veces en la vida?

—A esos amores únicos y eternos los ha llamado alguien "obras maestras de la naturaleza". Y son muy escasos, Olga, muy escasos.

—Así lo veo.

—¿Está todavía muy lejos la casa de José Dolores?

—Falta media cuadra. ¿Entonces, hay amores fuera del falso y el verdadero?

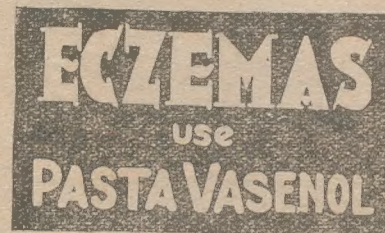
—Existe sólo el verdadero.

—Muy bien.

—Eso sí que, como todas las

el análisis del amor; porque no se detuvo a pedir la explicación de aquel hablar en presente y, sin advertir siquiera el nuevo bochorno de Olga, dijo:

—Pues yo no lo distingo bien todavía. Es algo muy complejo. Apenas puedo asegurar que he amado, y siempre de verdad, entregándome más o menos, pero, en fin, entregándome... Por esto he sufrido tanto como he gozado. Hay quien asegura que sólo amamos una vez, la primera, y que luego experimentamos únicamente reacciones de aquel amor que para siempre quedó latente, allá, en el fondo de nuestro corazón. Para mí, el amor es más bien algo inherente a nosotros, un sentimiento inseparable, esencia y razón de la vida, y el cual cumpliendo nuestra misión de vivos como una simiente vamos sembrando en diversas tierras, las diferentes mujeres que logran conmovernos. En unas, la semilla prende y brota vigorosa; en otras, germina y se debilita



luego; en algunas, en germen muere; en pocas, muy pocas, crece y se eleva más allá de lo material... y en alguna, — debe ser así —, se realiza la "obra maestra"... Cuestión de fertilidad o pobreza de la tierra. Cuestión de que la fuerza del grano y la capacidad de la tierra coincidan alguna vez.

—Muy bien, me parece muy bien. Así es que el corazón del hombre resulta un granero y el de la mujer un terreno. ¡Vaya!

—O viceversa.

—Pues hará bien el hombre si compra salitre. La semilla sola, en tanta tierra estéril...

Un mohín amargo y burlesco se llevó la reticencia.

Ramiro sonrió al repetir:

—He dicho: o viceversa. No hay que fijarse tanto en las palabras. Como dije mujer, pude y debí decir ser amado.

—Ahora sí; porque, a mi entender, se trata de algo recíproco.

—Eso...

—¿No?

—No siempre.

—¡En fin!

—Para amar, no precisa ser amado. El amor no es siempre aroma de las almas que comulgan en lo humano para elevarse a lo sublime. Cuando mucho, esto, que es la "obra maestra", podría ser el ideal de los enamorados. El amor, para nadie tiene realidad fuera de su yo propio. Es una batalla en la que sólo combaten los heridos. Deseamos conquistar cuando hemos sido conquistados; anhelamos hacer nuestro un corazón porque él nos ha hecho de antemano víctimas de un vértigo, de una gran sed de ternura.

Olga, que oyera todo esto con los ojos en el vacío y los labios apretados, suspiró:

—¡Claro!

Y se detuvo pensativa ante una casuca de madera pintada como las embarcaciones, verde con zócalo rojo.

—¿Es aquí?

—Aquí, Ramiro.

En ese momento salían de la vivienda dos hombres. Saludaron al pasar y fueron a sentarse sobre un montón de viruta. Un bote en reparación servía de respaldo y dábales sombra un pino de negro y raído ramaje.

Uno de ellos, a quien Olga érale sin duda familiar, se adelantó a decir:

—No tarda en salir José Dolores, señorita. En camino lo dejamos.

Era viejo, tenía barbas de crin, pescuezo descarnado con tendones como cuerdas y ojillos mortecinos y risueños. Vestía camisa de lana verde, faja carmesí y pantalones arremangados encima de las pantorrillas musculosas.

—¿Está borracho?

El otro pescador rió socarronamente y terció:

—Nosotros, señorita, comenzamos a tomar el sábado en la noche.

seguimos la "monita" el domingo...

—Y el lunes.

—Bueno, también... El martes componemos el cuerpo, y los otros cuatro días... a trabajar.

—Eso es —afirmó el viejo.

—Pero José Dolores...

—¿Qué? ¿Qué hay con José Dolores? Patroncita, buenas tardes.

El jardinero, carpintero y pescador había salido al umbral. Era un cuarentón de rostro enrojecido y lampiño, con el vientre abultado, blando, que le salía entero fuera de la pretina.

—¿Hasta cuándo te vamos a esperar en casa, José Dolores?

—Mire, mi señorita, como estoy de trabajo; mire, por vida, la chalupa que tengo que entregar mañana.

Ramiro se asomó a la puerta señalada por el borrachón. En la negrura del interior se dibujaba entre maderos cepillados, un bote. Al verlo, pensábase ante todo en cómo lo habrían metido en el casucho; tan pequeña era la puerta. Pero Ramiro debía estar acostumbrado a ver tan inverosímiles cosas en todos los puertos, pues no le llamó esto la atención.

—Mamá quiere que vayas mañana. Hay que apuntalar la parra chica, como el otro año. Y los duraznos, si no cortas algo las flores, no van a madurar este verano.

—Les pasará como a este borracho ¿no le parece patroncita?... que toita la vida me la he pasado en fiesta y ni una mujer me he conseguido pa la vejez. Flores, flores, no más...

—Vino, vino y nada más que vino querrás decir.

—También... Pero... ¿Qué diablo! beber... el agua... sólo la del mar, que no se toma. La otra, la de río... ¡buena cosa!... ¿No ha leído "El Mercurio" de hoy?... ¡Ah! Y ¿cuándo se lee que el vino inunde los pueblos y arristre con las casas de los pobres, como cosa del demonio?... ¡Ah! Eso digo yo.

José Dolores hablaba muy fuerte, con voz cocida en aguardiente y oxidada por las sales marinas. Arrastraba las sílabas acentuadas, como quien habla de una barca a otra en el mar ensordecedor.

Con descarga de carcajadas, sus compañeros puntuaban las bromas.

—¡Pero hasta cuándo vas a beber hombre! Mira como tienes la cara. Echa fuego.

El viejo de las barbas foscas y graves, el de los ojillos tirstemente burlones, medió, mientras retorció una lienza entre sus dos pulgares:

—Cuando salimos de noche en la de vela, ponemos a José Dolores a popa, y así no tenemos que prender la linterna colorá.

—Calla la boca, cara de cuento alemán.

Hasta Olga, esta vez, a pesar de su ánimo contristado, rió de la ocurrencia.

—Bueno, demonio, bueno; anda entonces en cuanto puedas.

—Sí, patroncita. Apenas acabe el remiendo de la chalupa.

—Adiós. ¿Vamos, Ramiro?

—Podríamos alcanzar en la playa la puesta de sol.

—¿Corramos?

—¿Se atreve?

—Vamos. ¡Al trote!

Y emprendieron, cuesta abajo, menuda y taconeada carrera.

En la playa concluía el ocaso en excelsos estertores del color. El

sol, inmensa esfera de cobre candente, se hundía soberbio incendiando la majestad de las aguas, y como si el mar al fin lo venciese, lanzaba humaredas ensangrentadas, que ascendían bordando fantásticamente los festones de fuego, ámbar, turquesa y záfiro desvanecido del horizonte.

Como las pompas de humo de un incienso egregio, las nubes subían, subían, hasta desfallecer alineándose mansas, bajo el tenue velo de la crepuscúla. Eran llamaradas convertidas en rosas; era

—No lo creo. No lo espero. No lo quiero.

Callaron. Habíanse cogido de la mano, y sus brazos caían en amorosa languidez a lo largo de sus siluetas erectas y espiritualizadas. Ante sus ojos, muy cerca, la espuma tejía su blanca túnica de punto encima de la esmeralda líquida del agua; pequeñas olas rompían con estival pereza, más bien que azotando, acariciando la mullida ribera, con suave aleteo semejante al que harían largas tiras de encaje aplanadas por leve brisa con

razones para todo lo sublime, impregnados en todo el ser por el perfume del mar y el perfume de sus almas, cruzaron el camino y subieron el barranco.

Media palabra de Olga, un sollozo, una mirada que revelase la noche con que la esquiviz ya demasiado manifiesta de Ramiro amortajaba sus ansias de ternura, y ya ese día él hubiese caído a sus plantas.

Pero el trayecto se hizo demasiado corto. Casi de repente se hallaron en el corredor, donde misia Matilde les aguardaba trémula.

En cuanto les tuvo al frente, la buena señora frunció el ceño, les miró de reojo, tosió... Luego, con gran trabajo, aplanándose contra el pecho el delantal, dijo:

—Se han demorado mucho... sí, mucho. Tú sabes, Olga, que esto... a mí... no me gusta... Eso es, no me gusta. ¿Qué habrá dicho el vecindario, al verte sola con un joven... y por esas calles? Además, en la playa... desde aquí los he visto... estaban sí... muy en confianza...

Tal vez porque tenía poca costumbre de reñir, misia Matilde no encontró para sellar su severidad, otro camino que marcharse. Y se perdió en las habitaciones.

Ni Olga ni Ramiro se habían alterado. Atónita, ella seguía mirando el mar, ahora záfiro y plata; él, por la ventana del comedor, el viejo piano de estudio, vertical y llano, reflejando en negro los postereros resplandores de aquel inolvidable atardecer. Ambos parecían seguir viviendo en la playa, donde flotaban aún, como los últimos acordes de una trágica sonata, sus pocas palabras y el contenido turbión de sus sentimientos.

Al cabo de un rato, Ramiro se irguió resuelto.

—Olga —dijo—, debo irme ya. Es muy tarde.

Olga no se movió. Con la vista baja, pestañeaba muy seguido. El crepúsculo afinábase más las facciones. Estaba lindísima. Por un momento, Ramiro pensó en la realización de... una barbaridad, tras la que vio en seguida una sacristía, un velo blanco... y luego un calvario de necesidades, acaso la reapertura del almacén de abarrotes y, sobre todo, la juventud de una linda joven marchitada para siempre.

—Olga, si a su mamá el enojo no le dura todavía, quisiera estrecharle la mano. Tenga la bondad de llamarla.

La emoción estranguló en la garganta de Olga lo que iba a decir. Y misia Matilde, afable y digna, apareció en el acto, cual si hubiera estado escuchando.

—¿El señor Concha nos quiere acompañar a comer? Hará penitencia.

—Imposible, señora, infinitas gracias. Tengo un compromiso con un amigo para esta noche.

—¡Vaya! ¿Cuánto lo siento!

Aunque una sonrisa amable separaba sus labios, Ramiro tenía las pupilas empañadas al despedirse.

Bajó rápido la escalera.

Cuando se perdió bajo el vientre del barranco, Olga giró sobre sus talones y cayó desplomada en el sillón de mimbre.

—¡Por tí, mamá, por tí! —hi pó entre sollozos.

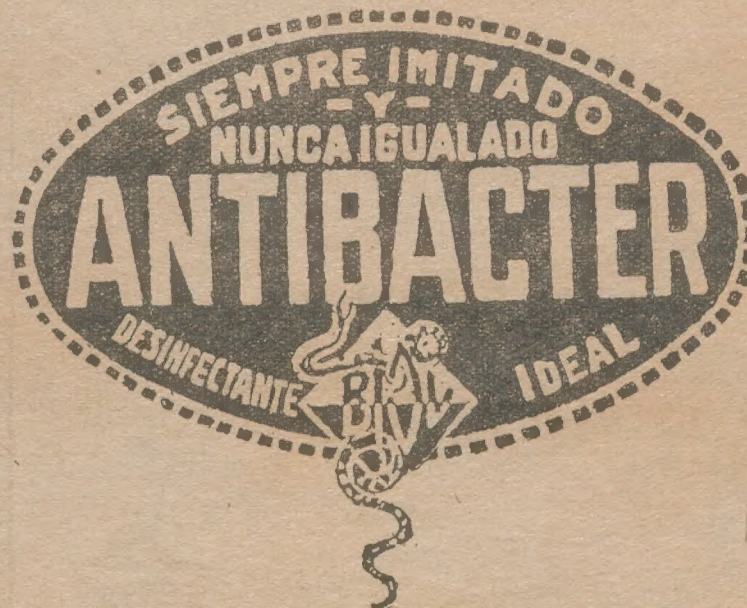
—¡Qué!... ¡Ay! Ya no me quieres, hija, ya no me quieres.

—Tampoco tú a mí.

—No. Así... así no te quiero.

Instituto Biológico Argentino

Buenos Aires — Florencio Varela



ANÁLISIS CLÍNICOS, SUERO-REACCIÓN DE WASSERMANN, SUERO-REACCIÓN TÍFICA DE WIDAL, TUBERCULINA HUMANA Y BOVINA PARA APLICACIONES DIAGNÓSTICAS Y TERAPÉUTICAS EN EL HOMBRE Y EN LOS ANIMALES, ESTUDIO DE LAS EPIZOOTIAS, PREPARACIÓN DE AUTOVACUNAS.

SUEROS Y VACUNAS TERAPÉUTICAS, PRODUCTOS OPO Y ÓRGANO TERAPÉUTICOS.

RIVADAVIA 1745

U. T. 37 RIVADAVIA 3344 - 7018 - 7019

la altivez de un dios vencido que la muerte coronaba de flores.

La agonía augusta de aquel poema heroico se fué apoderando del alma de Ramiro, que miró a Olga; también ella, quieta, espiritualizada, los párpados muy abiertos y arqueadas las cejas en gesto doloroso, comulgaba en la majestad de la tarde.

—Quisiera despedirme de usted aquí, Olga, besarle la mano y huir, llevándome para siempre adonde me lleve la suerte, esta visión ideal en las retinas y esta música de misterio en el alma.

—Vendremos mañana.

—¿Y si me fuera hoy, sin esperar una despedida preparada, teatral, sin encanto?

—¿Sería usted capaz?

—No lo había pensado. Pero ¿y si una noche, al pasar el tren nocturno frente a su balcón, viera usted agitarse un pañuelo por una ventanilla?

tra el moaré de la arena; y hacia el puerto, adivinábase por su negro penacho de humo, un remolcador sacando del bosque de mástiles y calabotes una goleta con el trapo al viento.

Flotaba en la calma de la tarde una sinfonía de augusta ternura y angustio dolor, agonía grandiosa de la luz y amoroso arrullo del silencio y la inmensidad, que con cadencias de verso y rima de besos las olas acompañaban.

Transcurrió un largo instante al que Olga dió fin retirando suavemente la mano que Ramiro había ido apretando en la suya, primero con blandura, palpando la piel tibia, luego con nerviosa insistencia, sintiendo el latir de las venas y el calor de la sangre adormida en el ensueño.

—¿Volvamos a casa?

—Volvamos.

Mudos, ebrios de luz las pupilas, embotados los cerebros, exacerbada la sensibilidad de sus co-

Por primera vez lloraban volviéndose la espalda... Por primera vez el dolor, lejos de unirlos, entrañaba para ellas una de esas injusticias, uno de esos absurdos de la humana condición, que rechaza el corazón que más nos quiere cuando precisamente se manifiesta más digno de nuestro afecto, cuando precisamente más eficaz podría sernos su apoyo.

IV

Tranquilamente dejó Gastón Labarca el cubierto usado en el plato, junto al hueso de la chuleta, bebió un sorbo de vino, y, luego de secarse los labios, dijo a Ramiro:

—De manera que si yo no lo hubiera invitado...

—Sí; de no haber tenido este compromiso, ahora estaría comiendo en el Barón, y, tal vez, comprimiendo mi libertad.

—¿Y por qué no decirme cómo se llama ese prodigio de criatura?

Ramiro estaba más fatigado que melancólico. Hizo un gesto vago, dió un par de vueltas entre sus dedos a la tarjeta del menú y repuso:

—Hombre, qué sé yo. Es una puerilidad, pero... no deseo decirlo. Hay veces en que los hombres tenemos estos pudores y absurdos.

Las cejas del dibujante se arquearon con expresión resignada y transigente. Luego, sonriendo, terminó:

—Bien. Así, puede que yo la encuentre más tarde, me guste, la enamore... y no tenga, para amenazar mi acometividad conquistadora, el fantasma de un buen mozo pesando en el corazón del idolo.

—¡Ja, ja!

—Muy bien.

—¿Están buenas las chuletas?

—Exquisitas.

—Una chuleta —ordenó Ramiro al mozo que a su lado esperaba.

Se hallaban en el comedor amplio, claro y brillante del restaurant Cosmopolita, principal punto de reunión, en aquel tiempo, de la galantería porteña, salón de ambiente moderno, más oloroso al aserrín del piso que a las especias de la cocina.

La mesa en que frente a frente comían Ramiro y el pintor Labarca, topaba con el tabique de los cenadores íntimos, de donde salían risas femeninas, desvergonzados chistes, toda esa procacidad alegre que acusa, gracias al momentáneo imperio del instinto, coincidencia completa entre hombres y mujeres.

—Hoy ha estado usted muy romántico, entonces.

—¿Quién que ES, no es romántico? —pregunta Darío.

—¡Ah! continúa el romántico mozo... ¿No? Nada como un estómago satisfecho para despejar el espíritu de toda influencia romántica. ¿verdad?

—Dejemos ese tono irónico. En el tren, como le contaba, venía frente a mí ayer una inglesa joven con su hijo. Llevaba el regazo desbordante de juncos, violetas y jacintos, y así parecía desbordar también la tranquilidad saludable de su alma...

—Me la figuró: con un gran sombrero muy plano, el cuello delgado y largo y ese no sé qué de ye-güita *pur sang* en las carnes finas y elásticas. A su lado, el niño, rubio como la pelusa del cáñamo, pernilargo, con sandalias, clavando las pupilas celestes y abismadas en las luces del vagón... No, no se interrumpa. Es que yo tengo un

cuadro así, que se llama "La vuelta del picnic"... Es que la alegría estimulante del vino... Continúe. Ya estoy serio.

—Tendré paciencia.

El pintor sorbió más vino, pidió excusas, y Ramiro se resignó a proseguir:

—Mirándola, me puse a reflexionar; a mi chiquilla, tan bonita y bien educada, no le habrá de faltar un comerciante, sajón o anglo, sportman robusto y enérgico batallador por la fortuna, que le dé su nombre, lindos niños y el olvido de esta ilusión... nacida junto a un arrante de muy bondadoso corazón y noble conducta, pero derrotado por los negocios, por ese enjambre de caprichos dóciles tan sólo con los cachazudos y unicordes...

¡Claro! Sí, sí; le sobra razón. ¿He acertado?

—Justo. Pero hablemos en serio. No estoy para bromas: tengo los nervios rendidos.

—Cómase la chuleta. No hay como una chuleta jugosa para sanar neuróticos. Mozo: a mí unos huevos a la "cocotte". Esto creo que no se sirve al fin de la comida, pero yo lo apetezco. Tengo un hambre... ¡Por la re... cocotte!

Al pronunciar "cocotte", el pintor miraba a su izquierda. En la mesa próxima comían dos con sus respectivos galanes. Una era rubia menuda y brillante; daba de comer en su plato a un falderillo. La otra, morena, de ojos garzos, bobos bajo los párpados pesados por la beodez... boca encendida, de un



—El hecho de casarse con dos mujeres, ¿qué nombre recibe?
—Esimia.
—¿Y el de casarse con una sola mujer?
—¿I...?
—Mono... mono...
—Ah, sí! ¡Monotonía!!

—Es lo que yo he dicho siempre: para hacer dinero comercialmente hace falta algo de bruto, precisa tener un cincuenta por ciento de testarudez, un veinticinco de ignorancia, apenas la otra cuarta parte de avaricia, perspicacia y sentido práctico y ni un ápice de talento. No es justo, pero es así... ¡Por la re... coleta, hombre! Salud.

—No beba usted más, Labarca.
—Siga y no me haga caso. Yo no soy un borracho, pero en ocasiones... Siga. Y sacúdase de esa modorra melancólica.

Ramiro había callado, sonriente por fuerza.

—Adelante. Continúe, le digo. ¿Y? A usted no le parece honrado el aprovecharse del derecho que le da el amor sobre una niña infamable, candorosa y bella, para nutrirle de ternura el alma, con detrimento de su físico bienestar.

rojo sangriento y húmedo de lla-ga; entreteníase clavando con su tenedor el brazo de su compañero, un moreno chistoso y gritón, de aguda nariz y enormes ojos, que, atragantado, con los carrillos llenos de congrio en salsa y los labios grasientos, defendíase a codazos, mascullando: "Déjame... Cuidado, deja, Nada con la ropa". La mujer le repetía: "Lindo, mi negro". Y continuaba con los tirones y los sobajeos. Hasta que al fin él engulló su bocado, tomó resuello, se paró de su silla, y, cogiendo el sifón del agua de *seiz*, le advirtió: "O me sueltas, o te ducho".

—Está divertido eso —comentó Labarca. —Mas como viera ensimismado a Ramiro, varió: —Y usted ¿piensa volver mañana para despedirse de esa niña en la playa?

—Ganas me dan a ratos de no volver más. Aunque, si he de se-

guir mi norma, debo ir. Porque yo soy así. Para mí sólo tiene valor imperativo lo sucedido. Jamás vivo para algo, sino por algo. Los acontecimientos de mi vida me van dictando las determinaciones. Nunca me fijó un plan con el objeto de cosechar resultados previstos.

—Norma encantadora.

—Pero absurda, tal vez.

—¿Absurda? ¿Por qué?

—Porque no resulta bien que la experiencia le fatigue a uno en vez de vigorizarle el espíritu.

—¡Por la recoleta, hombre! Cálculo, gravedad, prudencia, sensatez...

—Virtudes, todas ellas.

—Pero virtudes odiosísimas, que hacen la vida monótona, sin los encantos de lo imprevisto.

—Así me he dicho yo hasta hoy. ¿A qué añadirle monotonía a la vida? ¿A que ese afán de hacerse la existencia gris, apagada, sin fulgores ni contrastes, diluida en tedio?

—Eso. Yo amo mi bohemia por eso. Y mi bohemia pobre... ¡Mozo, champán!... La miseria tiene tantos encantos...

Ramiro sofocó la sonrisa, se pasó la mano por la frente, la dejó caer con fatiga sobre el mantel y suspiró:

—Con tal que el fruto íntegro de nuestra filosofía no resulte como los encantos de la miseria, que sólo adquieren valor de tales cuando hemos dejado de ser pobres...

Y calló largo rato. En tanto, Labarca buscaba las trufas en el caldillo de los huevos a la "cocotte".

En la mesa vecina, la rubia mordía las orejas al falderillo, que aullaba de un modo estridente.

—Ya está la otra también borracha. ¡Por la re... cocotte, hombre! —exclamó el pintor.

Ramiro lo observó. En efecto, ambas estaban ya ebrias. La morena preguntaba, como presa de una obsesión:

—¿Y la Anita? ¿Qué ha sido de la Anita?

—Debe llegar pronto con Crac —le respondieron.

—Ese Crac es un caricaturista de Santiago —explicó el pintor a Ramiro — un gordo muy simpático, que vuelve a la capital mañana... ¡Bravo, ya está aquí el champán! Brinda tu, Ramiro. Ya te tuteo, ¿eh? Alguna vez había de ser. ¿Brindo yo? Bueno.

—No seas cursi.

—Nada, un brindis. Querido Ramiro, nos queremos ya como amigos viejos. Tenemos muchos puntos de afinidad. La vida ha flajeado nuestros espíritus y, al curar nos las heridas con la sabia panacea de la tolerancia, nos ha hecho grandes. No somos escépticos a pesar de esto...

—¿A pesar de ser grandes? Bien.

—Calla. Creemos en la virtualidad sentimental del amor, sabemos gozar y sufrir; tenemos una filosofía estética, amable, llena de gracia y de bondad. Bebamos, pues, porque nuestro afecto crezca y perdure firme, inalterable, por los siglos de los siglos... Amén.

—¡Pobre Gastón! Estás muy borracho.

—No tanto, caramba. Peor están esas re... cocottes, hombre! Salud.

—¡Qué le vamos a hacer! Salud.

Sonriente, con cariñosa resignación, bebió Ramiro. Labarca hizo una libación rabiosamente alegre y se fué al lavatorio, colocado allá, junto al mostrador.

Se alejaba serpenteando torpe por entre la multitud de bustos que, cortada por la blanca llanura de las mesas y bajo la lluvia de luz de las pantallas plato, envolvíase bulliciosa y acalorada en una gasa de humo de cigarrillos y vaho de fuentes.

Viéndose solo, Ramiro quiso reflexionar. Pero apenas logró hacerlo de un modo impreciso, débil saltando de un punto a otro, como si rendidos por las intensas conmociones de la tarde y por el alcohol de la mesa, cerebro y nervios se le fueran durmiendo... "Aquella norma podía conducirle a la pasividad, lo que a él, pobre y juguete del corazón..." Experimentó en las entrañas una vaga contracción de angustia... "Esta filosofía se adueñaba cada día más de él, y no le sería provechosa, como no se lo había sido entonces. Porque... porque..." Nada; no conseguía coordinar las pruebas en pro de sus razonamientos. Tenía el cerebro atónito. "¿Estaría también borracho? Maldito convite... No; pobre Gastón. ¡Qué buen sujeto! Allá estaba, cortejando a la patrona y pagando la cuenta". La patrona era joven. Al menos, lo parecía desde allí. Y alhajada y coqueta. No se distinguía si era hermosa: únicamente se destacaba su silueta clara, ya sobre la botellería del estante, ya sobre un espejo, bajo el reloj anuncio de un whisky, ya junto a su pupitre, canjeando fichas a los camareros... Y danzaban en la mente de Ramiro, en un tono borroso, inquieto, de pesadilla, esta visión, las evocaciones del "chalet de juguete" y las preguntas al mañana... "¿Qué habrían quedado hablando en el corredor, madre e hija, mientras él, hundido en el sofá del vagón, deducía el saludable vivir de la inglesa? Y el volver a despedirse acaso implicaría un desfallecimiento y una declaración... Pero él quería volver. Y si sucumbía frente a aquel amor... ¡Ah! ¡Maldito faldero! Siempre chillando allí. Y qué bestia, la morena: dale con preguntar por la tal Anita. Pero qué dientes más lindos encuadraba su sonrisa vermellón... ¡Pobre Olga! No, imposible, imposible aquello de irse sin una despedida correcta siquiera. Y si vencía su amor, su dulce, su suave, su trémulo e inocente amor... ¡pues que venciese..."

—¿En qué piensas, con esa cara de juez del crimen?

—¿Ya te cansaste de hacer el amor a la patrona?

—¿En qué piensas, tan cabizbajo?, te pregunto.

—En nada... En ese pobre animal, que ya debe tener flecos en las orejas.

El faldero aullaba desesperado. De nuevo en su asiento, Gastón explicó, mientras pelaba una naranja:

—Eso es amor, amor de madre, fruición de ternura. Porque estas mujeres, como las solteronas, crían perros a falta de hijos. Así abren a sus instintos maternos una válvula y...

—Calla, calla. No te pongas cursi otra vez, haciendo ahora psicología perogrullesca.

—¡Ja, ja! tienes razón. Pero déjame hablar.

—Habla.

—Bebe y contéstame. ¿Crees tú

que no sueñan estas infelices con una vida placida y saludable, con un ideal tierno y honesto? En Chile no es todavía el vicio una cosa industrializada y fea; tenemos aún pasión sana y primitiva en el corazón de la ramera...

Aquí se cortó de repente la disertación de Labarca. Con los ojos desorbitados de asombro, dijo:

—¡Mira! ¡Caramba! ¡Esto era lo que faltaba! ¡Por la re...! Mira quién viene ahí con Crac. Ese gordo vestido de azul, allá, delante del pilar, ese es Crac.

Tuvo que decir esto en voz muy recia; pues en la mesa vecina estaban en aclamaciones: "¡Anita!... ¡Viva la Anita!... ¡Viva Crac!... Aquí, por aquí, aquí estamos. ¡Vivan!"

Ramiro había palidecido súbitamente. Siempre de negro, con su manito de violetas en el manguitito, el andar blando y casto el mirar, la "anónima", la del rostro pálido en forma de almendra, la que

tenía "más de mujer que de hombre" y preludiaba con él todas las mañanas en la calle de Esmeralda un idilio callejero y honesto, avanzaba como una burla entre la multitud gletona y satírica.

Y aún no había tenido tiempo Ramiro de reponerse, cuando Gastón comenzó a llamar, mientras las dos mujeres apretujaban entre sus brazos a... la Anita:

—Crac. ¡Eh, Crac!

—¡Oh, Labarca; tú por aquí!— exclamó acercándose el gordo.

—Crac, te presento a mi amigo Ramiro Concha.

Ramiro no supo cómo había respondido a la frase cortés que Crac acompañó a su apretón de manos. Acababa de ver frente a él, livida, llena de trastorno y como a punto de soltar el llanto, a su "anónima"

Y cuando pudo mirar de nuevo, vio que ella huía, veloz, desatentaba tambaleante, grotescamente irónica por donde llegara.

También Crac y Gastón, de pie,

mudos de sorpresa, la miraban huir. Gritábanle las amigas: "¡Anita, Anita!"... Pero ella seguía, esquivando las mesas, los pilares, los escaparates, llenos de viandas, huyendo. Ya cerca de la puerta, intentó correr. Entonces resbaló, alzó los brazos y cayó sentada sobre el parquet.

Un coro de risotadas atronó la sala, y más alto que ellas, furioso, se oyó un grito del pintor.

—¡Bestias!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Animales! — tornó a gritar Labarca.

—¿Estás loco, Gastón? Calma

—¿Qué pasa, qué es esto?

—Yo te contaré, Crac...

Y en tanto Gastón justificaba ante Crac su indignación por aquella mofa cruel de la casualidad para con una pobre soñadora, que acaso había sido lo suficiente loca para abrigar la ilusión de parecer pura y cautivar honestamente a un hombre, Ramiro, inmóvil y muy



¡TENGA Ud. ahora más cuidado que nunca al comprar la excelente CAFIASPIRINA, por que su fama enorme como el mejor analgésico moderno, ha dado origen a imitaciones y productos similares! Pida con toda claridad "CAFIASPIRINA" y cerciórese positivamente de que el empaque tiene ese mismo nombre y lleva la verdadera CRUZ BAYER. Si no fuere así, ¡recházelo!

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.

¡PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!



pálido, vió levantarse a la humillada fugitiva con las ropas llenas de aserrín, el sombrero ladeado, grotesca, escarnecida trágica, y desaparecer tras los cristales grabados de la mampara. Luego distinguió que de todas las mesas, como por esa adivinación misteriosa de las multitudes en casos semejantes, empinábase cabezas hacia él.

Sintió una congoja de piedad infinita, un desgarramiento que le tuvo a punto de perder toda su escéptica serenidad; pero halló fuerzas para esperar a que Labarca terminase su explicación y decir tranquilo a Crac:

—Yo lamento ser el causante, aunque sin culpa, de...

—¡Oh! Esto sólo tiene importancia para la infeliz mujer. ¡Pobre Anita! Es romántica, es buena...

—¡Por la re... coleta, hombre! Yo, a todos estos brutos que ce han reído...

—¡¡Chist! No te pongas así, Labarca.

—Está muy borracho. Sírvaselo usted champán:

—Si lo trágico no tuviera en la vida comicidades como la caída de la Anita, ¿crees tú que la caricatura sería un arte de tanta importancia como el tuyo?

Habíanse sentado otra vez. Crac era inteligente, afable, oportuno, y supo hacerse simpático a Ramiro. Poco después, retornando la invitación del champagne, decíale tranquilamente:

—Yo lo siento sólo porque me había propuesto dormir esta noche en Valparaíso. Todo se reduce a que me marche a Santiago hoy mismo, en el nocturno.

—¿A qué hora sale el nocturno? — preguntó Ramiro como en un ímpetu de decisión.

—A las once.

—Nos queda casi una hora. Lo necesario para correr al hotel y cerrar las maletas.

—¡Cómo! ¿Tú piensas irte también?

—En realidad, nada tengo ya que hacer aquí, Gastón.

—Pero, Ramiro... Y al Barón ¿no vuelves?

—No; es mejor que no.

—¡Por la recoleta, hombre! No creí que te hiciera esto tanta mella.

Al poco rato, en la avenida, esperaban los tres un tranvía. A la orilla de la acera, lo veían acercarse repiqueteando, trepidante, sobre la vía que brillaba en el cono luminoso del foco.

Cerca, en las claridad de los teatros, hormigueaba la gente. Los cerros, chispeados de luces, parecían haber recibido constelaciones desprendidas del cielo; y en el fondo fangoso de un charco, hundida, otra estrella se reflejaba.

Contemplábala Gastón y, en su ardor imaginativo, acaso establecía una comparación...

VII

A solas con la solemnidad de la noche, como una niña pecadora y contrita, Olga llora en silencio, acodada en el barandal. Capitales son para el mundo sus pecados: son el amor y el candor. Y el barandal, como el reclinatorio de un confesionario, recibe impasible, grave, las lágrimas calientes y espesas.

No se ha encendido la farola en el corredor del chalet. El cielo está fosco y cerrado negro el mar, quieto el jardín. Abajo, duerme la

fundición, y exhala humos leves que desmenuza el viento. Martiriza como la cabalgata de las olas: galopan roncas, sombrías, recorriendo manadas de lobos en un campo negro. La atmósfera húmeda huele a lágrimas. Lejana, una guitarra zumba y semeja un moscardón. Y Olga llora, llora en la soledad, triste, contrita de sus pecados capitales: el amor y el candor.

El tiempo pesa, eternizándose. Es tiempo de ansiedad y de tormento.

Trajina doña Matilde. Las sombras de sus brazos se agigantan, van y vienen sobre la pared.

va una locomotora, ya avanza lenta, retrocede, se cuela en el desvío. Por momentos, su jadear apaga la voz marinera. Ráfagas de viento bochornoso suben olor de hierro caldeado hasta el corredor: son calientes, estremecen las plantas del jardín: mal tiempo auguran.

Y acodada en el barandal, Olga llora. Su brazo afinado en la sombra, sube hasta los ojos el copo de un pañuelo. En la negrura triste, Olga es una triste claridad.

Pesa el tiempo. Como una fiera encadenada que forcejease, la loco, motora resuella; juegan en su trastera resplandores de fragua, iluminan al fogonero que arrastra so-

VENTANITA

Ventanita!... Ventanita!...
Que en finas líneas, irradias
Los misterios de tu luz!...
Ventanita!... Ventanita!...
Me extasio con tu encanto;
Me seduce tu virtud!...

Ventanita, tu encuadraste
A su imagen dulce y bella,
En horas de luz y sol.
Y sus ojos, aquí en mi alma,
Me dejaron todo el fuego
De divina seducción!...

Ventanita, tu alegría,
A mi alma, tu has contagiado
Con el rojo de un clavel,
Y un sabía que en tí cantaba,
Y en el reír de gloria, de ella,
En un dulce amanecer!...

Ventanita de mis sueños,
De alegrías, y esperan²as,
Tu, ya estás dentro de mí,
Desde el día que tus marcos,
Encuadrando aquellos ojos,
Encantaron mi existir!...

Desde entonces, ventanita!...
Si me alegro al contemplarte,
Sueño al verte con el Sol.
Y de noche, ventanita!...
Yo me embriago en tu misterio,
De divina seducción!...

B. FIRPO Y FIRPO.

De la fundición sale una linterna verde, vaga entre algunas lanchas varadas, se detiene, vuelve a dibujar en la sombra y al fin queda cerca de la línea férrea. Un rancho hay cerca, en la falda del barranco; llora luz amarilla su puerta; gente platíca fuera del rancho, gime el acordeón y una voz marinera canta:

¡Mi barco, la mar!
No quiero olvidar...

Es muy triste padecer
pasión mal correspondida.
Pero es peor aún la vida
cuando no hay a quien querer

¡Mi barco, la mar!
No quiero olvidar...

Y sigue.
De improviso, surge por la cur-

bre hierro paladas de carbón; y tiembla la llama de un candil en el dorso negro del monstruo... Calla la música en el rancho; zumba guitarra, lejos, semejante a un moscardón; ronca el mar.

De repente, ahoga la máquina un grito en la atmósfera densa; distante, otro grito responde; el viento trae los jadeos de un tren, que martillea la atmósfera cada vez más cerca, más cerca... Hasta que los cerros encajonan un estruendo muy próximo y con estrépito de hierros trepidantes, veloz, el tren pasa empenachado de humo rojizo y constelado de chispas.

—¡El nocturno! — gritan los del rancho.

Entonces Olga no llora; se yergue... Ingrávida su silueta blanca es en la sombra una palpitación es una paloma extraviada temblando sobre un ciprés. Luego, descuel-



—Estas marinas están muy bien pintadas. Mirarlas y marearme es la misma cosa.

—Eso es debilidad de estómago, si tomara el reconfortante tónico HIERRO QUINA BISLERI no le sucedería eso.

ga el cuerpo: al flanco del tren ha flameado un pañuelo.

Ya se pierde cerca del balneario la linterna roja que finaliza el convoy, cuando el acordeón resopla dos acordes y, burlona, la voz marinera gangoséa:

Atienda mi vecinita
cogollito de clavel:
el amor es dulce amigo,
pero cuidado con él.

Brutales carcajadas puntúan la copla. Instantes después, suena un portazo en el corredor del chalet, como una detonación, y tras los cuadriláteros iluminados de todas sus ventanas, una sombra blanca huye seguida de otra oscura.

Afuera, el viento arrecia y arrastra todos los rumores en un lamento.

EL PLATINO EN SIERRA LEONA

El ministro británico de las Colonias, anuncia que se ha descubierto platino en Sierra Leona.

El precioso metal fué hallado por primera vez por el mayor R. N. Junner en mayo de 1926. Una expedición reciente dirigida por el mismo geólogo ha comprobado que el área platinífera tiene una extensión de cien kilómetros cuadrados.

Los depósitos, de origen antediluviano, poseen considerable importancia. Varias muestras del platino hallado por el mayor Junner han sido examinadas por el Instituto Imperial Británico, que ha comprobado que la composición del platino de Sierra Leona es análoga a la del platino del Ural y del África meridional.

El platino de Sierra Leona se halla ligado a rocas que se parecen a las piedras volcánicas del "Veldt" sudafricano, donde se han encontrado importantes depósitos de metales platiníferos.

I.

Pero esto ya no se puede sopor-
tar, señor! Una cosa es tener buen
corazón y hacer por el prójimo, y
otra quedarse sin camisa. Hasta el
propio San Bernardino de Sena, y
eso que era un santo, lo decía: "La
caridad bien entendida empieza por
uno mismo". ¡Es claro! Ha cundi-
do la voz; todo el mundo sabe en
la comarca lo que es usted, y se
nos comen por sopa.

Y la pobre ama de llaves acabó
su diatriba, en la que latía un in-
tenso cariño hacia el sacerdote, a
voces y roja de indignación, pero
a la vez sacando del cajón de la
mesa una media hogaza, que alar-
gó a la mendiga. El aguacero de
denuestos derivó, como era natu-
ral, sobre la menesterosa.

—Tome usted y quítese de en-
medio! — la gritó, amedretándola
de tal manera que la mujer agarró
el pan temblando, se lo puso bajo
el brazo tapándolo con el raído
mantón y se salió de la rústica co-
cina sin atreverse a mirar al ama,
que clavaba en ella sus ojos de
acero, y murmurándole al compa-
sivo sacerdote: ¡Dios se lo pague,
señor!"

El cura vió desaparecer a la
mendiga calle arriba, y sintiendo
profunda lástima de ella por la ma-
nera brusca como había sido des-
pedida, se volvió hacia el ama y
la dijo con voz severa pero suave,
de triste reposo.

—Juana. Eres incorregible y en
cuanto ves un pobre te pones fue-
ra de tino como los perros de las
masías. Todos tenemos derecho a
la vida.

—Pero no la obligación de man-
tener vagos.

—Esa mujer está enferma. Lo
lleña escrito en la cara.

—De beber aguardiente. Usted
es demasiado cándido, señor.

—Y tú muy mal pensada. En
último caso, mi deber es socorrer
al que no tiene, donde le encuentre
y sin averiguar más. Yo no poseo,
no debo poseer nada mío. Los há-
bitos que llevo me obligan al sacri-
ficio permanente.

—Pero es que a ese paso, señor,
llegará usted a carecer hasta de lo
preciso. ¿Y entonces?

El cura no contestó al pronto.
Contempló con serena mirada el
rostro compungido del ama de lla-
ves, y abriendo de par en par la
ventana trasera de la cocina que
daba al campo, y por la que pene-
traron a la vez una intensísima
claridad y una bocanada de aro-
mas, la obligó a mirar al valle y
la dijo con humilde sonrisa mos-
trándole su tapiz de huertos:

—Entonces... Dios proveerá.
Piensa despacio, Juana, en esa na-
turaleza que tienes delante de tí.
¡Qué libro tan elocuente para los
que saben leerlo! ¿Quién calcula
tú que cuida de esos millares de
troncos, de pájaros, de plantas que
ahí viven? Nadie. Y son seres co-
mo tú y yo, creados con un fin
como el tuyo y el mío. Pero la
mano del Señor no les abandona
nunca, y les manda a su tiempo
lluvias y rocíos, y sol y heladas, y
crecen tan hermosos! Pues si esto
hace con ellos, ¿por qué no ha de
hacerlo también con nosotros, que
somos igualmente hijos suyos?

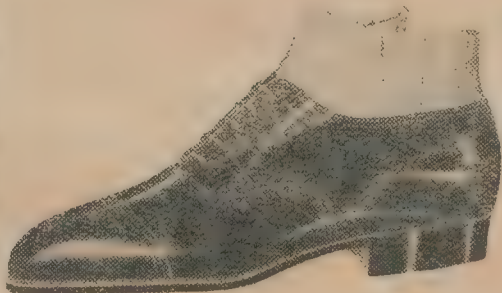
La vieja sintióse desarmada por
el espontáneo razonamiento de su
amo, y sólo contestó entre diente-
tes:

Desayuno de gorrión

Por Alfonso Pérez Nieves

Calzado "NEWARK"

VENTA
DIRECTA
DE
LA FABRICA
AL PUBLICO



Precio Unico

\$ 15.-

m/n.

EL PAR

CORRIENTES 745 - FLORIDA 245
Y CARLOS PELLEGRINI 342

ESTA MUJER ESTA COSIENDO

*Esta mujer está cosiendo junto a la ventana de su bal-
cón, mientras llovizna de ternura, la nueva primavera
Una ráfaga tibia anda por las calles, dándose contra las
puertas, como una persona aturdida con las precipitacio-
nes de un viaje. La tarde parece una ave gris que tuviese
las alas rosadas.*

*La mujer que es joven, teje una tela blanca, lentamente,
como sin ganas, quizá porque no sabe qué hacer. Mira
las gotas de lluvia que dibujan árboles en los cristales
de su vidriera, se queda un rato así, un poco abstraída,
y luego, vuelve a continuar su labor.*

*Mientras ella cose allá, yo escribo aquí, palabras que
no expresan bien lo que pienso y que son sólo dibujos de
mis sueños. En mi ventana también cae la lluvia, con una
blandura de cortina; y a veces, me quedo absorto, miran-
do el cielo revuelto por donde pasan hacia el horizonte,
caravanas de nubes como agobiadas por la pesadumbre
de la noche próxima.*

*Y sin embargo, entre esta mujer y yo, bien podría exis-
tir algo más que un silencio y una distancia, y acaso fue-
ran nuestras vidas, dichosas, por el sólo hecho de cono-
cerse y de amarse. Pero basta una llovizna sin juicio, para
que hayamos cerrado nuestras ventanas a la primavera
que llora de cariño. Y hemos seguido nuestra tarea, de-
cepcionados por la experiencia de tantos fracasos, tra-
tando de olvidar nuestros pesares, en la ligera ebriedad
del trabajo.*

Pedro Miguel OBLIGADO.

—Lo que es buenas razones no
le faltan a usted nunca. Así tu-
viéramos igualmente pan.

Siempre comenzaban estas cues-
tiones lo mismo, y siempre con-
cluían igual. El ama enseñaba pri-
mero los colmillos, y terminaba por
obedecer al cura y callarse. Res-
peto de perro que cesa en sus gru-
ñidos moviendo la cola. Y el caso
es que no le faltaba del todo la
razón a la pobre mujer. Sin ser
una prebenda, no era cosa despre-
ciable aquel curato, y hubieran po-
dido vivir con tranquilo regalo, ha-
ciendo obras de caridad, si señor,
que no tenía ella, a Dios gracias
un corazón de roca, pero modera-
damente y sin llegar a las priva-
ciones que pasaban.

Porque conforme cogía el buen
clérigo la paga, vaciaba en las
casas en que batía sus alas la mi-
seria. Por fortuna, era propia la
en que vivía. Y si luego recibía du-
rante el mes algún obsequio, ape-
nas si paraba en su despensa una
semana.

"¡Parece esto un fielato!" solía
decir riéndose el ama, bien que al-
guna lágrima se deslizase tímida-
mente entre las risas. Hasta la ro-
pa entraba en juego. Daba grima
ver al sacerdote con su sotana de
ala de mosca, cepilladísima pero
casi transparente de puro raída.
Los hábitos nuevos empeñados en
la ciudad; el gabán de invierno
que gastaba bajo los manteos, ven-
dido. A la propia ama la debía va-
rias mensualidades, y a veces pe-
dió el salario a los ocho días de
entregado para socorrer alguna
desdicha.

Para la honrada sirviente hubie-
ra tenido fácil remedio tal prodi-
galidad: marcharse del lado de su
amo. Alguna vez le amenazó con
dejarle, sin propósito serio de rea-
lizar la amenaza, porque en el fon-
do admiraba la abnegación del sa-
cerdote; pero al ver la cara com-
pungida que puso, ella misma tuvo
que desmentirse para consolarle.
Llevaba cuarenta años en la casa;
había conocido al cura en las mo-
cedades; las familias de ambos
eran amigas y convecinas. Lazos
tales, cuando viene a estrecharlos
luego el ejemplo de una gran vir-
tud, no se desatan fácilmente.

Ante el efecto de sus palabras,
cesó de amenazar el ama con irse,
pero no dejó de refirir a su señor
como si fuera un chiquillo y como
si él estuviera a su servicio en vez
de estarlo ella.

—No te apures, mujer — termi-
naba siempre el cura con su habi-
tual mansedumbre, — no te apu-
res. ¡Dios proveerá, que es el que
provee a los pájaros y a los árbo-
les!

Y el ama concluía moviendo la
cabeza y con cierto tono de repro-
che burlón:

—¡Sí, señor, sí! ¡Pero no va a
ser boca la que abran los arrieros
cuando un día se encuentren en la
carretera un cura de sotana parda
y una vieja con gafas pidiendo li-
mosna!

II.

Pronto estuvo a punto de cum-
plirse la predilección de la vieja
grufona. Una mañana en vano mi-
ró y remiró el bolsillo y la cómo-
da: ni un real. Y nada de comer
en la despensa. Por todo alimento
para el desayuno, un trozo de ho-
gaza en el cajón.

—Ya caerá algo, mujer, mientras me afeitó — dijo el cura; — y si no, lo pediremos prestado.
Y sin apurarse grandemente, dispuso navajas y jabón.

Y algo cayo hacia la mitad de su faena, afeitándose ante el espejito colgado de la vidriera. Todas las mañanas hacía la misma operación, y como por la fuerza de la costumbre apenas necesitaba cuidarse del cristal; manejaba la navaja mirando a la vez la campina que se descubría inmensa desde aquel balcón. El bueno del párroco llevaba así la cuenta de lo que sucedía en la ribera abarcada desde su observatorio, viniendo a ser un inspector de la mañana en los huertos. No se le escapaba un detalle. El Patanzas ha empezado ya la escardadura. La noria de Antolín no trabaja hoy. ¡Anda, anda, la vaca de la Faustina metida por entre las coles! ¡Menudo zafarrancho!

Lavábase el cutis con la brocha, cuando vio venir por un sendero, prados a través, una campesina, baja la cabeza andando despacio, como persona que camina abrumada por el peso de una honda preocupación. Sujetándola con el brazo izquierdo traía una excusa de mimbre atada con una gaita. La figura se fué acercando y ya próxima reconoció el padre, iluminándose su rostro con la luz de una repentina alegría. Al llegar frente a la casa levantó la aldeana la cabeza, distinguió la cara bondadosa del párroco enjugándose con la toalla, y le sonrió.

—Es la Patricia, la chica del tío Cerrojo — murmuró el cura; — y mucho me equivoco si eso que trae bajo el brazo no es una excusa de fresa.

Y acabándose de secar, se salió de su cuarto gritando, a la vez que bajaba por la escalera de la cocina:

—¡Juan Juana! ¿Ves cómo hacía yo bien en no desconfiar? Ahí viene la Patricia, por el atajo de los Tranpales a traernos fresa.

No acababa de decirlo, cuando penetró en la cocina la aldeana, una muchachota fresca y colorada, de gruesos labios llenos de risa y ojos cándidos. El ama de llaves interrumpió el lavado a que se entregaba y salió al encuentro de la campesina, saludándola con el agrado del que se dispone a recibir un obsequio.

—¡Hola, Patricia! ¿tu por aquí? — dijo la vieja gruñona.

—¿Qué tal va tu padre del golpe que se dió la otra tarde en la serraduría? — agregó el clérigo.

La campesina soltó sobre la mesa la excusa que traía bajo el brazo, y cogiéndose las puntas del delantal replicó, sin atreverse a mirar de frente al cura, intimidada por el respeto:

—Pues padre ya está bien, gracias a Dios, señor cura. Y de su parte vengo a traer a usted esa poca fresa. Es la primera que da el fresal nuevo, y mi padre dijo, dice: "Anda y llévale a D. Julián esa excusita, que no quiero que nadie la pruebe antes que él".

El ama había destapado mientras el cestito, y sobre un lecho de verdísimas y amplias hojas de moral surgía un empedrado de fresa de vivísimos tonos. La buena señora cogió del vasar una fuente honda de loza, y tomando la excusa, volcó en la fuente el fresco fruto, que rodó como una cascada de

rubies, esparciendo por la cocina un olor incitante.

—¡Debe de estar riquísima! — exclamó el ama de llaves cortando la frase para lanzar una mirada de reproche a su señor, que decía:

puerta de la cocina, mano a mano, a uno y otro lado de la limpiísima mesa, se desayunaban tranquilamente amo y criada.

—¿Ves cómo Dios ha provisto, Juana? — decía el clérigo.

EL TESTAMENTO

Cuando Julio Lechochelet entró en casa de su amigo Poulimard se encontró a éste vestido de negro y con una cara que revelaba una gran preocupación.

—¿Qué te ocurre, Oscar? — le preguntó.

—Silencio — contestó tristemente Poulimard. Estoy en una de las horas más negras de mi vida. Acabo de hacer mi testamento.

—¿Tu testamento? ¿Tan mal te encuentras?

Nada de eso. Me encuentro perfectamente; pero no creo que sea preciso estar enfermo para hacer uno testamento.

—Entonces, ¿para qué te vas a tomar este trabajo tan penoso?

—Hay que pensar en los que uno deja en el mundo al morir.

—¿Tus herederos?

—No tengo herederos. Sólo tengo un buen amigo, y a ti no te dejo nada.

—Muchas gracias.

Te explicaré. No te dejes nada porque no quiero perder tu amistad y obligarte a darme mi muerte y a preguntarte a todas horas: "¿Pero a qué aguarda para morirse y dejarme que disfrute en paz de sus rentas?" No. No tengo más que un ami-

go y quiero conservarlo.

—¿Entonces... ¿para quién has hecho testamento?

—Para una porción de gente que no conozco.

—¿Vaya una idea!

—Es mía.

Y Poulimard dió a leer a su amigo un testamento que comprendía cuatro grandes pliegos de papel de barba.

Julio Lechochelet leyó:

"Lego quinientos mil francos a la ciudad de París.

Lego un millón a los pobres del departamento del Sena.

Lego ciento cincuenta mil francos al Museo.

Lego..."

Como digo, cuatro pliegos de papel de barba.

—¿Total?

—Ciento veintisiete millones.

—¿Pero tienes tú ciento veintisiete millones?

—¿Yo...? Apenas tres mil francos.

—Entonces... ¿Dónde vas a encontrar este dinero que legas?

Poulimard se cogió la cabeza con las manos y contestó muy preocupado:

—Eso mismo me pregunto yo.

JEAN KOLB

—Pero ¿por qué se ha incomodado tu padre, Patricia?

III.

Media hora después, bañados por un rayo de sol que entraba por la

Y la buena mujer replicaba, señalando a la fuente y al pan desparramado sobre la mesa:

—Contentándose como los gorrones con migajas y fresa... ¡Pero yo estoy por una jicara de chocolate!

EL SOL

I

En cada ola que va a dar
Larga y turgente a la arena
El sol trasluce una vena
De la sangre azul del mar.

Con la sangre que colora
Su elemento diamantino,
Circula, en raudal divino,
La ambrosía de la aurora.

Y el silencio matinal,
Bajo el azul juvenil,
Vacila en una sutil
Fragilidad de cristal.

II

De las aguas luminosas
Del mar que apenas se crispa,
Escápanse en cada chispa
Inflamadas mariposas.

Sobre aquel brillante rastro,
Nubes de airoso remonte,
Alzan en el horizonte
Una ciudad de alabastro.

Una llama es el ambiente,
Y en aquel calor de oro,
El sol parece sonoro
Y el mar calla inmensamente.

III

Sin un rizo ni un chapuz,
Sobre el claro mar de estío
Brotó un trémulo plantío
De nenúfares de luz.

No hay un ave ni una vela,
No hay un soplo ni una nube.
Parece que al cielo sube
Toda aquella agua que riela.

Así, al resplandor solar
Que exalta aquel hondo anhelo,
El mar palpita en el cielo
Y el cielo flota en el mar.

La calma azul se levanta
Cual mística flor de loto,
Y en el silencio remoto
Cielo y mar son luz que canta.

Leopoldo Lugones.

Particularidades físicas de hombres célebres

Las narices grandes, afirma Vignoul-Mouille, son un horror para todo el mundo menos para los chinos y los tártaros. Otro autor, para demostrar sus excelencias, dice: "Contemplad todos los retratos de los emperadores romanos y veréis que la nariz de Numa media medio pie, por lo que se le llamó Pampilius o nariz superlativa. Según Plutarco, Licurgo y Solón también fueron narigudos.

Las narices pequeñas, afirma el autor antes citado, son de mal augurio y atraen la desgracia de sus poseedores. El condestable de Monmorency era chato. Su hijo, que tan trágico fin tuvo, también lo era.

Otros grandes hombres que poseyeron buena nariz fueron Tito Livio, Oridio, C. Borromeo, Camoens Kett...

* * *

La ceguera también abunda entre los hombres célebres. Desde Homero en adelante los poetas ciegos son numerosos: Milton, la Motte-Houdart, Delille, Blacklock, Avise, Karlov...

Asconius Pédiamus, gramático del siglo primero; Didyme, doctor de Alejandría, muerto hacia 395, Brandolini, predicador y poeta latino, muerto en 1497; el gramático italiano Pontanus; el alemán Griesinger, que conocía siete idiomas; el filósofo piemontés Grassi, muerto en 1831, fueron ciegos.

El inglés Saunderson quedó ciego en 1683 a consecuencia de la viruela. A pesar de ello, estudio ciencias y enseñó, con gran provecho para sus discípulos, matemáticas y óptica en la Universidad de Cambridge. Tan delicado era el tacto de este hombre notable que en una colección de medallas romanas sabía distinguir las legítimas de las falsas. Su delicadeza de oído le permitía percibir los sonidos más débiles y podía calcular la grandezza de una sala donde se le introducía, la distancia a que se encontraba de la pared, etc., etc...

Ciegos fueron los botánicos Rumpg, muerto en 1693, y Laurent de Jussieu, muerto en 1838; el matemático holandés J. Borghes, muerto en 1652; el conde de Pagan, ingeniero y astrónomo francés, muerto en 1663; Galileo; el astrónomo Cossini, el naturalista genovés Huber y el matemático Bérard...

ODONTOLOGICA

EL DENTISTA. — ¿Qué le duele a usted?

—Toda la dentadura.

—¿Pero si no tiene usted más que un diente!

—Por eso digo que me duele toda.

—Cuenta algo, pues, don Aniceto — dijo Donata, la incansable cebadora de mate, tratando de hacer abrir el pico al viejo capataz de carros, que rara vez articulaba una palabra.

—¿Y qué querís que cuente, m'hija, — respondió el aludido después de dudar un momento. — Yo estoy muy olvidado de todo... Cuando comienzo a pensar se m'enriedan los recuerdos en la sesera, como esos ovillos de piola que andan rodando mucho tiempo sin que nadie los use...

—Eso les pasa a los sonsos... — dijo el viejo Laguna, metiendo su cuchara de palo — no tienen paciencia pá nada como no sea pá estar achataos junto a una damajuana con vino... Lo mesma les sucede en la vida a cada paso; no son capaces de resolver nada por sí mismos y andan jirando pá todos laos como las ruedas de los molinos de viento, sin saber hoy pá qué lao van a rodar mañana...

—Gracias por la indirecta, retrucó el aludido algo amoscado — pero ya la esperaba!... Chá si don Laguna debía e ser periodiquero por lo mal pensao y amigo e metters'en en corral ajeno...

—Es la ley de la vida, mi amigo — argumentó el padre de los cuentos. — Hay que animar a los vivos y picaniar a los sonsos pa que se aviven y sirvan de algo... No sólo de pan se vive. Hay que tener también un poco de idea y aprovechar las güenas enseñanzas que la vida nos presenta a cada paso y guardarlas pá contárselas a los qu'empiezan a vivir, que les sirva de guía en el camino.

—La juventú de hoy hace tanto caso de los consejos, — arguyó don Aniceto — como quien oye llover...

—No importa, — insistió el viejo Laguna — también en las siembras se pierden muchas semillas. Además, hay que sembrar a tiempo, y más que todo, saber sembrar...

—Güeno, — dijo la cebadora de mate poniéndose de pie — se acabó el mate... O cuentan un cuento o se van de aquí con esas charlas de boliche...

—No levant'el vuelo, prenda — dijo el viejo narrador con zalamería — que al abrirse esas alas de seda nos va a salpicar con ceniza del fogón... Siéntese y siga cebando mate, qu' esos tragos dulces son los únicos que m' ispiran, haciéndome olvidar las amarguras...

—¿Qué florida está la primavera! — dijo ña Viviana con malicia. ¡Lástima que ha salío el sol tan tarde...

—Nunca es tarde cuando la dicha es güena — retrucó el viejo. — Pá todos los gustos hay uva en la viña del Señor... También hay uvas de cuelga...

—Pero se arrugan en seguida... Puro pellejo y güesos... — revió la vieja.

—Pá eso está la diferencia e los gustos — arguyó el viejo. — De nó no se vendería más de una clase de géneros... Y, dando güelta la hoja, ahora, qu' estamos en vísperas del aniversario del terremoto, voy a contarles la historia del ánima que protege a los niños cuando amenaza un temblor.

El ánima del terremoto

Por Miguel Martos

Hay una costumbre, desgraciadamente muy generalizada, como todas las costumbres malas, que ha hecho muchas víctimas en estas tierras ballarinas vecinas de las cordilleras, que son castigadas siempre por los temblores, y es la de atar a los niños traviesos, en castigo de cualquier niñería.

Cualquier penitencia es preferible a esa que en el momento menos pensao puede ser pena de muerte...

Yo era muchacho de diez o doce años cuando esto sucedió. Era muy travieso, al decir de mi madre; pero después hi visto yo qu'en la vida el niño que no es así es porque está enfermo.

Un día mi madre, harta de mis travesuras, me ató con una sog a un pilar del corredor de la casa.

venía encima. En ese momento llegó mi padre. Lo vide ponerse pálido cuando le conté mi sueño.

No s'entretuvo en desatar los nudos; sacó el cuchillo que llevaba siempre al cinto y de un tajo cortó la sog a.

Esa noche, después de cenar, rodea de todos bajo el corredor, contó esta triste historia:

Hace unos quince años, — dijo — desde la fecha del terremoto de 1861, que anda penando un ánima, que penará por los siglos de los siglos, porque el Señor la maldijo...

Los niños son las flores que adornan el altar de Dios y el padre y la madre que no vele por ellos, que son inocentes y no conocen el peligro, serán malditos por toda la eternidá...



—¿Me quiere decir para qué tenía usted esta pistola?
—Señor, la alquilaba a precios médicos para suicidios!

Estuve mucho rato atao, tanto que la mesma infirmitad me hizo dar sueño y me dormí contra el pilar, parao, como duermen los vigilantes... mientras los ladrones hacen de las suyas...

Tuve entonces un sueño curioso. Una mujer alta, vestida de blanco, con el cabello en desorden y el terror pintao en el rostro, se me acercó diciéndome: "¡M' hijo... M'hijito!... Tiembla y la casa se te va a echar encima..." y comenzó a desatarme, pero era tal su tribulación, que a la pobre le temblaban las manos y no podía deshacer los nudos ni con los dedos ni con los dientes... En eso desperté asustao, llamando a mi madre; pero no me contestó porque endaba en la viña y no podía oírme.

Yo veía tuavía en mi imaginación a la mujer vestida de blanco y sus palabras me martilleaban en los oídos... Hice muchos esfuerzos por desatarme, pero no podía. Ya me parecía que la casa se me

En l'antigua calle Constitución, cerca de la iglesia de San Agustín, qu'el terremoto destruyó, vivía una familia compuesta del matrimonio y dos hijos. Ella era una d'esas mujeres comodonas que hay en la vida, que por nada se apuran y que no piensan más que en ocuparse lo menos posible de sus obligaciones.

Pá evitarse los trastornos de las travesuras de los niños, los tenía ataos, la mayor parte del tiempo, a los pilares del corredor o a las patas de la cama. D'ese modo la vida le era más llevadera y podía sentarse por las tardes en la puerta, bien lamida y empernejada.

La gente del barrio se admiraba de lo juiciosos que parecían los chicos, pues, rara vez los veían en la puerta de calle. Pocos estaban en el secreto, porque ella los tenía atemorizaos y no dirían por nada del mundo, que se pasaban el tiempo ataos.

El padre se oponía y no veía con güenos ojos esa crueldá; pero

no todos los hombres saben ser padres y mucho menos maridos...

El día del terremoto ella estaba en la calle, como de costumbre, de comadreo con las vecinas, y los niños ataos a los pilares del corredor.

El marido estaría en sus obligaciones, seguramente; pero naide supo nunca d'él, porque dejuro lo apretó alguna muralla.

Al primer remezón, ella midió el peligro en qu'estaban sus hijos, pero no tuvo tiempo de llegar a libertarlos de las ligaduras...

No sintió más que los gritos de: "¡Mamá!... ¡Mamita!... unos instantes solamente; mientras las paredes y los techos bailaban, buscando su equilibrio, como si no quisieran derrumbarse sobre los inocentes prisioneros... Después nada... Un trueno ensordecedor d'escombros que caen en medio de una nube de polvo...

Ella también cayó al suelo en medio de la calle, aunque tal vez no la hizo caer el estremecimiento... Una madre saca fuerza y equilibrio de ande no lo hay, pero el terror del crimen que se alzó ante sus ojos como un espectro vengador, le robó las fuerzas, y en su aturdimiento, aunque la voz de sus hijos había quedao ahogada al ser sepultados, tuavía seguía oyendo el angustioso grito de: "¡Mamá!... ¡Mamita!...

Toda esa noche la infeliz estuvo escarbando en los escombros...

Cuando llegó el nuevo día sus manos sangraban y sus ojos parecían dos bolas de sangre... Pero seguía escarbando, escarbando... Los sobrevivientes dijeron que se había güelto loca, porque de vez en cuando se paraba como a escuchar y de pronto salía corriendo pá cualquier lao gritando: "¡Ya voy!... ¡M'hijitos!..." Y era que ella seguía escuchando aquel grito último, lleno de suprema angustia e inconfundible pá una madre: "¡Mamá!... ¡Mamita!...

Diz que la pobre anduvo muchos días y muchas noches vagando errante por entre los escombros, llamando a sus hijos... Hasta que un día la hallaron muerta, entre un montón de vigas y cañas destrozadas...

Dend'esa época muchos vecinos vieron su fantasma a altas horas de la noche, cruzar como una sombra despavorida por entre las murallas derrumbadas...

Y jué fama también que se aparecía cuando amenazaba un temblor, y especialmente a los niños. Muchas veces se dió el caso de le vantarlos de la cama, sacándolos al patio o a la calle de la mano, segundos antes del temblor...

Cuando los padre, despavoridos, al despertar buscaban a sus hijos en la cama no los hallaban en ella... Estaban en el patio...

Preguntaos después, decían que una mujer vestida de blanco, despeinada y con las manos ensangrentadas, los había sacao...

Todos se arrodillaban y daban gracias a Dios. Era el ánima del terremoto qu' estaba pagando su culpa...

LA DECLARACION

Por H. J. Magog

Julietta dejó de teclear en la máquina de escribir, extrajo su polvera y se frotó con el cisne la punta de la nariz.

—¡Ah! — suspiró tristemente. — ¡Nunca me corresponderá!

Lo que veía en el pequeño espejo de la polvera no podía inspirar esa pesimista declaración. Julietta era simpática hasta la exageración; y no lo ignoraba. Pero a pesar de aferrarse fuertemente a su esperanza, trataba de reflexionar y de llegar a las más desoladoras conclusiones en las que, por lo demás, no creía. Y se sentía desechada, no por la desesperanza, sino por la impaciencia.

¿Podía no ver las dificultades de su esperanza? La reserva que Julietta se imponía no era la más apropiada como para precipitar los acontecimientos. Rubia, bonitilla, elegante, adoptaba, para aminorar el influjo de sus encantos una actitud retraída y a las veces hosca. Su juventud no le impedía reconocer que el exceso de confianza y de sinceridad puede echar a perder los mejores propósitos de los hombres.

En la ingenua pasión de Julietta no había cálculo ni interés alguno. No era la ambición quien había llamado a la puerta del tierno corazón de la dactilógrafa. Pablo Duclos, objeto de esta pasión, no era un magnate de las finanzas. Julietta, que redactaba toda la correspondencia, sabía que Pablo Duclos no tardaría en verse en la miseria.

Pero el amor no se detiene a examinar esas pequeñeces. Convencida de la próxima bancarrota de su jefe, Julietta no habría vacilado, sin embargo, en aceptar a Duclos por esposo si éste se hubiese dignado formularle tal proposición; y hubiera aportado todo su entusiasmo para evitar el hundimiento de la casa donde trabajaba.

¿Por qué amaba a Duclos? ¿Cómo se había enamorado de él?... Si le hubiesen sido dirigidas estas preguntas, Julietta habría contestado sentimentalmente:

—No sé... Una ama porque... porque debe amar. Quizá ame a Duclos porque tiene ojos negros, de esos que parecen mirar hasta el fondo del alma... O quizá porque usa un perfume discreto aunque embriagador... O también porque dicta la correspondencia con voz tan encantadora que, en sus labios las frases de una carta comercial parecen transformarse en versos..."

Por todo ello y por otras diez razones del mismo estilo, Julietta estaba prendada de su jefe... Lo más probable era que Duclos careciese de las virtudes que en él creía descubrir Julietta... ¿Soñador, sentimental, capaz de enternecimientos?...

No; era necesario ser una muchacha romántica como Julietta para admitir a ciegas en Duclos tales cualidades. Mirándole, escuchándole, admirándole, Julietta había terminado por amarle. Lo de siempre: cuestión de costumbre. Y sucedió que, a fuerza de repetirse:

—¡Ah, si Duclos me amase!" concluyó poco después diciéndose: —¡Me amaré!"

Y aunque a veces la asaltaba alguna duda, no dudaba. Pensaba, sí, que el amor de Duclos no germinaba con la rapidez deseada, o que Duclos no se decidía a declararse.

Esa tarde, Duclos entró menos serio que de costumbre. Llevaba una mano envuelta en vendas. Julietta se asustó:

—¿Se ha herido usted, señor Duclos?

—Sí — dijo él. — Un accidente estúpido... No podré escribir. Me verá obligado a dictarle mi correspondencia personal... Confío en la discreción de usted...

—¡Oh, señor! — protestó Julietta dulcemente.

—Bien. Escriba...

Y Duclos empezó a dictar:

"Amadísima..."

Entornó los ojos, para mejor concentrar sus pensamientos. Julietta se estremeció. Antes de proseguir, Duclos explicó:

—Voy a confiarle un secreto que no debería conocer nadie más que yo. Cartas de esta naturaleza han de ser siempre escritas por el mismo que las dirige... Pero tengo mis razones para no retardar el envío de esta carta. Además, usted me inspira una confianza ilimitada...

Julietta estaba demasiado como vida para sentirse halagada. Y su mano temblaba al traducir en sig-

Aguas subterráneas, metales, petróleo y tesoros ocultos. Proporcionamos los medios para descubrirlos. Escribir: Centro Geológico, Sepúlveda 89, Barcelona, España.

nos estenográficos las siguientes palabras inesperadas:

"Amadísima: ¿Por qué duda usted de los sentimientos que me inspiran?..."

¿Por qué temblaba Julietta? ¿Sufría? ¿Estaba celosa?... Nada de ello: tenía impaciencia, una impaciencia loca por saber a quién iba dirigida esa carta.

Duclos prosiguió su dictado:

"Duda, sí. Lo sé... Tengo el convencimiento de que a veces no le he sido indiferente. Y eso me ha bastado para albergar dulces esperanzas. La veo a usted todos los días, pero nunca me he atrevido a hablarle de amor. Amor... He ahí la palabra grandiosa que sólo puede ir seguida de esta pregunta: ¿Quiere usted ser mi esposa?..."

—¡Sí, sí! —suspiraba el corazón de Julietta, que anotaba las frases con los ojos encendidos y las mejillas empurpuradas. Esas frases hubieran debido atravesarle el pecho; pero no..., estaban dirigidas a ella. Eran un simple subterfugio empleado por Duclos para manifestarse sus sentimientos y darle, al mismo tiempo, oportunidad de traicionar los suyos.

—¡Ah!... ¡Julietta no era tan tonta!

Sonriendo, volvióse a Duclos.

Esperaba que éste le preguntase: "¿No adivina usted a quién va dirigida esa carta?..."

Pero Duclos se había incorporado, tranquilo e indiferente.

—Copie usted la carta y firme por mí —dijo a Julietta—. Trate de imitar mi letra...

—¿Y la dirección?... —balbució, Julietta, roja.

Duclos hizo una mueca ambigua y contestó:

—No, señorita. La dirección la escribirá otra empleada... No conviene que se entere usted de ciertos detalles... Bástele saber que se trata de un posible casamiento... Si la cosa me resulta, le abonaré a usted los meses de trabajo que le adeudo; y quizá pueda también aumentarle el sueldo. Ya veremos. Por de pronto, le repito que cuento con su absoluta discreción.

—Cuenta usted con ella, señor —murmuró Julietta apretando el lápiz y el papel con fuerza, para que no se le cayesen de entre los dedos.

Acababa de comprender su error. Pero comprendía también que no debía lamentar la pérdida de su ilusión. Una extraña desazón se había apoderado de ella. Experimentaba algo así como una sensación de angustia.

Un poco pálida volvió la cabeza y permaneció un instante inmóvil, con las manos apoyadas en el pecho.

—¿Qué le sucede, señorita? —preguntó Duclos, sorprendido. —¿No se siente usted bien?

—No es nada —repuso rápidamente Julietta con orgullo—. Es el corazón... Pero ya pasará... Ya ha pasado.

SONATA EN TRES TIEMPOS

I.

ANDANTE

Iba llorando la tarde
por el camino,
y a través de su llanto iba mi sueño
peregrino,
sonriendo a una lejana
sinrazón,
mariposa de la rosa
del rosal del corazón.

II.

ALLEGRO

Subí a la nieve de las cumbres,
bajé a la sombra de las simas,
crucé los bosques del silencio,
salté las fuentes de la risa.
Ví nacer soles en el Oriente
que en el Ocaso luego morían.
Primavera daba sus rosas,
Otoño su melancolía.
Eran los lobos del Invierno
en el Verano golondrinas.
Y yo iba siempre sonriendo
a la lejana fugitiva...

III

ADAGIO

Yo no sé si han pasado muchos años
o si un instante o nada.
Siento ciegos mis ojos;
mis manos se desangran.
No sé adónde he venido
después de tanto andar.

La sed me abraza.

Al borde del sendero
tiendo mis manos como dos plegarias.
Ni el silencio me escucha.
Ni un temblor. Ni un sonido. Ni una ráfaga.
La sobre está vacía.
No pase nadie.

¡Nada!

José MARTINEZ JEREZ

DE PERFIL

Por André Birabeau

En el transcurso de una reyer-
ta, ella le había dicho: —¡Claro!
Soy tu mujer, ¿verdad?... Si
fuese la mujer de otro hombre te
mostrarías más amable conmigo.
Y lo mismo si me vieses por pri-
mera vez.

En diversas ocasiones, María
Luisa había pronunciado idénticas
frases, reprochando al esposo su
falta de consideración y de corte-
sia. Nunca, sin embargo, se detu-
vo a reflexionar sobre ellas. Pero
ahora le parecía comprender de
golpe todo el significado de esas
palabras. Y por ello agregó:

—Escucha, Federico. Escúcha-
me sin interrumpirme, porque se
trata de algo referente a nuestra
felicidad... Pero no te asustes; no
quiero provocar otra escena... Hay
en nuestra vida un hecho indiscu-
tible. Este: nuestra unión no se
parece en nada a la de hace cinco
años. En los comienzos de nuestra
vida matrimonial fuiste un marido
encantador, solícito, atento. Ya no
lo eres. Creo, sin embargo, que no
has cambiado porque te lo hayas pro-
puesto, sino porque la costumbre
te imponía su ley. Me atrevería a
decir más: que no tienes culpa al-
guna de cuanto sucede. Ya ves que
te hablo con toda serenidad, sin
exaltarme. Es que me doy perfecta
cuenta de lo que nos sucede. Tengo
sobradas razones para reprocharte
lo que te reprocho, no obstante
comprender que tu afecto hacia mí
no ha variado sustancialmente. Y
lo que sucede es esto... Pero, no.
Prefiero repetirte una frase que
leí no recuerdo dónde: "Los ma-
trimonios viven de perfil." Te ex-
plicaré... Subimos a un coche y
nos sentamos el uno al lado del
otro; si entramos en una sala, lo
hacemos dándonos el brazo; nunca
uno de nosotros ve llegar al otro.
Estamos siempre juntos. Es decir,
vivimos de perfil... Dos personas
que no se conocen, que quieren con-
quistarse mutuamente, se encuen-
tran cara a cara; sus deseos, sus
recuerdos, sus palabras, sus confi-
dencias, cuando estrechamos a otra
persona en nuestros brazos, la te-
nemos de frente; pero cuando nos
limitamos a darle el brazo, la te-
nemos de perfil. Nosotros hemos
llegado a la época en que se anda
de bracete. Ya no salimos el uno
en busca del otro, porque nos he-
mos encontrado definitivamente,
porque marchamos juntos, porque
nos hemos casado. Y así caminare-
mos hasta el fin de nuestros días,
sin mirarnos, fijándonos única-
mente en los demás que cruzan a
nuestro lado. Hace mucho, mucho
tiempo que no nos vemos, Federico...

Federico sonrió pensando: "Ma-
ría Luisa lee demasiado. Y las lec-
turas le sugieren todas estas co-
sas extravagantes".

Pero ella continuó:

No te sonrías. Lo que te he di-
cho encierra una tragedia: la tra-
gedia de todos los matrimonios...
Y debieras comprenderlo mejor
que yo. Ya no me sorprendes; ya
no te sorprendo. Si debemos asis-

tir a una reunión, soy yo quien te
compra la corbata y la camisa. Y
tú presencias todo el proceso de mi
tocado... Luego, en la reunión,
perdidos entre los demás, no nos
dignamos mirarnos. ¿Por qué?
Porque conocemos nuestro secre-
to; porque yo te he visto lidiar
con la corbata rebelde; porque tú
me has visto con la cara empasta-

de mi tía Adela. Tu harás solo el
viaje a Niza que proyectamos jun-
tos. No te escribiré; no me escri-
birás. Trataremos de no pensar en
nosotros. Durante un mes, nos ci-
taremos todos los días en el Ca-
sino.

—Pero, entonces... irás a Niza
conmigo.

—No. Yo me marcharé prime-



El hombre forzado y galante.

da de crema. Somos los actores de
una farsa. El público que mira la
representación cree de verdad que
somos tal y cual personaje. Pero
nosotros, no; porque entre bamba-
linas recobramos a cada instante
nuestra pobre individualidad...
Pues bien, Federico: es necesario
que dejemos de marchar de perfil;
debemos salirnos al encuentro,
vernó cara a cara...

Y como él no comprendiese muy
bien todo aquello, María Luisa pre-
cisó:

—Voy a pasar un mes en casa

ro y no me detendré en la ciudad.
Me hospedaré en casa de tía. Tú
te alojarás en un hotel.

Surgió una discusión de varias
horas. Federico repetía: "Es ab-
surd... Es absurdo..." Pero Ma-
ría Luisa no cedía. Y se resolvió
como ella quiso.

Salieron juntos de la casa, pe-
ra cada uno detuvo un taxi. Fede-
rico dijo una vez más: "Es absur-
do, María Luisa".

BALADA DE LA LUNA DE INVIERNO

La señora Luna parece de nieve.
¡Cómo está de blanca! ¡Cómo está de blanca!
Se cayó rodando desde la barranca,
y ahora flota, helada, sobre la laguna,
la laguna muerta que apenas se mueve.
Está toda blanca la señora Luna.
La señora Luna parece de nieve.

La señora Luna se muere de frío.
Tal vez, si yo abriera la pesada puerta,
entrara en mi alcoba donde el fuego alerta
es un simulacro de la Inquisición,
pues mientras me aburro en mi gran sillón,
afuera, la luna se muere de frío.

En mi alcoba ha entrado la Luna de nieve.
Dentro de un espejo de borrosa luna
está tiritando la señora Luna
con su extraña toca de nubes de lino...
Y ahora se me ocurre que soy yo el que debe
ofrecerle un vaso de algún viejo vino,
puesto que es mi huésped la Luna de nieve...

Manuel B. Mujica Lainez,

Viéndose con sendas valijas en
la mano, delante de aquellos co-
ches, sintieron que se les apretaba
el corazón y se les cerraba la gar-
ganta. Los taxis siguieron un rato
el mismo camino. Luego María
Luisa descubrió que el coche de
Federico había desaparecido sin
que ella lo advirtiese.

Fué Federico, naturalmente,
quien menos sintió la separación.
En Niza hallaba mil ocasiones pa-
ra distraerse, en tanto que María
Luisa se aburría en casa de tía
Adela.

El 2 de noviembre, día fijado
para la primera entrevista, Fede-
rico se dirigió al Casino, pensando
una vez más: "Es absurdo... Es
absurdo..." No obstante, su con-
vencimiento no era tan fuerte co-
mo antes. La decisión de la esposa
le parecía una ocurrencia muy es-
piritual.

¡Qué impresión extraña experi-
mentaba sabiéndose en la misma
ciudad que María Luisa y sin te-
nerla a su lado!...

A las diez de la noche los dos
estaban en el Casino. Se buscaron
en el parque, en la terraza; y se
encontraron en la sala de juego.

Cuando ella entró, Federico es-
taba detrás del croupier. Se mira-
ron. El no se movió; ella avanzó
serena.

Y se vieron. Se vieron de fren-
te, cara a cara, como querían ver-
se. Y comprendieron que, en efec-
to, desde el día de su casamiento
no habían vuelto a verse.

Federico vio avanzar a una mu-
jer coloradota, de ojos azules, pe-
ro sin brillo. Ella vio que le espe-
raba un hombre desgarbado, un
poco calvo, que le sonreía con es-
fuerzo, mostrando sus tres dientes
de oro... Se vieron, sí; se vieron
como dos extraños, como los veían
los demás. Y él pensó que no se
le podría ocurrir casarse con esa
mujer si esa mujer no fuese ya su
esposa. Ella pensó, al mismo tiem-
po, que si ese hombre se atreviese
a formularle una declaración de
amor, se le reiría en las narices.

María Luisa experimentó de
pronto el deseo de apresurar sus
pasos. Y él, tras algunos instantes
de vacilación y de inmovilidad
acudió a su encuentro precipitada-
mente.

Federico tomó el brazo de su
esposa:

—Vamos —le dijo—. Vamos...
pronto...

Y salió con ella de la sala.

Habían comprendido que la vi-
da matrimonial, con sus comodi-
dades, sus egoísmos, sus indife-
rencias, constituía una dicha su-
perflua, pero segura; algo así co-
mo una renta pequeña a largo pla-
zo. Y esa dicha había sido posible
sencillamente, porque nunca se ha-
bían detenido a mirarse de frente,
cara a cara...

Y rápidos, presurosos, con el
corazón agitado por la impruden-
cia cometida, se marcharon del Ca-
sino tomados del brazo, bien apre-
tados el uno contra el otro.

Y siguieron marchando de per-
fil para no verse.

Un filósofo

Por Guy Peron

Después de haber recibido de su editor la suma de dos mil trescientos setenta y cinco francos por su novela de aventuras titulada Don José de Alfaraque, Grandidier entró en su casa en un estado de extrema exaltación; tal era el júbilo que tenía.

—¡Eloísa! — gritó. — ¿Estás ahí?

De lo alto de la escalera bajó una voz.

—Sí; ¿que pasa?

—Baja en seguida.

—¿Para qué?

—Baja en seguida. Tengo que darte un noticia.

Cuando bajó Eloísa, su marido le dijo:

—Un abrazo, mujercita mía; somos ricos.

Y mostraba dos billetes de mil francos.

—¡Dos billetes de mil! — exclamó Eloísa, muy pálida. — ¿Y qué vamos a hacer con el dinero?

—Por lo pronto, iremos al Salón del Automóvil. Compraremos un torpedo. Algo rápido y chic.

—¡Eso es! — exclamó Eloísa palmoteando.

—Yo siempre he soñado con tener un auto.

—Pues ahora podrás llenarte la boca diciéndolo nuestro "auto".

—¿Y haremos el domingo excursiones por los pueblos de los alrededores?

—No, mujer; iremos mucho más lejos.

—¿Al Havre?

—Y a Marsella.

—¿Qué envidia nos van a tener los vecinos cuando nos vean en auto propio!

Diez minutos después, el matrimonio Grandidier salía de su casa.

—¿Tomamos un coche?

—No. ¿Qué dirían de nosotros si nos viesen apearnos en el Salón del Automóvil de un taxímetro! Iremos a pie.

Al pasar por un gran almacén, Eloísa dijo:

—¿Qué vestidos más bonitos! Si compras un auto no podré llevar éste, que tiene ya dos años. Comprame un vestido de viaje.

—¿Por qué no, querida y digna compañera? No puedo rehusarte nada.

Entraron el almacén.

Comprado el vestido, la señora de Grandidier pensó que necesitaba zapatos nuevos.

—Es natural — dijo el marido.

—Y medias.

—Cómprate tres pares.

Grandidier vió en aquel momento un traje de turista, y creyó oportuno adquirirlo.

—Y anteojos de automovilista necesitamos también. — dijo la señora.

Un reloj dió las once.

—Podíamos almorzar en un restaurante — dijo Eloísa, — y después ir al Salón del Automóvil.

—Tienes razón.

Entraron en un lujoso restaurante. La cuenta fué un poco más elevada de lo calculado por los esposos Grandidier.

—Me parece — dijo el marido al salir — que no nos queda bastante dinero para comprar un torpedo. En último término, compraremos un side-car.

—¿Con dos asientos? — preguntó la señora con inquietud.

—¡Naturalmente, mujer!

De pronto se adelantó hacia el matrimonio un caballero.

—¡Feliz casualidad! — dijo. — Creo que ha llegado el momento de cobrar lo que se me adeuda. ¡Recuerda usted que me debe mil quinientos francos desde hace tres años por los trajes que le hice?

—Recuerdo.

—Pues o me paga usted ahora mismo, o doy un escándalo delante de la señora.

—¡Págale! — ordenó Eloísa asustada.

Grandidier pagó.

—¿Te queda aún bastante para el side-car?

—preguntó Eloísa.

—No; pero pero podemos comprar un tándem.

—Entonces es inútil que vayamos al Salón del Automóvil.

—Tienes razón, querida y digna compañera.

Y añadió:

—En el fondo, me agrada más un tándem. Va más despacio, y no está uno tan expuesto a romperse la cabeza.

Pero al ir a comprar el tándem se encontró con que no tenía bastante dinero. Entonces compró una bicicleta, y como su mujer se lamentase, Grandidier le dijo:

—No te apures, monina. Tú montas tres días a la semana; yo monto otros tres y los domingos vamos juntos a pie.

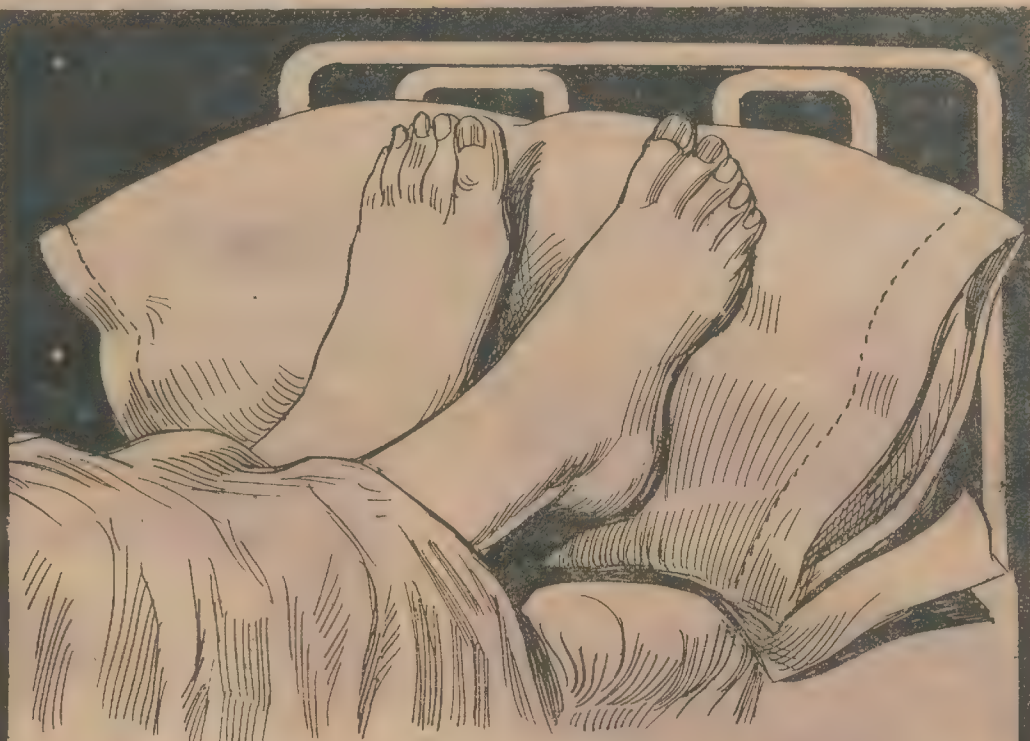
ANSIEDAD

¡Qué amor secreto hay en las olas que con suspiro largo y suave mueren en las playas solas? Dios lo sabe!...

Qué anhelo puro hay en el vuelo dulce y magnífico del ave que pasa entre mar y cielo? Dios lo sabe!...

Qué inquietud hay en mí mismo y qué tristeza tan grave me hace asomar al abismo? Dios lo sabe!...

Fernán Félix de AMADOR



Descansan!

Para conseguir esa sensación de descanso tan necesaria, después de un día caluroso y de mucho caminar es preciso darse, por las noches un baño de pies caliente en el que se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

el que dá la idea de que los pies se encuentran recostados en un suave almohadón de plumas.

□ Tal es la sensación de alivio y de descanso que dá el

TARBORATS para los pies

Cuidando los pies con estas sales sanativas no se teme, ni el excesivo calor ni las largas caminatas.

\$ 2.60 el paquete para varios baños.

Farmacia Franco-Inglesa

Sarmiento y Florida,

LA MAYOR DEL MUNDO

Buenos Aires!

FUNERALES POR LA REINA MADRE DE ES- PAÑA, DOÑA MARIA CRIS- TINA

El presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, el embajador de España, señor Ramiro de Mañta, el nuncio apostólico, monseñor Cortesi, el capellán de la marina, monseñor Copello, los ministros del Poder Ejecutivo, el intendente municipal, señor Cantilo, el jefe de policía, coronel Graneros, diplomáticos y altos funcionarios, durante el solemne funeral que en memoria de la reina madre de España, doña María Cristina de Hapsburgo, fué oficiado en la Catedral.



PAVOROSO IN- CENDIO EN LOS GALPONES DEL PUERTO

Uno de los primeros en acudir al voraz incendio recientemente declarado en uno de los depósitos de inflamables, situados en la dársena sur, fué el presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, quien aparece en la fotografía acompañado por el ministro del Interior, señor Elpidio González, el jefe de policía, coronel Graneros, el jefe del cuerpo de bomberos, coronel Cobas y otras autoridades. La presencia del primer magistrado en el lugar del siniestro, momentos después de estallar el fuego, fué el glosamente comentada por el numeroso público concurrido en el sitio de la catástrofe y que tributó al doctor Irigoyen calurosos aplausos.



Un aspecto del terrible siniestro que redujo a cenizas uno de los grandes galpones del puerto, con todo su contenido de inflamables, y que alarmó a la ciudad con numerosas y formidables explosiones.



Parte de los setecientos automóviles embalados en cajones, que por hallarse cerca del fuego, fueron alcanzados y totalmente destruidos por el voraz elemento, originando cuantiosos perjuicios.

Nuevo director del Banco de la Na- ción Argentina



El señor Carlos J. Bottó, recientemente nombrado, por el Poder Ejecutivo, director del Banco de la Nación Argentina, después de haber sido puesto en posesión del cargo, por el ministro de Hacienda, doctor Enrique Pérez Colman, acompañado del presidente de aquella institución bancaria, doctor Tomás E. de Estrada y de otros altos funcionarios y amigos que le presentaron sus saludos.



Ecos de las fiestas de Carnaval



"Las indias", interesante núcleo de máscaras que se destacó en el baile del Círculo de la Prensa



Un grupo de artistas que también tomaron parte en el baile de referencia, efectuado con gran lucimiento en el teatro Politeama.



Un palco del corso de Flores



Simpático conjunto tomado en el corso de Belgrano



Un detalle de la concurrencia femenina que asistió al baile realizado en el Club Belgrano.



Mascaritas que tomaron parte en el baile infantil efectuado en el teatro Coliseo, bajo los auspicios de la Intendencia Municipal.



Vista parcial del público que asistió al baile infantil del teatro Coliseo.



Diana Grand, Elsa Nicolás y Juan J. y Héctor R. Devalle.



Florencio Autino y Mercedes García



Dos palkos de la Avenida de Mayo, mientras se realizaba el corso infantil en dicha arteria.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



P. Rojas

(Continuación)

Efectivamente; al penetrar en el comedor encontré a mi prima comiendo por la duodécima o la decimaquinta vez su plato favorito, es decir, algunas larvas de callo. Lampiro, instalado en un repliego de la pared, parecía muy profundamente; mas había molesto la amabilidad de dejar encendida la lamparilla. La araña no había salido aún de su escondite; veíase la semi-oculta por las sombras, al lado, alagados los ojos por el mismo sitio en que esperaba en un rincón.

¡Eso dije! No lo niego; pero debes contentarte con tan vaga indicación, ya que las hembras tenemos especial cuidado en ocultar los años.

—¿Habría leído alguna novela?— pregunté. —Nada que merezca contarte. Lampiro ha dormido con el mismo sueño de un insecto que nada deba su existencia a la conciencia humana.

—Supongo que el padre de Lampiro...

hicioso. ¿Encontráis con frecuencia de esas ninfas? —A pocos pasos de aquí hay un avellano, y como en la estación que corre las larvas de balanina agujerean la cáscara de la avellana para salir fuera y metamorfosearse bajo el suelo, me es fácil darles caza, lo cual no me desagrada, pues es plato de mi predilección. —Vos tenéis sobre mí la incontestable ventaja de poder escarbar la tierra para procurarnos el sustento. Los grillos debemos contentarnos con lo que está al alcance de nuestras uñas. —Sin embargo, los grillos también escarban la tierra. —Sólo por el placer de hacerlo.

hora presente. Vuestra morada está muy agradablemente situada. Confieso que tales ventajas no me preocupan gran cosa, si bien a ellas debo la abundancia de mi despensa, lo cual es una gran fortuna para mí. —Acabáis de hacer una profesión de fe sincera. —¿Por fortuna te sorprenden mis palabras? Amigo, tú eres todavía joven; cuando tengas mis años, cambiarás de ideas sobre este particular. Particularmente te volverás prosaico, mandote de paso al regalo de la casa. Cada cual tiene sus goces. —Así pues, sois ya vieja, prima.

—Ante todo te diré que me pareceis bastante indiscreto. ¿Acaso se pregunta nunca la edad a los seres de mi sexo? Tengo los años que aparento, ni más ni menos. —Dispensad, querida prima, la dije riendo; no he querido ofenderos. Sólo que, habiendo oído decir que podíais ser mi abuela, me he permitido decirlo.

—Eso dije! No lo niego; pero debes contentarte con tan vaga indicación, ya que las hembras tenemos especial cuidado en ocultar los años.

—Supongo que el padre de Lampiro...

impide fabricarte una vivienda conforme a tus gustos. —En esto estaba pensando. —Entonces, ¿no se habla más del asunto; mientes a la obra. No creí prudente participar a mi prima el encuentro de la langosta, pues a saberlo, a él habría atribuido mi súbita determinación de establecerme en aquellos sitios. —¿Has satisfecho el apetito, querido? —Sí? Bien está; ahora vete a acostar. Buenas noches. A no ser que prefieras salir afuera para extasiarte contemplando la luna. —No, me gusta más la cama. ¿No tenéis miedo a los topos esta noche? —Parece que hoy por hoy estamos libres de su presencia. De todos modos, descansa en mí; al menor ruido que sintiese te despertaría.

Aquella noche no fué tan tranquila como la anterior, pues a una hora bastante avanzada (a lo menos a las diez) me parecía haber dormido profundamente, se disputaba en los alrededores de la casa. La voz de un grillo me conocía perfectamente, y con otra cuyo timbre era desconocido del todo, yo doble contra sencillo o, al menos, parecía estar colérica; así pues, me preparé para salir en su auxilio, si bien comprendía que si se veía obligada a defenderse en la angosta galería de su vivienda, de poca utilidad podría yo serle, aunque mi presencia no dejaría de atemorizar al adversario. Confesaré, sin embargo, que nadie me llamó. Pronto cesaron los gritos, acabando por reinar completo silencio, de lo que deduje que el enemigo se retiraba.



Lampiro continuaba durmiendo como un lirón. El día siguiente supimos que mi prima, que siempre está alerta, había sido despertada hacia las tres de la madrugada por un rumor vago, una especie de roce proce-

dente del corredor; que como el ruido se hacía más perceptible por momentos, se levantó para ver lo que aquello significaba, encontrándose en presencia de un cábaro que, sin permiso del portero, había sido introducido en su casa; interrogado por la cigarra respecto a sus intenciones, el cábaro se insolentó, (oh raza maldita y vanidosa!) retirándose al fin, no sin echar pestes y amenazar a mi parentela.

Otras veces he sido víctima de semejante invasión, añadió la cigarra, de suerte que la cosa no me preocupa. Los cábaros y otros bandidos de su especie introduciéndose en mi domicilio para robarme las larvas, lo que ningún daño me hace, pues fácilmente me procuro otras; pero en la presente ocasión, digo Lampiro, me he irritado a causa de vos. El maldito cábaro hubiese sido capaz de arrebatarnos de aquí.

La luciérnaga manifestó calurosamente cuán reconocida estaba a la cigarra por aquel acto, y yo también la felicité por su vigilancia e intrepidez.

—¡Oh! basta de lisonjas, amigos míos mi conducta no merece tantos elogios. No me infunden miedo los cábaros puesto que siempre les he ahuyentado de mi presencia.

—¿Acaso el de que se trata no os ha rociado con el licor infecto de que van provistos?

—Imposible. ¿Cómo quieréis que lo hiciera si para salir de mi casa ha tenido que pasar hacia atrás, al igual que los topes, y yo no le perseguí?

Aquel día tuve un encuentro con el anterior. El tiempo que me quedaba en el día, me lo empleé en el oficio, de suerte que he podido hacerme entretener en casa. Sobre el montecillo donde antes pasaba horas agradabilísimas. En vano esperé a la langosta, pues no pareció. ¿Habíase visto imposibilitada de acudir a mi lado? ¿Acaso me había olvidado? ¡Son tan casquivanas las langostas! Con todo, la que tanto afecto me inspiraba parecíame más formal que las otras; habíame demostrado cierta simpatía; y luego nuestra despedida, infundíame alguna esperanza. En fin, fuerza era olvidarla; y, siendo ya muy tarde, encaminéme a mi morada.

Al penetrar en ella vi que no estaba cómo la dejé. La araña había acabado por desentorpecerse y se entretenía charlando con la luciérnaga, viéndose junto a ella algunos restos de comida. Luego supe que había despertado medio muerta de hambre, y que compadecida de ella la cigarra le había cedido generosamente dos o tres larvas de coleópteros, que a falta de moscas le sentaron muy bien.

La pobre araña se apresuró a darme las gracias por haber intervenido en su favor cuando su vida solo pendía de un hilo, y esto me probó que había oído nuestra conversación. Mientras tanto la cigarra iba de acá para allá, diríase que un tanto atareada.

Aquella noche todos nos mantuvimos silenciosos. Terminada la cena, cada cual se fué a su cama. Instalándose junto a mí la araña, Lampiro en su habitual repliegue, y la cigarra en la boca del corredor.

Durmiendo estaba profundamente, cuando desperté sobresaltado a causa de haber sido sacudido con violencia.

—¡Cuidado! exclamó la cigarra. El topo ha invadido nuestros dominios. ¡Sálvese quien pueda!

Al oír tan siniestras palabras, me precipité hacia la primera galería que encontré; en el acto siento algo que a mí se pega, pero el momento no es nada propicio para entrar en averiguaciones. Paréceme que la galería por donde me he metido no es la que conduce afuera; en medio de mi turbación seguí la primera que me salió al paso, aquella junto a la cual dormía. No, ésta no es la galería que da al campo; de manera que no sé por dónde ando. ¿A qué sitio conduce el corredor que recuerdo? ¡Pobre de mí! voy a extrañarme en este laberinto subterráneo... ¡y reina tal oscuridad!... De todos modos, lo primero es

halarlo: el suelo es liso y duro, avanzando a oscuras, valiéndome de las antenas; héme aquí, pie de una pared enteramente lisa, tan lisa como el suelo. Tomo mis precauciones y alargo la pata, temeroso de volver a caer. Y voy adelante, siempre adelante; el suelo no varía; es liso y duro, y a la izquierda corre sin interrupción la pared perpendicular de que he hablado.

¿En dónde estoy? Lo ignoro. ¿Qué significa este conducto subterráneo y a qué sitio ya a parar? Sin duda que me he alejado bastante de mi sitio de partida. Sea como fuere, es seguro que estoy efectuando un viaje al centro de la tierra, supuesto que ando sobre un suelo llano, además me ha parecido divisar una estrella. ¡Ah,

do de mis pobres compañera cigarra habrá escapado hacia la de las galerías, pues está tanbrada a tales sorpresas. araña? De nada le habrá servido que nosotros le se vásemos. Estoy seguro de que la luciérnaga perdió la cabeza y no pensó en sacar su lamparilla de suerte que la primera, que cayó en las gu del topo. Aquí llegaba en mis flexiones, cuando una voz murmuró mi nombre en mis oídos, lo cual me hizo estremecer de pies a cabeza.

—¡Ola! ¿quién va? pregunté. —Soy yo, la araña, vuestra compañera.

—¿La araña a qué sitio? ¡Imposible!

—¡Silencio! hablad más bajo, tal vez tenemos el topo a pocos pasos de nosotros.

—¡El topo! Me está bien lejos. ¿CÓMO pusiésteis para seguirlo a ese sitio?

—Después de nuestra caída, me he movido.

—¡Vaya, vaya! Yo he andado más de una hora.

—Ya lo sé; pero ibais muy despacio, y poco adelantasteis en vuestro camino.

—No os entiendo.

—Quiero decir que dábais vueltas como pollino de noria.

Entonces comprendí lo que me ocurría. Nos encontrábamos en el fondo de una excavación circular; ante mí tenía siempre un obstáculo, la pared que se veía a la izquierda... No hay duda, ¡estaba dando vueltas! ¿Es posible que semejante idea no hubiese acudido a mi mente?

—¡Insecto de mal agüero, pérfida araña! exclamé indignado: ¿desde hace una hora me veíais dar vueltas como un condenado, nada me decíais?... —¿Por ventura conocía yo vuestras intenciones? Después de la caída quedé como atontada; estaba débil a consecuencia de mi prolongado ayuno. Recobrados los sentidos y oyendo que dábais vueltas, me quedé muda como una estatua, supuse que vuestro silencio era debido al miedo a la conmoción... con menos de bastante para perturbar el ánimo de seres más impávidos que nosotros. ¿Queréis que os diga que pensé en aquel momento?

—¿Qué fué? —Creí que os habíais vuelto... —¿Loco? —Acertasteis. —¡Ch! ¡qué risa! No levanteis tanto la voz. Efectivamente, mi desenfrenada debió pareceros el acto de un loco. —Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacía poca gracia encontrarme a solas con un loco; por lo tanto, lanzando un grito, hice el tercer intento para salir de vuestro agujero, pero os parasteis y me quedé en la misma situación.

—¿Qué fué? —Creí que os habíais vuelto... —¿Loco? —Acertasteis. —¡Ch! ¡qué risa! No levanteis tanto la voz. Efectivamente, mi desenfrenada debió pareceros el acto de un loco. —Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacía poca gracia encontrarme a solas con un loco; por lo tanto, lanzando un grito, hice el tercer intento para salir de vuestro agujero, pero os parasteis y me quedé en la misma situación.

—¿Qué fué? —Creí que os habíais vuelto... —¿Loco? —Acertasteis. —¡Ch! ¡qué risa! No levanteis tanto la voz. Efectivamente, mi desenfrenada debió pareceros el acto de un loco. —Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacía poca gracia encontrarme a solas con un loco; por lo tanto, lanzando un grito, hice el tercer intento para salir de vuestro agujero, pero os parasteis y me quedé en la misma situación.

—¿Qué fué? —Creí que os habíais vuelto... —¿Loco? —Acertasteis. —¡Ch! ¡qué risa! No levanteis tanto la voz. Efectivamente, mi desenfrenada debió pareceros el acto de un loco. —Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacía poca gracia encontrarme a solas con un loco; por lo tanto, lanzando un grito, hice el tercer intento para salir de vuestro agujero, pero os parasteis y me quedé en la misma situación.

—¿Qué fué? —Creí que os habíais vuelto... —¿Loco? —Acertasteis. —¡Ch! ¡qué risa! No levanteis tanto la voz. Efectivamente, mi desenfrenada debió pareceros el acto de un loco. —Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacía poca gracia encontrarme a solas con un loco; por lo tanto, lanzando un grito, hice el tercer intento para salir de vuestro agujero, pero os parasteis y me quedé en la misma situación.

—¿Qué fué? —Creí que os habíais vuelto... —¿Loco? —Acertasteis. —¡Ch! ¡qué risa! No levanteis tanto la voz. Efectivamente, mi desenfrenada debió pareceros el acto de un loco. —Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacía poca gracia encontrarme a solas con un loco; por lo tanto, lanzando un grito, hice el tercer intento para salir de vuestro agujero, pero os parasteis y me quedé en la misma situación.

LOS GRANDES FILMS DEL AÑO



Próximos estrenos de la Metro-Goldwyn-Mayer. Lillian Gish y Ralph Forbes en "El enemigo", película dirigida por Fred Niblo.



James Murray y Eleanor Boardman en el film "El mundo marcha", admirable escenización de la tragedia cotidiana.



Escena de la notable versión de la célebre obra "Juventud de príncipe" (Viejo Heidelberg), con Ramón Navarro y Norma Shearer, como intérpretes.



Lon Chaney en "Wu-Li-Chang", donde actúa con Renée Adorée, Louise Dresser y Ralph Forbes, film que se estrenará en la temporada próxima.



John Gilbert y Renée Adorée en el vigoroso drama ruso "Los cosacos", obra de Jorge Hill.



Escena del nuevo film de Rex gran "El jardín de Alá", con Alice Terry y Iván Petrovich como protagonistas, que se estrenará próximamente.



Otra gran creación de Lon Chaney, en el film "Ríe, payaso, ríe!", donde es secundado por Loretta Young.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Etelvina Silva Gómez con el señor Luis Alberto Zunino.



Señorita Margarita Casagrande desposada con el señor José Antonio De Salvo.



Señorita Teresa Leonor Velo con el señor Francisco Viviano.



Señorita Josefa Teresa Biasetti con el señor Tomás Straface.



Señorita Guidino, cuyo enlace con el señor Salado se realizó recientemente.



Señorita Gil últimamente desposada con el señor Perrotti.



Señorita María Teresa Linares con el señor José Ricardo Spátola.



La señorita Matilde Garófalo, que contrajo enlace con el señor Tito Dionisio (hijo), acompañada del cortejo nupcial.



Señorita Rosa Cavalleri con el señor Salvador Bosch.

GENTE MENUDA



Alberto M. Douillé



Paulina, Aguedita y Tomarito Francaville.

VISITA A LA CERVECERIA PALERMO



Miembros de la Asociación de ex militares alemanes, acompañados de sus familias, durante una visita a la Cervecería Palermo en la cual fueron gentilmente atendidos y obsequiados por la dirección del mencionado establecimiento.

BIBLIOGRAFIA



El poeta uruguayo, B. Firpo y Firpo, autor del libro "Simarrón", recientemente aparecido.

EXCURSIÓN A LAS PLAYAS DE VICENTE LOPEZ



Con motivo de la reciente renovación de las autoridades del Club River Plata, un grupo de socios pertenecientes a dicha institución deportiva, realizó una animada excursión a las playas de Vicente López. — Varias instantáneas de los excursionistas obtenidas durante la mencionada jira.

Demostración al ingeniero Cacciopoli en San Rafael (Mendoza)



A la izquierda: vista parcial del banquete ofrecido al ingeniero Cacciopoli, director de la "Usina Luz y Fuerza", de la Compañía Italo-Argentina, con motivo de su regreso a Buenos Aires, después de haber terminado la instalación de la mencionada usina. — A la derecha: el nuevo edificio de la "Usina Luz y Fuerza".

LA RUTA DEL AMOR

Por Alberto Peñalara

De sobremesa, esperaban los invitados, acompañados de la señorita de la casa, la vuelta del Marqués, que hubo de ausentarse, muy a pesar suyo, por un llamamiento urgente del jefe del partido, en vísperas de alcanzar el poder. Llegado este caso, él probablemente sería ministro.

Una cartera de esas de gran importancia, pero a las que no se les presta mucha atención, porque se desconocen en absoluto los graves problemas que entraña su acertado cometido, pasaría a manos del honorable Marqués de Galicia, que no había hecho profesión de fe en un partido con la esperanza de medro, porque era claro y limpio su nombre aristocrático, y más que envidiada su cuantiosa fortuna.

Se hizo un largo silencio, embarazoso. Varias veces trataron cada uno de ellos de animar a los demás. Pero la conversación iniciada sin calor ni entusiasmo de caía apenas empezada.

Beatriz, la encantadora hija del Marqués, gentilísima desdeñosa que, ya los veinte años!, se mostraba escéptica tanto por temor como por ignorancia de la vida, con los codos del color de la nieve de las más altas cumbres apoyados sobre el blanco mantel, ligeramente vuelta la cabeza hacia la derecha, inundaba el alma de Antonio en un mar de dulzura.

Antonio Hermita, uno de los más preciados valores literarios había tratado varias veces de rendir la voluntad de la chiquilla caprichosa y afortunada, a la que todo sonreía en la vida: fortuna, posición y los halagos de numerosos admiradores. Pero ella, siempre amable y correcta, había hecho derivar sus conversaciones en fútiles devaneos galantes, y así, se mantenían los dos jóvenes en un correcto "flirt" que cada vez tenía más sometido a Antonio, y más esquivaba a la niña adorable.

Al sentir Antonio la mirada de Beatriz fija unos momentos en él, fué presa de una íntima turbación que no pasó inadvertida para ella. Y, sólo para distraer su atención y para desviar la de la marquesita atormentadora, se le ocurrió decir:

—Parece que la tristeza de la tarde nos ha contagiado. Sólo para distraerles a ustedes, ¿quieren que les cuente una historia de amor, que aún no he publicado por temor de que parezca inverosímil?

Fué unánimemente aprobada la proposición del novelista. Todos veían en ello un motivo para desvanecer el tedio que ya hacía presa tenazmente en la reunión. Beatriz, sin conocer la causa, presin-

tió que Antonio había ahora de hacerle la delicada declaración de amor que no le consintiera nunca. Y aquella historia de amor tomó el ropaje de la fantasía y se vistió de ensueño...

Era el príncipe Alberto, joven, guapo, fuerte, inteligente y bueno: era su bondad el único freno posi-

llos suspiros, tan llenos de anhelo mortificante, no tanto por la angustia cuanto por la incertidumbre, formaban una sutilísima red de sentimiento que Alberto parecía complacido en desgarrar con sus sonrisas, quizá para que pudiesen pasar y orientarse en todas direcciones sus miradas de hechizo, que

ves del cauce, daba una perfecta idea, viva y real, de la fuerza y el valor, la energía y el coraje... Todo esto, embellecido con la distancia, hacía palpar de amor muchos corazones femeninos, que soñaban acaso con la inefable dicha de sentirse adormecidos junto al pecho valeroso que tal admiración prendía hasta en las esforzadas princesas... y algunas matronas, no tan núbiles como pasionales, por el invencible príncipe, eran, como los nacidos en homenaje a su belleza, flores puras o sangrientas que caían en el desierto de la indiferencia de Alberto, que no se conmovía, ni dejaba de sonreír bajo la luminosidad de sus miradas.

Conocía más de diez lenguas, siéndole con su auxilio accesibles las magas tradiciones de los pueblos de Oriente, y la belleza de las artes de Atenas, y la sombría inquietud de las leyendas del antiguo Egipto, cuando los mendigos astrosos sabían más que los magos y los doctores. No le oponía grandes dificultades la traducción de un intrincado jeroglífico, cómo que parecía que los signos escritos muchas centurias antes interpretasen sus propios pensamientos!... Conocía las escue las fundamentales de la filosofía y casi había llegado al conocimiento de sí mismo. El arpa y la citara nunca dejaron escapar tales melodías como cuando las pulsaban sus dedos ágiles y

señoriales. A veces escuchaba el canto alborozado de las alondras o el melancólico de los ruiseñores pobladores de los jardines del palacio, sólo para reproducir con el laúd o la flauta sus primorosas escalas... Más de una vez su consejo prudente había salvado del azote de la guerra, del descontento o del hambre a su reino amado, por lo que el rey tenía en él su primer ministro... En ocasiones quedábase contemplando la hermosura del cielo, poblado de estrellas y nublado a trechos por una gasa blanquecina; no ignoraba él que aquellas nubecillas brillantes, girones de una nebulosa, eran portentosas balumbas de mundos ignotos.

Bueno, muy bueno; adoraba la naturaleza y sentía en el jardín de su alma un florecimiento de bondad perennemente renovado. Resultaba en extremo estimable su bondad porque no se derivaba de la falta de condiciones para realizar el mal. Así, era la suya una adorable bondad positiva: la de los cautos y los discretos que, sintiéndose fuertes y poderosos, consideraban preferible, antes que otra cosa alguna, la lucha enconada con el propio interés y el egoísmo personal. Difería, pues, absolutamente,



ble de su audacia.

Todavía no cumpliera el príncipe sus veinte primaveras, y era tal su arrogancia, tan firme su gentileza, tan delicada la suave armonía de las facciones de su rostro, que parecía encarnar un tipo admirable de héroe de los antiguos poemas, originados, más que por la historia, por la tradición, más que por la vida real por la leyenda. Sus ojos, negros y enormes, semejaban dos lagos de ensueño y misterio, que se dilatasen en una pálida llanura, ligeramente rosada. Su boca, tan pequeña, que apenas permitía ver las perlas de sus dientes, como irisados por una luz ópalo, enmarcados por unos labios rojos, que aún lo parecían más por el contraste con aquellos. Al sonreír, sería aventurado afirmar qué llegaba más lejos, qué impresionaba más, qué hería más honda y certeramente: la gracia de su sonrisa casi infantil o la sencillez de su mirada... Princesas de los reinos de todos los contornos y aún de los más lejanos, suspiraban anhelantes a la sola evocación de la figura del príncipe, admirada en la mayoría de los casos, a través de las revelaciones de los trovadores y de los guerreros. Y aque-

sembraban la tierra de perlas nacidas en lagrimales vírgenes, y parecían representar la proyección material de la luz de sus ojos sobre el plano del encanto tejido sin cesar por la ilusión de sus amorosas devotas.

Lanzaba el venerable veloz como la saeta del mejor tirador y no podría decirse con exactitud qué llegaba antes a su punto final: la confirmación de su deseo, el término de su mirada puesta en el blanco o el dardo mortífero, dirigido con rara maestría. Hábil jinete, cansaba a sus moneros más expertos, y no existía corcel tan brioso que no se sintiera humillado y sin fuerzas para nuevos alardes de salvajes bríos, cuando estaba aprisionado entre sus piernas de acero y sentía en la boca el castigo del freno domador. La victoria se le rendía indiscutible en las justas y torneos. En el campo de batalla como en la plaza engalanada, a pie o a caballo, luchando en la carrera contra la fatiga y el viento, o a brazo partido con las fieras, o contra la furia de las olas en el mar, igual que contra la traidora presencia de los pozos en el río, y en éste con la impetuosidad de la corriente en los pronunciados decli-

de la bondad de los bobos, de los pobres de espíritu. Tenía sobrada inteligencia para conocer las ventajas que puede proporcionar la maldad y le sobraba energía para llevarla a efecto; vivían en él sobrados arrestos audaces para que se acobardara por algo, pero encontraba siempre en su alma un freno invencible que dominaba a aquellos.

El dolor sembrado por él en ajenos pechos candorosos no era comprendido por Alberto porque, a pesar de sus conocimientos... el príncipe Alberto no conocía el amor. Se conmovía por el destrozo que su pie inconscientemente había llevado a un hormiguero y no se apartaba de sus labios la sonrisa, antes bien, se acentuaba más, al conocer la inquietud de ajenos corazones, enfermos de tristeza; no acertaba a comprender que todo ello fuese más que admiración por su juventud o su fuerza. Por eso no podría tacharse de cruel a quien ignoraba la importancia de su culpa: condenarlo hubiera sido tan injusto como culpar del daño que realizan al rayo que abrasa, al agua que ahoga o al desplome que aplasta.

Fué muy grande el asombro de Alberto al oír la afirmación de su padre: "Debes casarte con la Princesa Beatriz. Este enlace podrá hacer tu dicha, quedando así, al mismo tiempo, asegurada la paz futura entre dos reinos que se consideran invencibles".

¿Casarse con la Princesa Beatriz? ¿Por qué? ¿Acaso el rey iba perdiendo la fe en sus aptitudes, empezaba a dudar de sus admirables condiciones guerreras, y por eso quería encontrar en aquel matrimonio una alianza, sin la cual se consideraba perdido? ¿Pues qué no llegaban en legiones de cien reinos para admirar al invicto guerrero, y tornaban después a los suyos, convertidos en heraldos de su fuerza, de su maestría y de su valor? ¿No hubo ejército que, tomando como portavoz a su más honorable impulsor a un rey orgulloso firmes lazos de futura y durable amistad? ¿Entonces!... ¿Para qué casarse? Era más deseable su libertad, que nada ni nadie podía coartar...

¿Se conocían siquiera? ¿Qué se casase enhorabuena la linda Beatriz con otro príncipe, y no temiese el rey, su padre, posibles contingencias guerreras con país alguno! El, al frente de sus tropas — si el rey se consideraba incapacitado por los años pasados o las fatigas sufridas — derrotaría a cualquier ejército enemigo, por numeroso que fuese.

Si grande fué la admiración del rey al oír a su hijo, no fué menor su convencimiento de que sería inútil la insistencia.

Aquella noche — como tantas otras — el joven y fuerte y animoso caía de rodillas en el jardín que daba frente a su palacio. Mirando al cielo, más azul que otras veces, casi negro en su misteriosa serenidad, sintió humedecerse los ojos... y dos lágrimas heladas llegaron a sus labios.

Fué tal la serie de horribles pesadillas que lo hicieron presa durante el día, que el infeliz sentía un extraño cansancio, exteriorizado en un esfuerzo enorme para mantener abiertos los ojos obstinados en cerrarse... hasta que se cerraron, al fin.

La claridad risueña del día sucedió a la serena y quieta oscuri-

dad de la noche. Alberto permanecía en el jardín, con los ojos cerrados. Al abrirlos vió ante él a una mujer bellísima que le miraba sonriendo.

—¿Me conoces, Príncipe Alberto?

—No, no te conozco.

—¿No me conoces!

—¿Quien eres, que así consigues turbarme?

—Soy el Hada del Amor.

—¿El Hada del Amor!... ¿El amor! ¿El amor! ¿Siempre el amor! ¿Todos tienen en sus labios la palabra!... ¿Yo no conozco el amor!

—¿Es posible? ¿Qué no conoces el amor?... ¿Príncipe! ¿Príncipe Alberto!... ¿Qué haces de tu juventud? ¿En qué empleas tu vida?

—Soy fuerte y animoso, hermo-

sa en la medida de mis fuerzas. Sé expresar mis ideas en más de diez lenguas. Conozco la admirable armonía de la mecánica de mi organismo y no ignoro cuál es el camino de los astros en su eterno curso en el espacio infinito. He investigado los orígenes de la Humanidad y veo con perfecta claridad el curso del Progreso. No es para mí un misterio la vida de las flores y no me desconcierta, aunque me admira, el vuelo de las aves. Me dice al corazón un poema cada flor que se abre, y me cautiva ver las cubiertas al amanecer por el rocío, que apenas es como el suspiro de la madre tierra.

—¿Bah! — interrumpió el príncipe el hada. — ¿De qué habrá de servirte todo eso? Cuando hayas muerto, ¿podrás expresar tus ideas



—Pues, sí, señores. Yo conozco un señor que ha pasado las Navidades quince años seguidos al lado de su mujer.

—Hermoso caso de fidelidad.

—No; fué un hermoso caso de parálisis.

sa mujer. Puedo luchar contra diez jinetes y salir vencedor del empeño. Disparo la flecha y el venado con rara puntería, y llegan más allá de donde termina la carrera de mis lebreles. Al frente de mi ejército soy invencible...

—Lo sé; pero serías vencido por una débil mujer. Las conquistas más difíciles en la vida no son las que se consiguen en los campos sangrientos de batalla, sino en los brillantes iluminados por la luz de Amor.

—He cultivado mi inteligencia

en una sola de esa diez lenguas que posees? Conoces los secretos de los espacios siderales, has investigado la marcha de tus mundos, quizá también su origen, y hasta presumes su fin; pero, ¿conoces a qué obedece la marcha de tus pasos en la tierra? ¿Sabes siquiera a dónde te encaminas?... No ignores por qué se forma la escarcha en las flores y en las plantas, pero seguramente desconoces qué causas pueden determinar entre los hombres el odio y el rencor, que son la escarcha de las almas... Tu inteli-

Hipnotismo

Influencia Personal, Sugestión, Lectura del Pensamiento, Mediumnidad, Fakirismo, Orientalismo, Astrología, Grafología, Psicoterapia, Psicoanálisis, Ocultismo e Ilusionismo, Enseñanza práctica y por correo. Escribir: Instituto Psíquico Sepúlveda 89, Barcelona, España.

gencia te permite burlar la astucia instintiva de los animales y tu fuerza te da la victoria sobre las fieras y los hombres; pero... ahora mismo, en mi presencia, te encuentras turbado, inquieto, y sientes una grave mortificación porque no sabes vencer el hechizo tentador de mi sonrisa, mil veces más poderosa que la tuya...

—¿Es cierto lo que dices!

—En cambio, si conocieses el amor, si hubieras alguna vez sentido su inquietadora influencia, si hubieses amado con todo tu corazón y tu alma toda, inmensamente, te parecería el silencio dotado de máxima elocuencia, porque en él te hablaría la voz de la amada; en tus luchas, en tus fatigas, en tus desvelos, tendrías un descanso. Tu pena se desvanecería en presencia de tu amada, como se esfuma la niebla cuando aparece el sol...

El tenía la cabeza inclinada sobre el pecho; acongojado, para no sentir en sus ojos la luz de los del hada, miraba la hierba y las plantas... Dos mariposas volaban por siguiéndose de flor en flor; un polvillo sutil llegaba de lejos a posarse en las flores. Profundamente apenado Alberto dijo con timidez:

—¿Y yo no conozco el amor!... ¿No conozco el amor!...

Sin embargo, está en todas partes. En las calles y plazas de tu reino, merodea en torno de tus cuarteles, se oculta en las aulas de tus universidades, vive en tu mismo palacio, y no perdona a cosa ni a ser... Hay algo imponderable que hace ser valientes y abnegados a tus bravos infantes y caballeros, que lleva fuego de pasión al espíritu de la tropa, impulsándola a desear la muerte en la batalla, y a recibirla como un bien, como un premio, como una bendición; que da energía a tus bizarros oficiales y parece dictar las decisiones de tus generales heroicos: es el amor, el santo amor a la Patria, que no morirá mientras la Patria exista... Ese perfume moral que aroma las estrofas de tus poetas gloriosos y lleva calor de fe y de emoción a los discursos de tus oradores floridos, es el amor, el amor a la expresión de la belleza, que os hará inmortales mientras haya corazones capaces de sentirlo y cerebros que lo sepan exteriorizar... El gran respeto, la unción de que se revisten tus sacerdotes ante el ara, es el amor, el amor divino, el más grande y noble de todos los amores, porque es tributo y reverencia a Dios, que todo lo hizo y todo lo renueva en el curso inmutable del tiempo que El sólo puede contar...

Tendido sobre un lecho de mullico césped despertó el Príncipe Alberto. Con tal firmeza quedaron grabadas en su alma las palabras oídas en el sueño, que no dudaba de haberlas oído en realidad.

El, efectivamente, no conocía el amor! Porque nunca lo sintió

CONFORMIDAD

Gracias Señor, pues al no darme nada me queda el sumo bien en el deseo. Cabe en mi alma todo lo que veo y soy quien nada pierde en su jornada.

Llueves agua de fé para que beba y así, al dolor que me logró su esclavo, con voz de siervo en mi canción lo alabo pues me lo das para tenerme a prueba.

Y si de amor el alma queda ilesa sin que a mis manos llegue lo que espero, mejor: que has de lograr me más entero, y más ansioso llegaré a tu mesa.

GONZALEZ CARBALHO.

podían ser considerados crueles sus desdenes, que no envolvían en modo alguno la idea de desprecio.

A la entrada de sus habitaciones particulares esperaba su primer montero. Para aquella tarde estaba dispuesta, por su orden, una cacería, que había de llevar el espanto a los ciervos y a los jabalíes.

En persecución de un ligerísimo jabato, corrió en un galope inconcebible el corcel de Alberto. Tanto se alejó del punto de partida, que se perdió en el bosque, inmenso, extendido a espaldas del palacio. Dió vueltas en todas direcciones; dejó al caballo seguir los impulsos de su instinto... Inútil; cada vez estaba más desorientado, pero tranquilo y animoso, el príncipe Alberto, lanzó al galope su caballo... Tan abstraído iba en la carrera de su fiel cabalgadura, que se encontró, sin darse cuenta de que había llegado, a la entrada de un espeso bosque, de follaje, al parecer impenetrable. Pie a tierra, tomando la rienda con la diestra, penetró en el bosque el cazador perdido.

Empezó la noche. La brida del caballo atada a la rama de un árbol corpulento, la montura en el suelo y su cabeza echada sobre aquella, Alberto se durmió, acariciado por mil suaves aromas.

¿Qué dulces y peregrinas melodías dejaban escapar los picos de las aves en la alborada, que Alberto al despertar, se consideró feliz sólo al oírlas, y hasta dió por bien llegado el contratiempo de su extravío, nada más que porque las estaba oyendo? Cerca de él había una joven mujer de tan bellas facciones, que parecía cualquiera de ellas exceder en belleza a todas las demás. Este conjunto celestial estaba adornado por una cabellera de hilos de luz.

—¿Quién eres y cómo llegaste hasta aquí?

El príncipe, conmovido mirando a la mujer, no supo contestar. Morían sus palabras apenas intentaba pronunciarlas.

—Soy la Hija del Bosque — afirmó ella; — y odio a la Ciudad porque cada día me arrebata algo de lo que me pertenece. Mis dominios son cada vez menores, mientras los vuestros se extienden de continuo. Tu palacio está tan lejos, que tu caballo no resistiría la vuelta. ¿Qué quieres en este lugar tan apartado? ¿Qué buscas aquí?

Aquellas palabras — aunque envolvían reproche — le sonaron a Alberto como algo dulce y consolador. Quiso hablar y fué otra vez vano su intento. Miró angustiado a la bella que le hablaba... y de sus ojos escaparon dos lágrimas... ¡El Príncipe Alberto — al fin — ya conocía el amor!...

¿Qué hermosos eran los ojos de ensueño del arrogante muchacho al dar paso a las lágrimas! ¿Qué dulce el gesto de la mujer incomparable, contemplando aquel llanto silencioso, que comprendía perfectamente, sin necesidad de que fuese expresado con palabras, nunca tan elocuentes como el alentar de dos almas, como la zozobra de dos corazones, cuando se encuentran frente a frente, sintiéndose puras y nobles!...

Un abrazo repentino y largo, larguísimo, selló el pacto de amor. Fijas las pupilas de ella en las pupilas de él, formaban una sola flor los dos rojos claveles de sus labios... Una lluvia de flores acompañó a los amantes en su de-

claración. Los cantos de las aves fueron entonces mucho más melodiosos que antes.

—Bendigo mi juventud y mi energía — aseguró Alberto — porque gracias a ellas pude resistir las fatigas de una loca carrera que hasta ti me trajo. ¡De rodillas he de cruzar tus dominios, repitiéndoles tu dulcísimo nombre, Isabel de mi alma, a los árboles, a las plantas, a las flores, a las aves...

espejo, tus bellos ojos, que tanto adoro. Así, siempre me veré con toda mi belleza en la bella dulzura de esos ojos, y así ellos serán los juzgadores de mi hermosura, que tanto quiero... porque la quieres tú...

—¡Ojalá!...

Dejose oír una voz atronadora — a del Genio del Bosque — complaciente:

—Se cumple tus deseos, Isabel.



—¡Mi bien amado!...

—Entonces las flores exhalarán un aroma más sutil y penetrante; los pájaros cantarán más dichosos. Si las espinas de las zarzas me hieren por cada gota de sangre vertida, nacerá una flor...

—De mis ojos saldrá una lágrima de felicidad, que acompañará a cada flor.

Así fué. El bosque estaba totalmente adornado con infinitas flores de pasión; cada pistilo terminaba en una hermosa perla.

Un día Isabel, mirando con pasión a Alberto, musitó como en una fervorosa oración:

—¡Quiera el Genio del Bosque que no tenga más que tus ojos por

en adelante sólo podrás verte en los ojos de tu amado.

La dicha hizo sus predilectos a los dos amantes. Ella siempre tenía la medida de su belleza en sus únicos espejos — los ojos de Alberto — pues ya los arroyos, fuentes y remansos no reflejaban la imagen de Isabel; si alguna vez intentó mirarse en ellos, su cristal se le aparecía velado por una extraña opacidad.

Hasta que un día...

El príncipe Alberto vió algunas hebras de plata entre los hilos de oro que formaban la cabellera incomparable de Isabel. El pobre enamorado sintió el dolor inmenso de que serían sus ojos — do-

que sería él mismo — la causa de la muerte de las ilusiones de la niña gentil. El, que la adoraba con adoración que rayaba en idolatría, iba a presentar a la mujer que había divinizado, en sus ojos tranquilos la visión de su decadencia... ¿Cómo romper el encanto? Sería capaz de consentirle ver en sus mismos ojos que ya no era completamente joven y muy pronto empezaría a marchitarse su belleza?

Temiendo que Isabel pudiera descubrir la verdad, mostrábase esquivo; apenas permanecía al lado de ella cuando le llamaba. Rehúsa su presencia durante todo el día... y caía a sus pies, en fervorosa adoración, para contemplarla a su sabor, cuando estaba dormida.

Pero a la amante, ya inquieta, mortificada por lo que no acertaba a explicarse, le asaltó una duda: ¿Había su Alberto dejado de quererla?

Desde aquel momento se consideró tan desgraciada que una pena infinita le atenazaba el alma.

Una de tantas noches como no pudo conciliar el sueño — pues su dormir ahora era un eterno desvelo — fué en busca de su adorado esquivo. Le encontró junto a un arroyo, sentado sobre la hierba, con la cara escondida entre las manos, humedecidas por el copioso llanto.

—Alberto...

—Mi Isabel...

—¿Por qué lloras, Alberto?

—¡Porque te adoro!

—¿Por qué me huyes?

—¡Porque te idolatro!

—No, no es cierto... ¡Dejaste de quererme!

—Te quiero más que nunca, Isabel de mi alma. Lloro precisamente por que mi cariño es tan grande que deseo hacerte una ofrenda digna de él... y nada se me ocurre.

—¿No me engañas?

—¡Te juro que no!

—Mañana, en cuanto amanezca, veré si es cierto lo que dices. Lo veré en tus ojos, que no sabrán engañarme, aunque tú me engañases. En ellos leeré la verdad.

Se nubló el rostro de Alberto y dijo, al fin:

—Cierto, mi Isabel: ellos, que nunca te engañaron, te dirán la verdad una vez más.

Amaneció corrió Isabel en busca de su amante, para mirarse en sus ojos... pero no pudo leer en ellos la causa del desvío del príncipe. Bajo la frente espaciosa y tersa no brillaban los negros ojos del atormentado... ¡Algún ave traidora se los habría sacado durante el sueño!...

Muy entrada la noche, ya recogida en su alcoba, una angustia desconocida acongojó a la desdichada que había visto un símbolo de una sublime promesa en la narración de Antonio. Segura de que no podría dormir, ni siquiera intentó desnudarse. Volvió a su gabinete, llamó a la doncella a quien momentos antes despidió, y apoyado el codo derecho en el mármol de su tocador y la frente pura en la misma mano, quedó contemplándose en el espejo, que no reflejó porque las lágrimas nublaban sus ojos divinos...

Al fin, como si hablase con alguien que pudiese oírle y comprenderle, murmuró:

—¡Ahora te dicen la verdad mis ojos!...

EL ESCLAVO

La unión con la bien amada vale más que la vida eterna; Señor, concededme esta gracia, que es la mejor.

Ella me ha decapitado, como con una espada, más no lo diré a nadie; ocultar al enemigo el secreto de la amada es lo mejor.

¡Oh, corazón!, fíjate en la calle que habita. El proverbio dice: "Una fortuna estable es lo mejor".

¡Oh, devoto!, ¿qué me importa tu paraíso? A los frutos del Jardín Edénico, prefiero el dorado fruto de su mejilla.

Más vale expirar en el umbral de la amada, con la marca de la esclavitud, que conquistar el imperio del mundo.

A todas las flores de la Primavera, prefiero el polvo de rosas que sus pies han hollado.

Una noche la bien amada dijome: "Ved esta perla, jamás el hombre ha visto joya tan radiante".

...Las palabras de la amada son preciosas, pero aquellas que pronuncia Hafiz son las mejores.

HAFIZ

Sinfonía en gris mayor

Por Eduardo Buil

Gris, color mortecino, el de los atardeceres otoñales; gris, al que el sol regala a veces sus reflejos de oro; gris, color de las almas en las que no vibran los rojos aleteos de la pasión ni las verdes tonalidades de la esperanza; gris, color de las vidas en las que todos los días son largos e idénticos, sin claroscuros ni relieves, y pasan, pasan sin que les lleguen en fausto presente el nirvana del ensueño, los esplendores del amor ni la emoción de la aventura.

La vida de Mercedes era así: una sinfonía en gris mayor, una existencia en la que la prosa lo llenaba todo, en la que no hubo dejado la poesía el aroma divino de su paso. Miento. Una vez... ¡Bah! ¡Pero hacía de ello tantos años!...

Una vez Mercedes, que entonces era sólo Merceditas, sintió pasar frente a ella el amor: un hombre ruidoso, turbulento, que le hizo la merced de detenerse ante ella un instante para contemplarla. El hombre era un mediano hacedor de versos; en cambio tenía una inteligencia lúcida que dedicaba por entero a perfeccionar un invento.

—¡Qué lástima que no sea usted poeta! — le decía—. Séalo, por mí. ¡Me gustaría tanto!...

El vio aquella almita cándida cómo estaba saturada de anhelos inconcretos, de ansias de belleza, de odio a la prosa cotidiana, y gustó de aspirar el aroma de su palabrería ingenua de mentirle unos días una delicada atracción.

Merceditas no era bella de rostro, ni en su figurilla, un tanto desmedrada, había opulencias sensuales; pero era buena y tierna y estaba deseando querer... ¿A quién? ¿A qué?... No lo sabía. Era el suyo amor de amar.

Ante el hombre el misterio de la vida se le mostraba tangible y lúcido.

—Hazme unos versos—le pedía.

—Pero, chiquilla, si no sé.

—Es preciso. Tengo ese capricho. No me lo niegues, aunque... valgo tan poquita cosa que no inspiro nada.

¿Quién no los escribió alguna vez? ¿Qué hombre joven no intentó cantar en líneas rimadas la belleza o el encanto de una mujer?... El los escribió, y tan malos eran que más no podían serlo:

*En esta casa vive una niña
que se ha introducido en mi co-
razón;
una doncella que me encariña
con su pasión.*

¡Oh ese "introducido" horrible del segundo verso, largo, sin cadencia, y los consonantes "pasión" y "corazón" tan manidos, y el ríplido consonante con el primer verso!... No obstante, Merceditas sí que lo leyó y releyó y lo puso en...

...cosas más queridas, y creyó que no había nacido ni podía nacer poeta que más bellamente lo escribiera. ¡Señor, si estaba escrito por y para ella!...

Y pasaron los años y los lustros. Desde el día en que el hombre siguió su sendero tras de haber aspirado los efluvios de la almita cándida, juzgando por sí que no había dejado de su paso la menor huella. Aquel ligero noviazgo fué para él accidente sin trascendencia; para Mercedes, no, porque

para ella había sido lo único que había dejado un recuerdo, una emoción, una nota de poesía en su vida abrumadoramente gris.

Era vieja ya. Hilos armñados cubrían su testa virginal, y todavía

de vez en vez le gustaba ir al viejo arcón, oloroso a pomar rubicundas, y encontrar entre sus pequeños objetos amados el rosario de su madre, un reloj que llevó en su niñez, el velo con que tomó la primera



—Yo llevo siempre como recuerdo de mi padre un poco de pelo en un medallón.
—No sabía que había usted perdido a su padre, señorita.
—Yo no he perdido a mi padre; es que mi padre ha perdido el pelo.

MOTIVO

Al poeta Félix B. Visillac.

Hoy, que el mar se presenta dócil a mis antojos, pondré, como una vela roja, mi corazón, sobre el azul magnífico y hacia países rojos sin los amaneceres de sus ojos ni la estrella polar de su ilusión.

Oyendo las sirenas de su abismo sonoro respondí a las llamadas con la orden de zarpar y espero que en el viaje, donde su luz no aforo, me dé una aurora su bandera de oro y, aquella joya que buscaba, el mar...!

Hoy, que el mar es como una lengua azul que desgrana en la cárcel de éter su infinita canción, para encontrar la perla que a mis sueños se hermana, bajo el palio ideal de la mañana, pondré, como una vela roja, mi corazón!...

Andrés de PIEDRA BUENO.

comunió, un dedal de oro unos retratos, unos camafeos; aquellos que eran obsequio de él: el estuche de unos bombones que le regaló en los primeros días de conocerse, una fotografía, una corbata lacia. Iba allí en silencio, latándole el corazón como si llevara en el pecho un pájaro herido, y lo miraba todo, recreándose en la nostalgia del ausente. Y sobre todo aquellos versos tan malos y para ella tan preciados. No contemplaría con más intenso gozo un avaro su tesoro.

Un tiempo hubo en que llevaba aquellos versos consigo siempre y los releería a menudo como una oración a su juventud ida.

Entonces fué cuando Mercedes, tuvo un disgusto que le afectó profundamente.

Vivía de una modesta renta que le dejaron sus padres, y a primera noche solía pasar un rato de tertulia con sus únicos amigos: un viejo matrimonio burgués entre el que Mercedes, no se aburría demasiado en su soledad.

El marido había sido profesor de Literatura en un Instituto provinciano. La pequeña tertulia pasaba el tiempo bastante distraída.

Y Mercedes, un día, con un discreto énfasis, dijo:

—Yo he sido amada por un poeta.

¡Oh fértil imaginación!... Ni lo fué el hombre por su cultivo ni por sus obras, ni por su vocación ni por su sensibilidad; pero había compuesto unos versos "para ella", y quería proclamarlo con cierto orgullo aunque sólo fuera para hacerse la ilusión de que su vida no había transcurrido absolutamente inadvertida.

—Usted habrá tenido unos hermosos veinte años... —decíale sonriente el ex profesor.

—¡Oh, no, no! Pero un poeta fué mi novio. De sus labios sólo salían madrigales para mí.

Ella sabía que mentía. ¡Inocente mentira que a nadie hacía daño. Mas se sentía feliz con la ilusión de haberlo sido.

Y leyó los versos.

El marido no supo contenerse:

—¡Por Dios, doña Merceditas. Eso es ramplón y deleznable—comentó rudamente, indelicadamente.

Una oleada de sangre abrasó el rostro de la buena anciana. Decir que era malo aquello equivalía a destruir la ilusión que ella había ido forjándose a costa de ansias incumplidas, de anhelos muertos al nacer, de fracasos morales; era dejar al descubierto el páramo de su vida gris, gris, en la que una flor de pasión arrolladora no había brotado.

—Sí, acaso tenga usted razón—contestó—; pero a mí me gustan más que los de su Virgilio.

El ex profesor le dio mil excusas; pero ella no volvió más a casa del matrimonio.

Se volvió aún más adusta y vivió sola, aislada, como un arrecife en medio del océano de la vida hasta que un día advirtieron que no salía de su cuarto, penetraron en él y la encontraron muerta en su lecho casto, pulquérrimo, con aquellos versos junto a los labios aquellos versos tan malos que habían sido, no obstante, el fragante poema de su vida, abrumadoramente gris.

¡Sinfonía en gris mayor!

Es creencia general que una mina de oro ha de ser mucho más rica que una de carbón; pero la verdad es todo lo contrario. Las grandes minas de oro son muy pobres y se pueden recorrer la mayor parte de ellas sin encontrar una pepita de oro nativo.

La explotación de estas minas se hace, en la mayoría de los casos, a profundidades de mil y más metros.

El mineral de oro no es sino una piedra de un aspecto común, en el que se encuentra de 10 a 30 gramos de oro por tonelada.

En la mayoría de las minas el oro va asociado en la piritita de hierro, un vulgar sulfuro de hierro. Otro sulfuro análogo, pero arsenical, contiene también oro, que igualmente se encuentra con el antimonio, y, por fin, existe la combinación de oro y telurio.

La explotación de una mina de oro consiste en ir a buscar el mineral en las entrañas de la tierra y llevarlo a los laboratorios para extraer el precioso metal, para lo cual se tritura el mineral hasta convertirlo en polvo muy fino, para después someterlo a ciertas reacciones químicas y hacer lo que se llama el lavado.

El oro se extrae por reactivos, que tienen la propiedad de disolverlo.

Desde el siglo XVI se emplea como primer disolvente el mercurio. Es el procedimiento de la amalgama, que en un tiempo se consideró un gran descubrimiento. La adición de cianuro potásico, añadido al lavado en 1880, fué otro invento no menos importante, pues con él se podían tratar minerales inexplotables por el mercurio.

Hay casos en los que no basta ni el cianuro, y entonces hay que recurrir a procedimientos técnicos complicados y costosos, como convertir el mineral de oro en cloruro de oro soluble.

A veces se encuentran arenas auríferas, en las que se halla el oro en estado libre: polvo de oro y pepitas. En estos casos los lavaderos de oro son de poca duración. En algunos años se terminan las arenas de los llamados placeres, después de lo cual hay que recurrir a explotar minerales que producen menos de una peseta de oro por metro cúbico.

Los dos procedimientos esenciales son el dragado con grandes excavadores y el método hidráulico o "gigante". Este último consiste en lanzar chorros de agua de gran potencia sobre el mineral. El barro arrastra el oro, que luego se separa fácilmente por diversos procedimientos.

Ahora, después de estas someras indicaciones, viene la pregunta del título de estas líneas:

"¿Llegará a faltar el oro en el mundo?"

Para poder contestar hay que estudiar las modalidades de la producción del oro bruto extraído de las minas, el reparto de los 'stocks' del oro acuñado y en lingotes en los bancos de emisión y las importaciones y exportaciones del oro bruto y refinado.

Los terrenos auríferos están muy dispersos en el globo.

En el Nuevo Continente se encuentran desde Alaska a Chile; en Africa, desde el Cabo de Buena Esperanza a Etiopía; en Asia, des-

de los montes Urales al mar de Okhotsk.

El oro no se presenta de la misma forma en todas las minas, se encuentra en filones, en capas, en bolsas, en la forma de aluviones y de eluviones. El hombre prefiere los aluviones por ser más fácil su extracción, pues los gastos de instalación de maquinaria y el trabajo que exigen en las otras condiciones son enormes.

mos dicho, el Transvaal, cuya producción constituye un elemento esencial de la potencia financiera inglesa.

Vienen en segundo lugar los Estados Unidos. Así, pues, esas dos potencias sajonas, dueñas del mar del petróleo y del carbón, lo son también del oro.

Canadá ocupa el tercer lugar; Méjico, el cuarto y Rusia, el quinto; pero en todos estos lugares,

¿Llegará a faltar el oro en el mundo?

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 18 HORAS

U. T., LIB. 0260

La distribución geográfica del oro ha variado con el progreso de la técnica de las minas y los nuevos descubrimientos de aluviones. En un mapa del año 1884 no figuraría el Transvaal, y eso que ahora ese país produce hoy el 50 por 100 del oro en el mundo entero. El procedimiento de la cianuración ha permitido tratar el conglomerado del sur de Africa, que hasta el invento de este procedimiento era estéril.

Entre los países productores figura en primer lugar, como he-

excepto Canadá, la producción de 1926 ha sido menor que la de 1920. En cuanto a Australia y Nueva Zelandia, que en un tiempo fueron los principales productores de oro, en la actualidad apenas si producen un poco más de Rhodesia.

La América del Sur produce menos oro en la actualidad que en 1913; solo Canadá y Siberia han aumentado la producción del rey de los metales.

Si no se encuentran nuevas producción total disminuirá durante los quince próximos años.

La situación mundial con respecto a las reservas de oro ofrece un aspecto paradójico.

Después de la guerra, los Estados Unidos y la India han absorbido, aunque la circulación de este metal no sea efectiva en ambos países. Desde junio de 1914 a abril de 1918, los bancos federales de los Estados Unidos guardaron en sus cajas 4.270 millones de dólares, y de esta manera estos créditos a la industria y comercio yankis.

En la India se ha concentrado el oro, y el mercado de este metal en Bombay ha sido tan animado como el del algodón. Los indios han comprado oro acuñado a Nueva York, y con gran emoción en Inglaterra, han llevado a su país oro hasta del Transvaal.

Esta concentración en los dos países hizo disminuir la compra de este metal y, como consecuencia, su extracción permaneció estacionaria desde el año 1924, con tendencia a disminuir.

El precio de venta del oro no ha bastado para pagar los gastos de extracción.

El acaparamiento del oro ha traído el desequilibrio del comercio.

Los Estados Unidos tienen el 41 por 100 del oro mundial.

La "Edad del Oro" no renacerá por el efecto del patrón oro. Las largas y costosas experiencias monetarias por las que acaba de pasar el mundo, han demostrado que la acumulación excesiva de oro por una sola nación, perturba la economía de todo el mundo, sin aportar beneficio alguno a su acaparador.

Un reparto equitativo de las reservas de oro aseguraría la prosperidad comercial y la vida se abarataría considerablemente.

Se puede decir que el oro en las cajas de los bancos de emisión de papel moneda, encierran los elementos vitales de la existencia financiera del país y, además, rigen a los órganos reguladores y virtuales de la extracción en las lejanas minas de oro de Africa, América, Asia y Oceanía.

Lago Maravilloso

Al sur de Quickborn, en el distrito de Storman, existe un lago llamado "De los Profetas", en torno del cual se han tejido numerosas leyendas populares.

Este misterioso lago ofrece la particularidad de que reacciona ante la lluvia en sentido opuesto al natural. Cuando llueve mucho, la superficie del lago desciende en lugar de subir. Por el contrario, en tiempos de sequía persistente, crece el nivel del agua.

Hasta ahora no se ha conseguido encontrar una aceptable explicación de este fenómeno.

Se sabe, únicamente, que en las inmediaciones del lago existen terrenos pantanosos, con los cuales están en directa comunicación las aguas de aquél; pero, a pesar de ello, en dichos pantanos no han podido ser determinadas las modificaciones del nivel observado en el lago de referencia.

EL SISTEMA MAS COMODO

Pegando a los animales
Con los que estaba enojado,
Hizo un borrico ilustrado
Varias críticas formales;

Y aunque el perro a todas
[horas

Le ladraba y le ofendía
Y a veces le dirigía
Palabras calumniadoras,

El borrico, con cordura
Y demostrando cachaza,
No dirigía a la raza
Canina ni una censura.

Siempre que un insulto oía
De la boca de algún can,

Juzgando necio su afán
Callaba y se sonreía;

Y si alguien le aconsejaba
Variar de procedimiento,
Con mucha calma el jumento
De este modo contestaba:

—¿Variar? No; pues sé, a
[pesar
De que es grande mi ignorancia
Que sin darme importancia
Hago a los perros rabiar.

Pues, sin publicar sus yerros
Ya pasan muy malos ratos
Siempre que elogio a los gatos,
Que es censurar a los perros.

José Rodao.

Estamos acostumbrados a considerar a las aves como animales que vuelan y, sin embargo, hay entre ellas varias que no pueden volar.

El hecho de que no puedan remontarse por el aire ha puesto a estos animales en tal estado de inferioridad con respecto a los demás seres alados, que muchos de ellos, a pesar de su talla gigantesca, han desaparecido y otros tienden a desaparecer; su número disminuye de día en día, a causa de su ineptitud para defenderse de sus enemigos y escapar de ellos, entre los cuales el más terrible es el hombre.

De estas aves que no pueden volar la más conocida es el avestruz, corredora, que llega a tener dos metros y medio de alto. Vive en el África tropical, y si es inapta para el vuelo corre con asombrosa rapidez.

Las plumas de sus alas y cola son hermosísimas, y esto, que es causa de que el hombre las persiga, evitará que se extinga la especie, pues en el África del Sur hay granjas donde se crían avestruces, se las cuida y se las deja vivir con todo regalo para explotar sus plumas.

Ya que esta ave es tan conocida nos ocuparemos más detenidamente de otras aves que tampoco vuelan y son menos comunes que el avestruz.

El Ñandú — Así se llama al avestruz de la América del Sur, que se parece mucho al africano, si bien tiene tres dedos en las patas en lugar de dos. Con parecerse mucho a éste en su forma y costumbres, se parece aún más por su voracidad. Traga todo lo que encuentra al alcance de su pico.

Cuando llega la época del celo, los machos adultos riñen entre sí para ganarse el favor de las hembras. Se muerden furiosamente en el cuello, se dan formidables coques, pero son tan duras estas aves que parece no notan los golpes.

Los ñandús ponen en un mismo agujero los huevos de toda una bandada, hasta que el macho limita el número de huevos: unos cien en cada nido. El macho, cuando ve que ya hay suficientes huevos, se sienta encima para incubarlos y no permite que las hembras se acerquen, obligándolas a retirarse y seguir la postura en otros nidos.

El Casuario. — Es el casuario de Australia y Nueva Guinea, pariente cercano del avestruz y llega a alcanzar metro y medio de alto.

Lleva en la cabeza una especie de cresta córnea y a los lados de la cara barbas de brillante color, lo que hace de ella un ave más bonita que sus congéneres de África y América, si bien no tiene las ambicionadas plumas de la especie africana. En sus alas lleva unos cañones de plumas, con los que golpea a sus enemigos, cuando se ve obligada a luchar y defenderse.

Se cuenta que un colono se encontraba una vez en la entrada de un bosque de Nueva Guinea con dos perros pachones, cuando apareció un casuario pavoneándose. Los dos perros lo acometieron furiosos, pero el ave no se intimidó. Empezó a dar terribles coques con sus fuertes patas y pronto uno de los perros cayó rodando por el suelo fuera de combate. El otro perro había hecho presa en el pecho del animal, pero éste continuaba

Curiosidades zoológicas

AVES QUE NO VUELAN

la lucha, que hubiera terminado mal para el can si el colono no interviene a tiempo y diera fin a la lucha separando a los contendientes. Cedió la herida del ave y la dejó en libertad. El valiente animal se internó en la selva como si nada le hubiera ocurrido.

El Emú — Vive en Australia una especie de casuario que lleva el nombre de emú, al cual se parece, pero carece de los adornos

El Aptérix — El aptérix o kiwi, como le llaman los naturales de Nueva Zelanda, es un ave totalmente desprovista de cola y casi de alas, pues éstas sólo existen en estado rudimentario. Sus patas son gruesas, fuertes y cortas, y tres de sus cuatro dedos tienen uñas sólidas y afiladas, que emplea como arma peligrosa.

El aptérix no pasa de unos noventa centímetros, pero por lo ge-

raro que anda de manera majestuosa, tieso como una personilla, de aspecto cómico y cuyas alas, con las que nadan, parecen dos bracetos que caen a los lados del cuerpo. Los cazadores los matan por cientos de miles todos los años.

Es indudable que en épocas remotas, el pingüino volaba como las demás aves marinas, pero después de haber pasado siglos y siglos sin servirse de las alas, más que para nadar, se han ido transformando, y en lugar de estar provistas de largas plumas para volar, sólo las tiene pequeñas y escamosas.

Su andar grave le da un aspecto visible. En el agua nada con gran facilidad.

Si el pingüino hubiere tenido en otro tiempo un enemigo tan temible como el que tiene ahora, el hombre, es seguro que no hubiera perdido la facultad de volar.

Largos siglos de tranquilidad han hecho de él un animal estúpido, que deja que el hombre se acerque a él sin mostrar el menor miedo. Quizá se decida a dar un picotazo en las piernas, pero eso no es medio alguno de defensa. Un hombre con un garrote los mata por cientos.

Se les caza para extraer aceite de su cuerpo y las plumas de su cuello, que se utilizan en el ornato femenino.

En ciertas regiones hay leyes que protegen a los pingüinos, pero en las restantes las matanzas son tan atroces que pronto esta curiosísima ave será sólo un recuerdo.



ELLA. — Me he convencido de que el hombre es como el vino.

EL. — ¿Cómo el vino?

ELLA. — Sí; se vuelve generoso a medida que envejece.

que el primero tiene en la cabeza. Esta y su cuello están cubiertos de plumas, lo que no ocurre con las demás aves corredoras.

La hembra pone unos cuarenta huevos en el curso del verano, pero el macho no aguarda a que su compañera termine la postura para incubarlos. En cuanto hay un número suficiente de huevos, arregla el nido y se coloca sobre ellos para empollarlos. La hembra termina su postura en otro nido contiguo e imita al padre. Cuando nacen los polluelos la madre y el padre alternan para cuidar de ellos.

A pesar del gran número de huevos que ponen, tanto el casuario como los ñandús y los emús son cada vez más raros; los cazadores los matan a tiros por docenas y día llegará, y no lejanamente, en que desaparecerán por completo de la fauna mundial.

neral es poco más grande que una buena gallina. Tiene el pico largo y fuerte y las aberturas de la nariz no están en la base como en las demás aves, sino al final, lo que le permite oler sus alimentos, que consisten en lombrices, insectos y frutas.

Es nocturno; de día permanece escondido en la espesura de la selva. De noche se sabe donde se encuentra por el ruido que hace el aire al entrar por los agujeros del pico cuando olfatea algo.

La hembra pone un solo huevo, enorme, pues pesa la cuarta parte del animal adulto.

Desgraciadamente quedan muy pocos ejemplares de este ave tan rara, cuyas costumbres no son muy conocidas.

El Pingüino. — También veremos pronto desaparecer otra ave que no vuela: el pingüino, animal

MUERTES PREDICHAS

Cuando Jacobo I, rey de Escocia, enemistado con la nobleza, marchaba hacia Perth, en 1437, una mujer se esforzó en hacerle desistir de entrar en la villa, afirmando que perecería si persistía en su resolución.

El rey se estremeció ante esta profecía, que coincidía con otra, según la cual, un rey debía morir en Escocia aquel año.

Pero dominó su temor y siguió adelante, siendo asesinado el 20 de febrero de aquel año.

Uno de sus sucesores, Jacobo III, asesinado en 1488, después de la batalla de Stirling, había sido advertido de la suerte que le esperaba.

Un astrólogo le había dicho que había en Escocia un león que sería muerto por sus cachorros.

El monarca, asustado por esta predicción, intentó deshacerse de sus hermanos que, en efecto, conspiraban contra él; no pudo ejecutar sino en parte su proyecto, y seis años después, cuando vio marchar contra él a los insurreccionados acaudillados por su propio hijo, perdió el valor y se mató delante del cachorro.

APROVECHANDO EL AVISO

El veraneante. — Es posible que usted no sepa que en cada litro de leche hay millares de microbios.

El aldeano. — ¿De verdad? Entonces tendremos que subir el precio.

La vida digna y plácida que llevan los penados en las islas Andaman

Vivir día tras día buen espacio de tiempo entre diez y seis mil condenados, una mitad de los cuales son asesinos, y de entre ellos casi una cuarta parte *decoitys* — término aplicado a los asesinos que han utilizado algún procedimiento excepcionalmente brutal para acabar con sus víctimas—, puede parecer una vida peligrosa; sin embargo, yo no solamente no la he encontrado peligrosa, sino que fué para mí, en gran manera, episodio atractivo de mi servicio en el ejército de la India. Podrá parecer también que entre aquellos millares de asesinos el último a que hubiera debido recurrirse para jefe de cocina hubiera sido al que estaba cumpliendo condena de prisión perpetua por haber administrado a su víctima un veneno mortal. Sin embargo, mi jefe de cocina era un indio de ojos tiernos y cara gorda y sonrosada que tenía justamente esa hazafia en su haber. Como sutil administrador de venenos era — su proeza lo acreditaba— muy inteligente; pero era todavía mejor cocinero que envenenador.

Por espacio de muchos meses mis compañeros de caza y pesca han sido asesinos. Con sólo ellos en mi compañía he nepetrado en las inmensidades de las selvas. Con asesinos por tripulantes he navegado en bote. Al cabo me he aficionado a los asesinos. Lo mismo que hay honor entre los ladrones hay entre los asesinos seguridad.

En cualquier esfera geográfica o mapa, las islas Andaman, en la bahía de Bengala, estarán representadas por un tamaño no mayor que la cabeza de un alfiler.

No obstante, en el archipiélago hay cinco islas grandes e innumerables islas pequeñas. Estas cinco islas mayores, muy cercanas unas a otras, suman una longitud de ciento cincuenta y seis millas y tienen en su mayor anchura unas treinta y dos. Son extremadamente ricas en variedad de productos tropicales, entre ellos maderas, arroz, azúcar y maíz. También se recoge café y té.

Pero no es la riqueza de estas playas festoneadas de palmeras, ni sus fuertes pintorescos, ni sus selvas impenetrables, ni sus elefantes, causa de la notoriedad que disfrutan, sino el hecho de ser el mayor de los establecimientos penales que hay en el mundo. Y no sólo es el mayor establecimiento de esta clase que en el mundo puede encontrarse, sino el más humanitario de todos.

Los rasgos salientes de esta colonia penitenciaria son el alto grado de libertad que se concede a los presos, su empleo en numerosas labores campesinas indispensables para el sostenimiento de la comunidad, el hecho de que entre los condenados se elige a los que han de gobernar a los condenados, y de que el más terrible de los asesinos pueda, pasado cierto período de tiempo, tomar esposa de entre las también condenadas. En estos tiempos, en que el divorcio anda pisando los talones a los ma-

trimonios, esta unión de una pareja de asesinos puede parecer contrato algo precario; pero el caso es que el sistema se practica hace casi cincuenta años en este establecimiento penal con muy favorable éxito. Quizá el conocimiento que ambos tienen de que los dos son asesinos contribuirá no poco a mitigar las cuestiones de familia.

Tan pronto como un penado ha probado ser *self-supporter*, es de-

Resuelta esta delicada cuestión, se invita a nuestro asesino a hacer una visita a las señoras asesinas. Estas señoras asesinas están ya muy amansadas, gracias al tiempo que llevan empleadas en hacer ropas para los hombres y todas aquellas tareas necesarias para que la comunidad marche. Le presentan a las señoras. Elige de entre ellas aquella que le agrada más —quizá por ser la que se parece menos a la que dejó en la India hace quince años—, la piropea un poco, desliza en sus oídos el amoroso secreto y acaban siendo dos en la casa en que era uno solo.

¿En qué otro sitio del mundo se otorgan a los asesinos tales privilegios?

Veamos cómo se administra esta gran colonia de penados. En grandísima parte la administran

UNA CONSULTA

A los setenta años, el tío Bonifacio, que hasta entonces había tenido una salud de hierro, empezó a sentir el peso de la edad. Comía bien, dormía mejor y estaba siempre de buen humor; ¡pero las malditas piernas! La derecha marchaba todavía bien, pero la izquierda empezaba a pesarle demasiado.

Su mujer le había aconsejado que fuese a ver al médico, pero el doctor Bouffre vive en Gonfle Bonfigne, a dos leguas de distancia, y se hace pagar cinco francos por consulta. Y el tío Bonifacio ha creído siempre que antes de dar dinero a un médico, hay que pensarlo mucho.

Pensándolo estaba cuando un día, estando en su huerta, vió detenerse el coche del doctor Bouffre, apearse a éste y acercársele para preguntarle una dirección.

Nuestro Bonifacio pensó: Bonita ocasión para una consulta gratuita.

Y como después de informarlo el doctor le preguntase por la salud, el tío Bonifacio se apresuró a decir:

—La salud, admirable, si no fuese por esta maldita pierna. Me pesa cada vez más, y hay días que la llevo casi arrastrando. ¿Qué haría usted en mi caso, doctor?

Y el doctor Bouffre, que conoce todas las martingalas de aquella gente, le contestó:

—Pues yo, en su lugar, iría mañana a Gonfle Bonfigne, de dos a cuatro, y consultaría al doctor Bouffre. Porque con la salud no se puede jugar, tío Bonifacio.

Y se alejó.

—¡Valiente tunante estás hecho! — exclamó al verlo marchar. — No tengo más remedio que ir a verlo mañana. Son cinco francos; pero hay que arreglar esta pierna.

Al día siguiente preparó su carricoche y fué al pueblo. El tío Bonifacio iba furioso. Perder una tarde de trabajo y cinco francos no era para menos.

En la consulta había mucha gente. Al fin le llegó el turno al tío Bonifacio.

—¿Usted aquí? — dijo el doctor Bouffre. — Vamos a ver esa pierna.

Examinó la pierna enferma con todo detenimiento y exclamó:

—¡Pero si no tiene usted nada! Un poco de reumatismo; pero comprenderá usted que ya no tiene veinte años. Puede irse tranquilo; eso se pasará solo.

El tío Bonifacio hizo un gesto desesperado al oír aquello. ¡Para eso había perdido cuatro horas de trabajo e iba a perder cinco francos! De pronto se iluminó su rostro con una sonrisa. Se le había ocurrido una idea. Metió en el bolsillo los cinco francos que tenía en la mano y preguntó al doctor Bouffre:

—¿De modo que no estoy enfermo?

—No.

—Entonces, si no estoy enfermo no tengo que pagar al médico.

Y salió del despacho sin dar tiempo a que el doctor saliese de su asombro.

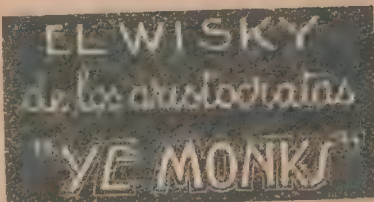
Rodolphe BRINGER.

cir, bastarse a sí mismo, y que es disciplinado, buen trabajador y digno por todos conceptos de confianza, ya no permanece confinado entre los muros de la prisión. solamente le pone límite el mar. Se le da vivienda y tanta libertad cuanto es posible en una pequeña isla. Entonces, si tiene familia en la India, se la permite reunirse con él.

Si la familia no quiere y el penado quiere volver a casarse se andan los pasos para el divorcio.

los penados mismos. Hay un comisario jefe, un director y un consejo de nueve directores adjuntos. todos europeos; doce inspectores, europeos la mayor parte, y un mayor número de subinspectores que son indios. Figuran también otros pocos empleados (personal de policía, médico, obras públicas, etc.)

La justicia civil y criminal la administra cierto número de tribunales sobre los que tiene jurisdicción el comisario jefe. Hay una prisión para los delincuentes co-



mo en otra cualquiera sociedad; en Port Blair hay una pequeña isla propiamente llamada Isla de la Vibora, donde se confina bajo la estrecha guardia y vigilancia el elemento peligroso de la colonia. Aquí resulta interesante consignar en una colonia de diez y seis mil penados, once mil de los cuales son asesinos, el término medio de penas de muerte impuestas en diez años ha sido de seis. Considérese lo significativo del caso teniendo en cuenta que la justicia se muestra muy severa en la reincidencia del asesino.

Estos penados llegan de todas partes de la India. Se hablan numerosos idiomas y dialectos de cada uno de aquel inmenso país de trescientos millones de habitantes, y todos esos idiomas y dialectos tienen su representación en la colonia penal de que venimos hablando. Para muchos penados es imposible conversar con sus compañeros de infortunio, salvo por los más primitivos modos. Esta diversidad de lenguas ha determinado que la colonia acabe teniendo un lenguaje particular. Ha tomado una palabra de aquí, otra de allá, tal de este idioma, tal de aquel otro, hasta que ha construido una lengua común. Es muy sencillo, pero suficiente para el propósito. La conversación como arte no puede decirse que sea esencial en las islas Andaman.

Dejemos por un momento a los penados y miremos a los aborígenes de las islas Andaman, porque estas islas no estaban desiertas cuando hace cerca de tres cuartos de siglo se estableció en ellas el primer establecimiento penal. El isleño indígena es un negrito pigmeo de excepcional interés étnico —los hombres de ciencia afirman que son los restos de la raza más antigua que vive en la actualidad. —Les afectó mucho la presencia de extranjeros en los primeros días del establecimiento de la colonia penal. Actualmente, sin embargo, con excepción de una tribu —los jarewas—, todos se muestran amigos. Esta amistad es para ellos tan desastrosa como la guerra sería, porque los isleños de las Andaman son raza muy próxima a desaparecer. Como a los indios americanos, la presencia de otra civilización radicalmente distinta de la suya parece suponerles un apresuramiento hacia la total extinción. No hay referencia del número de naturales de estas islas cuando pasaron a depender de la Gran Bretaña; pero actualmente la población indígena no pasa de dos mil y disminuye cada año. Es muy de deplorar porque yo mismo he podido advertir que los aborígenes constituyen una raza muy interesante.

En las Andaman hay, como es lógico, una guarnición militar; pero extremadamente pequeña si se compara con el gran número de penados que viven allí. Bastan para las necesidades ciento cincuenta soldados ingleses y un destacamento de trescientos indios.

Sólo un levantamiento general — cosa que jamás se ha conocido aquí — podría derribar el gobierno de las islas.

No puede decirse que el indio sea resueltamente enemigo del motín; pero la diversidad de lenguajes — y la precaución que se toma de separar a los penados de la misma región que hablan el mismo idioma — impide maquinaciones que podrían ocurrir y tener graves consecuencias si se dejara juntos en considerable número a hombres de la misma tribu.

La reforma penitenciaria ha sido muy estudiada en estos últimos años; pero en realidad poco hay de nuevo en la mayor parte de los cambios por que se aboga en muchos países del mundo. El sistema actualmente en vigor en las islas Andaman se diferencia muy poco del que estableció originariamente sir Stanford Raffles en 1858, cuando se estableció en penal en las Andaman. Se basa en la suposición de que en todo el mundo, aun en el asesino, hay algo bueno, y que sólo es cuestión de acertar con el método apropiado para sacarlo a luz.

Está fracasada la teoría de que a los criminales hay que encerrarlos, alimentarlos y vestirlos por cuenta del gobierno y dedicarles un número determinado de horas a partir piedras o cualquier otra ocupación inútil. Un establecimiento penal debe bastarse a sí mismo o casi bastarse. Y puede, como lo han demostrado concluyentemente las islas Andaman. Aunque todavía no hemos llegado al límite de producción, hemos conseguido ya, sin embargo, reducir el costo por cabeza de un penado a poco más de un dólar al mes. En estos tiempos de vida cara y de impuestos pesadísimos, es éste un aspecto muy digno de considerar.

El principal recurso que se brinda para este propósito de hacer labor remuneradora es el bosque. Como en Burma, se emplean allí elefantes para arrastrar los grandes troncos y maderos, que van amontonándose después en una pequeña isla.

De todos los departamentos, el de Obras Públicas es quizá el que consigue más eficaz labor. La mayor parte de los empleados en este departamento eran, antes de su sentencia, trabajadores. El cuerpo que ellos constituyen tiene privilegios especiales y jefes salidos de su propio seno. Es responsable de la conservación de maquinaria y de todo lo necesario a los propósitos de la colonia. Trabajaban en hierro, en estaño, en cobre y bronce; curten y esculpen.

Hay un Departamento de Marina, en que los penados hacen todos los trabajos relacionados con la construcción y conservación de una gran flota de lanchas de vapor, barcas y botes.

No sólo se les hace trabajar, sino que también se los educa. La instrucción elemental es obligatoria para todos los hijos varones de los "self-supporters". Hay seis escuelas en que se admite igualmente a los hijos de los no penados.

Es imposible entrar en detalles ni enumerar los numerosos e importantes servicios que se sostienen. Exigiría un trabajo de dema-

siadas dimensiones. Baste saber que toda institución pública necesaria para la dignificación de la población penal funciona en la isla y funciona bien.

personas, y la mayoría de las sentencias son para toda la vida. Llegan también otros criminales, que podríamos llamar de segunda clase, sentenciados a penas que osci-



EL INVENTOR. — Este sencillo aparatito es mi último invento: "la incubadora con piñón libre", que empolla con huevos cocidos.
LOS VISITANTES. — ¿Cómo huevos cocidos? ¿Y qué obtiene usted?
— Muy sencillo: pollos asados.

La mayor parte de los penados son asesinos o culpables de otros crímenes contra la seguridad de las

lan entre los diez y los veinte años. A éstos, cuando cumplen, se los envía inmediatamente a su punto

EL MATRIMONIO

¡Bendito sea el hogar
donde de virtud ejemplo
tiene la familia un templo,
tiene el amor un altar!
Donde el hombre y la mujer,
unidos con lazo fuerte
confunden hasta la muerte
su voluntad y su sér.
Sagrada esta unión se llama,
y son, en su dicha inmensa,
él, la cabeza que piensa,
ella, el corazón que ama.
Si cedro arrogante es él
que alza su copa hasta el cielo
y abrigo y sombra dá al suelo
bajo su verde dosel;
avarienta por demás
humilde hiedra es la esposa
que el tronco ciñe amorosa
para resguardarle más.
¿Y quién con vil intención,
quién como traidor alevé
a sangre fría se atreve
a romper tan santa unión,
y asalta el tranquilo hogar,
y a sí mismo se deshonra?
¡Poco estimará su honra
quién va la ajena a robar!...

Rafael GARCIA y SANTISTEBAN.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clichés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

de origen. La colonia permanente está constituida por criminales que no esperan verse libres jamás. Llegan a la isla con el convencimiento de que es la mejor suerte que puede esperarlos, y seguramente esa actitud les hace organizar y concebir una vida nueva. El noventa y nueve por ciento de los casos revela que rehacen su moral social.

Incluso hay numerosos ejemplos de lealtad y heroísmo en los anales de estas islas. Los penados, lo mismo que fueron criminales pueden ser héroes; y las penadas, al menos en una ocasión, han desplegado tal heroísmo, que obtuvieron como premio la libertad. Hace algunos años un terrible ciclón lanzó contra la costa un buque, y toda la tripulación se vió en gravísimo peligro. Un gran número de penados, agarrándose de las manos, formaron una cadena humana hasta alcanzar el punto en que el buque estaba en riesgo. De este modo se salvó a todas las personas que iban a bordo.

Los habitantes de nuestro mayor establecimiento penal constituyen una colonia satisfecha, de buena conducta, gran trabajadora. La disciplina, cuando el caso llega, es rigurosa —siempre lo es la disciplina digna de tal nombre—; pero nunca es brutal.

Hay en el mundo sitios mucho peores que estas tropicales islas Andaman, donde 16.000 penados llevan una vida tranquila, regular y ocupada. Son penados pero penados con un hogar suyo, con leyes propias, servicios propios, mé todos de vida propios.

Las personas interesadas en la reforma penitenciaria encontrarán allí mucho que aprender y que seguir. Ha sido un verdadero triunfo.

Teniente coronel R. T. Celvert.
Gobernador que fué de la
colonia de penados de las
islas Andaman.

La cetrería estuvo muy de moda en Europa durante la Edad Media. En Oriente la práctica de este deporte es de una antigüedad incalculable. En antiguísimas láminas chinas y japonesas vemos grabadas escenas de cetrería, en los versos de los líricos de la antigua India leemos relatos enaltecedores del deporte favorito de los soberanos de la Península, en las miniaturas que datan del reinado de Jahangir vemos reproducidos halcones y escenas de esta caza. Sin duda alguna fueron soldados prisioneros en Oriente los que, a su regreso a las Cortes feudales, implantaron entre los francos y normandos la moda y la afición por la cetrería. Por Plinio sabemos que los romanos también practicaban esta clase de caza, pues en una de sus obras nos habla de los cazadores de aves de las lagunas, que partían al amanecer con sus halcones en el puño.

En Alemania fué la cetrería el deporte favorito de todo gran señor. Del entusiasmo que por esta caza sentía Carlomagno nos habla el arzobispo Hinemar, de Rheims. El noble sacerdote normando Gasse de la Bigne nos describe minuciosamente todos los acontecimientos cetreros del principio de la Edad Media en su interesantísimo libro "Des Desduts de la de la Chasse des cestes sauviages et des oyseaux de prove".

Pero a mediados y fines de dicha Edad fué cuando la cetrería alcanzó en Alemania su apogeo. Una prueba de ello es el interés que las damas nobles demostraba con halcones y azores. Las bellas de aquellas épocas se hacían pintar por sus artistas con el halcón sobre el puño enguantado, y labraban después estos retratos en sus sellos y escudos. Sus nobles esposos derrochaban sumas cuantiosas en el fomento de este deporte. Sólo a las damas les estaba permitido tomar parte activa en las cacerías. Una de éstas está descrita en una de las más famosas trovas del burdo Bertrán de Born. El que quería poseer aves de presa de raza tenía que comprarlas, a elevadísimos precios, en las grandes Escuelas cetreras holandesas de Maastricht y Falkenverth. En su "Weydwerk buch" del año 1582 nos habla Juan Feyerabend de los llamados "feudos halconeros". Los nobles cazadores daban rapaces de raza, criados y amaestrados en las cetrerías extranjeras, a sus mozos para que éstos se encargaran del cuidado com prometiéndose a entregarles cada año un ave de caza perfectamente amaestrada. Como premio les concedían una tierra en feudo. De ahí el nombre de "feudos halconeros" o "feudos azoreros", que ostentaban muchos nobles alemanes en sus cartas de nobleza.

Entre los rusos prisioneros en Alemania durante la gran guerra fué sorprendido un individuo apoderándose de un nido de azores. Dos años después había amaestrado en su lengua y a su manera, dos de dichas aves de presa. Cazaba del siguiente modo: su perro levantaba los pájaros, los cuales, al volar, percibían a los azores y, asustados, se volvían a acurrucar contra la tierra, de donde nuestro hombre los cogía tranquilamente con la mano y sin ayuda del perro.

¿Verá a estar de moda este deporte en nuestros tiempos des-

La cetrería clásica

Origen, apogeo y decadencia de la caza con halcón

provistos de romanticismo? Los ingleses nos están dando el ejemplo. En algunas partes de Alemania también se está volviendo a practicar la cetrería.

El profesor Dr. Thienemann, que es un entusiasta de ella, nos advierte en su "Rossittenbuch" que no debemos practicarlo como pasatiempo sin importancia, pues podemos fácilmente caer en la negligencia, defecto fatal a este deporte. Para que la caza sea emocionante y bonita, no sólo desde el punto de vista del cazador, sino también del interés del ornitólogo,

se colocan en un palomar vacío, en el que se ha construido antes un nido con arena y musgo. El borde del nido ha de ser bastante alto. En él se encaraman los polluelos para satisfacer sus necesidades, que tienen costumbre de arrojar fuera del nido. Como el palomar está provisto de listones de madera aprenden al poco tiempo las rapaces a revolotear y sujetarse en ellas. Es conveniente dejar en estos listones su corteza natural, porque así se desarrollan y afinan más rápidamente las garras de los halcones y azores. Se alimenta a

VISITA ACADEMICA

Al publicarse la lista de las candidaturas al último sillón vacante de la Academia me ha sorprendido leer el nombre de un antiguo amigo. Honorato Dubouloir.

Nada, hasta ahora, en la vida del obeso Dubouloir parecía justificar semejante pretensión. Desde que le conozco, nunca le he visto ocuparse sino de representaciones comerciales.

Cuando lo encuentro, de vez en cuando, me tiende su manaza, estrecha la mía hasta descoyuntármela, y me pregunta alegremente:

—Y esa literatura, ¿marcha?

...Pero el hecho de interesarse de tarde en tarde por mis trabajos literarios no me parece, lo digo con toda sinceridad y sin falsa modestia que es un título suficiente para buscar los sufragios de la Academia.

¿Acaso había pensado Dubouloir en la utilidad de que figure un comerciante en la lista de los inmortales, en la que figuran un obispo, un abogado, un ingeniero y un militar?

Pero aun admitida esa utilidad, creo que hay en el mundo de los negocios personalidades más relevantes que la de mi amigo Dubouloir.

¿Será que Dubouloir se ha dedicado a la literatura? En ese caso va a ser cosa muy divertida su candidatura a la Academia.

tiene que haber estado el ave sometida durante bastante tiempo a un especial y continuo amaestramiento.

Diremos algo a manera de explicación de esta clase de amaestramiento. De muy pequeñas se quitan las aves del nido. Hay que tener cuidado de que no sea demasiado pronto, porque perecerían, y no demasiado tarde, porque sería mucho más difícil el amaestrarlas. Sacar a los polluelos del nido es una operación que suele ofrecer peligros, pues los padres, si por casualidad se hallan presentes, los defienden heroicamente.

Una vez que se han conseguido

Esta última hipótesis se ha confirmado. Esta mañana, el correo me ha traído un librito en verso titulado "Las uvas negras".

Es una colección de poesías bastante medianas, en las que abundan las rimas fáciles, tales como marra y parrá, llueve y mueve, siega y riega, y otras por este estilo. Pero aún así, no creo que Dubouloir haya sido capaz de escribir estos versos.

Al salir he visto a mi amigo en la terraza de un café, tomando un aperitivo.

—Estoy encantado — me ha dicho —. He visitado ya a veinte académicos para pedirles su apoyo. Es gente muy amable.

—¿Y cuántos votos crees que tendrás?

—¿Yo? Ninguno — ha exclamado Dubouloir —. ¿Es que te burlas de mí, o es que me crees idiota? Lo que me interesa es ser recibido por esos señores, y con mi procedimiento lo soy por todos. Les hablo de mi librito de versos "Las uvas negras", y con habilidad les empiezo a hablar de los vinos y licores de las casas que represento. ¿Y querrás creer que no me despidió de ninguno sin llevarme un pedido de una arroba de vino o de media docena de botellas?

Tristán BERNARD

los jóvenes prisioneros con carne cruda de ratones, gorriones y algunos desperdicios, todo ello cortado muy menudo. Pronto aprenden a comer de la mano. Cuando las aves son mayores se les prepara la estancia en una jaula grande, construida con alambres, y después se los sujeta con ayuda de una cadena fina o de un cordón de seda a unos pies de madera, desde los cuales el ave aprende a conocer la voz o el silbido de su amo, a recoger la comida del suelo y a lanzarse sobre cualquier presa pequeña. Es lógico que sólo una misma persona se debe acercar al educando; si lo hicieran varias el

amaestramiento resultaría imposible.

En mi juventud nos dedicamos unos cuantos amigos y yo a amaestrar una serie de halcones y azores. Estos animales vivían en amistosísima mezcla y atendían maravillosamente a sus nombres, todos distintos. A la hora del alimento los íbamos llamando uno a uno y se presentaban por riguroso orden. Cuando se considera que el ave está suficientemente amaestrada se hace la prueba definitiva. Desde la tarde anterior se le priva de alimento para provocar su instinto de ave de rapiña y se le encapilla, esto es, se le cubren los ojos con un capirote o cubierta de cuero que se quita en el momento de soltarlas. Al día siguiente se la lleva en el puño enguantado hasta un prado despejado. Se le enseña su presa y se le anima con gritos y silbidos a precipitarse sobre ella. Las primeras veces el ave sigue sujeta al cazador por un cordón delgado; las siguientes, aunque suelto ya, se le suele atar una campanilla al cuello, para en caso de que no vuelva a su lugar de partida, poder encontrarla fácilmente. Las rapaces expertas pueden soltarse antes de que aparezca la presa. Rápidas se alzan hacia el azul del cielo y dibujan allí sus elegantes círculos. Terminada la caza se hace bajar el ave.

Dice un doctor que
llegará un día en que
no habrá enfermedades

En opinión del eminente médico inglés sir Arthuthnot Lane, ciertas enfermedades graves están, poco a poco, desapareciendo de la Gran Bretaña.

"La gota, por ejemplo — afirma sir Lane —, ya casi no existe. La tuberculosis decrece de año en año, a medida que la ciencia médica progresa cada vez más.

Hace algunos años la gota era una de las enfermedades que ocasionaban mayor número de pacientes — añade sir Lane —. Ningún rico hacendado o personaje de categoría se libraba de ella. Hoy en día esta enfermedad puede considerarse como prácticamente desahogada.

Una de las principales causas de la gota es el comer y beber con demasía. La gente de nuestro tiempo no come ni bebe tanto como nuestro tiempo no come ni bebe tanto como nuestros antepasados. Se ha aprendido a comer oleradamente y a cuidar el estómago. Por tanto, la gota ha desaparecido.

Lo mismo puede decirse de la tisis. Hoy día sabemos que su mejor cura es el aire libre y cada día logramos reducir su mortalidad.

Yo estoy convencido de que llegará un día (quizá no alcancemos a verlo los que ahora vivimos) en que las enfermedades habrán dejado de hacer sufrir a la Humanidad.

Los médicos entonces no curarán, porque no tendrán enfermos, sino que únicamente indicarán lo que debe hacerse para prevenir todas las enfermedades".

Un viaje involuntario *por Luciano Biart*

(Continuación)

Levántase sobre un otero en que antiguamente había un templo dedicado a la diosa Isis, y su famosa cúpula tiene trescientos cuarenta pies de elevación por cien de diámetro interior. El señor Pinson y su amigo, al par que admiraban como verdaderos inteligentes las excelentes proporciones del edificio, no pudieron menos de criticar los dos campanarios que adornan la fachada, como indignos, por su mala disposición, del majestuoso conjunto que ofrece la obra de sir Cristóbal Wren.

Después de haberse entretenido el muchacho en interrogar el eco que, por un fenómeno acústico, se produce en el interior de la cúpula de San Pablo, llevó a los ingenieros a la gran plaza, y habló de acompañarles al Jardín Zoológico.

—Vamos al Museo Británico, dijo el señor Pinson.

Azogue hizo una mueca de despecho, pero tomó la dirección indicada.

Aunque no les causó gran impresión la galería de cuadros, pues la encontraron muy inferior a la del Louvre, no se cansaban de admirar los bajo-relieves del Partenon, trasladados al Museo en 1810 por lord Elgin. Durante mucho tiempo tuvo por bárbara la acción del noble lord, y sin embargo, a no ser por él la obra del famoso Fídias se hubiese perdido, como tantas otras maravillas, durante el bombardeo de Atenas por los turcos en 1827.

Las galerías que encierran las colecciones de historia natural, también interesaron a los ingenieros.

Azogue hizo más caso de los animales disecados que de las esculturas y pinturas.

—¡Cuán bonito debe ser, exclamó de repente, ver esos pájaros de plumas encarnadas, verdes y azules, volando y posándose en los árboles!

Dígame usted, caballero, añadió dirigiéndose al señor Pinson, ¿por ventura fué Robinson quien trajo tales animales a este museo?

—No, contestó el ingeniero sonriendo: en primer lugar, Robinson es un ser imaginario, y luego, la colección que estás viendo es producto de las investigaciones y laboriosidad de algunos centenares de sabios.

—¿No ha existido Robinson? preguntó con el más vivo interés Azogue.

—Daniel de Foe, su biógrafo, sólo poetizó las aventuras del marino Selkirk.

—Pero ¿y el adlátere de Robinson? ¿y los antropófagos?

El señor Pinson intentó descartar lo imaginario de lo real en la historia de Robinson; pero Azogue defendió con energía a su héroe predilecto. El pobre muchacho no conocía más libro que la obra de Daniel de Foe; cien veces seguidas lo había leído a la tía Pitch, la cual también consideraba como artículo de fe la existencia de Robinson.

ella se encaminaron nuestros conocidos.

Aunque ya era tarde cuando salieron los ingenieros del Museo Británico, Azogue volvió a proponerles que visitasen el jardín Zoológico; pero opinando el señor Pinson por la Torre de Londres, hacia ella se encaminaron nuestros conocidos.

Este monumento, que según algunos escritores data del tiempo de Julio César, ya existía el reinado de Guillermo el Conquistador.



Alquilan un bote que los trasladó a bordo del "Canadá"

Después de haber recorrido las salas de armas, guiados por algunos soldados que visten el antiguo traje de la guardia de Enrique VIII después de contemplar detrás de una verja las joyas de la corona, el señor Pinson y su amigo recordaron que todavía no habían comido. Gracias a su pequeño intérprete, esta vez los dos amigos pidieron los platos más de su gusto.

Terminada la comida, pensó en el modo de pasar agradablemente la velada.

—Si ustedes quieren, les llevaré al circo de Astley. Les colocaré a ustedes bien; luego iré a desempeñar mi corto papel; de otra suerte perdería el empleo.

Los dos amigos aceptaron la propuesta del muchacho, el cual, después de buscarles un asiento se despidió de ellos. Haofales dicho que en el desfile, al final de la representación, iría vestido de paje y montado en un caballito. Boisjoli y Pinson admiraron la agilidad de los payasos, la destreza de las amazonas, la belleza de los caballeros. Azogue tomó parte en una escena cómica de escasa importancia. Durante el desfile saludó a los ingenieros; luego se reunió con ellos. Al cabo de una hora les dejó en la

ha encargado les diga que desearía hablarles tocante a mi padre y a mí.

—Cuando vuelva de Liverpool, dijo el señor Pinson, me acompañarás a su casa.

—¿Cómo vamos a distribuir las horas del día? preguntó Boisjoli.

—Primero iremos a ver los docks de la compañía de las Indias.

—¿Y después?

—El Jardín Zoológico, dijo Azogue adelantándose, debe estar magnífico hoy que brilla el sol.

—Encaminémonos a los docks dijo el señor Pinson, y luego nos llevarás donde mejor te parezca.

Los ojos de Azogue brillaron de contento. A eso de las dos de la tarde, después de un prolongado paseo por los grandes depósitos de mercancías, Azogue, que se había aburrido pasablemente oyendo discutir a los ingenieros sobre materias que él no entendía, obtuvo la venia para llevarles donde bien lo entendiese.

Embarcáronse los tres en uno de los vaporcitos que recorren el Támesis a guisa de ómnibus, y atravesaron el famoso túnel que, durante muchos años, fué la admiración de propios y extraños, aunque no reportase ninguna utilidad.

Del túnel nuestros conocidos se dirigieron, en coche, al Jardín Zoológico. Una vez dentro, el muchacho no pudo contenerse, y para demostrar su alegría ejecutó un salto mortal de primer orden.

Los animales que más llamaron la atención de Azogue fueron los osos, los leopardos, las panteras, los rinocerontes y los elefantes.

—¡Cómo sería feliz! dijo de improviso el chicuelo suspirando hondamente.

—¿Quién? preguntóle el señor Pinson.

—Robinson. Aunque usted, caballero, suponga que ese personaje no ha existido, es indudable que los países donde viven estos animales son una realidad, y no puedo menos de figurarme la alegría de Robinson cuando, sentado al umbral de su cabaña, fumando en pipa, veía desfilar los osos, los leones y los tigres.

—Ignoro si Robinson era fumador, hijo mío, contestó el señor Pinson, pero lo que sí puedo asegurarte es que en su isla no existían ni rinocerontes ni elefantes, pues estos animales son originarios del Africa o del Asia.

—¿En América no los hay?

—No, ni tampoco en Europa. En cambio, la América tiene el bison, el caiman, el cuguardo, el jaguar la boa, numerosas familias de gatos, osos, desdentados, monos, etc.

—Usted verá todos esos animales dijo Azogue a Boisjoli mirándole con envidia.

—Te engañas, amiguito: yo voy a los Estados Unidos.

—Si alguna vez consigo reunir bastante dinero para embarcarme dijo Azogue, iré a la India, al Africa, a América, a cualquier parte que esté bien lejos.

—¿Te gusta viajar?

fonda, volando a su domicilio para saber lo que pensaba la tía Pitch del calentador que le había regalado.

CAPITULO VI Liverpool

Eran las diez de la mañana cuando llamó el señor Pinson; lo mismo que el día anterior, comparó Azogue.

—Veamos, muchacho, ¿qué hay de nuevo? preguntó el ingeniero.

—Ante todo les doy las gracias, caballeros, de parte de la tía Pitch pues la he dicho que a ustedes debe el calentador que tanto anhelaba. Anoche estuvo en vela hasta que yo fui a casa, para saber quien le había hecho aquel regalo, y me

—¡Vaya si me gusta! Quisiera ver las tierras donde viven los monos los loros, las boas, de donde vienen los cocos, las bananas y los diamantes.

El departamento de los monos llamó hasta tal punto la atención de Azogue, que fué preciso anunciarle que el establecimiento iba a cerrarse, pues ya era de noche, para decidirle a dejarlo. Gracias a la bondad de los dos ingenieros, a quienes por momentos gustaba más la viveza, franqueza y buenas cualidades del pequeño guía que la suerte les deparara, éste pudo abrumarles a preguntas tocante a los países donde vivían los animales que acababan de ver, y a sus costumbres. No se habló de otra cosa durante la comida, y Azogue obtuvo noticias tan curiosas, que con ellas aumentaron las ganas que tenía de recorrer los países tropicales. Empero, a medida que se iba haciendo tarde, los ingenieros aparecieron menos comunicativo, más silenciosos.

El día siguiente era el señalado para embarcarse Boisjoli, y sin quererlo reflexionaban tocante al pesar que iba a producirles aquella separación.

Habíales sido tan útil el muchacho lo mismo en clase de intérprete como de acompañante, que el señor Pinson creyó no harían mal en llevárselo hasta Liverpool: luego que Boisjoli hubiese partido, el ingeniero volvería a Londres con Azogue; después visitaría a la tía Pitch para buscar el modo de devolver el chico a su familia, apartándole de esta suerte de la vida semi-vagabunda que arrastraba en la metrópoli inglesa. Era un milagro que abandonado Azogue a su propio impulso, desde hacía tres años, en una ciudad como Londres, se hubiese mantenido honrado y laborioso; sin embargo, a la larga la necesidad o el mal ejemplo podían torcer y corromper sus inclinaciones. Alentado por su amigo, el señor Pinson había resuelto, como ya sabemos, librar al pobre huérfano de la miseria y de la corrupción que le esperaban.

Azogue palideció de alegría cuando se le dijo que hiciera saber a la tía Pitch su partida para Liverpool. Al pensar que iba a recorrer algunas leguas en ferrocarril que vería muchas cosas nuevas, el corazón quería salirse del pecho.

—¿Me llevará usted también a Francia? preguntó el chico, muy conmovido, al señor Pinson.

—Tal vez, contestó éste.

—¡Lléveme usted, caballero, repuso el muchacho con acento suplicante; recuerdo tan bien la ciudad de París, que me parece que conocería las calles por donde pasaba con mi padre, la casa que habitábamos, el cuarto donde dormía. En París a lo menos se ve la cara al sol y luego, allí nací. Creo que estaría mejor que en Londres.

El señor Pinson acarició el rostro del pequeño Azogue, diciendo:

—Ya veremos dentro de tres días.

La siguiente mañana los tres viajeros partieron para Liverpool, capital industrial del condado de Lancaster. Tenían que recorrer 280 kilómetros, y como viajaban de día, esta vez los ingenieros pudieron examinar a sus anchas la vía, sus viaductos, sus estaciones, sus obras más difíciles. En siete horas hicieron el trayecto, andando a razón de diez leguas por hora, lo cual es una regular veloci-

dad. Llegados a Liverpool los tres viajeros, su primera diligencia fué visitar el gran túnel de 1.800 metros que pasa por debajo de una parte de la ciudad, y luego quisieron ver el ferro-carril de Manchester, uno de los primeros que se construyeron en Europa, ya que data del año 1826.

Liverpool, bonita y extensa ciudad que contiene medio millón de habitantes, en el siglo XIII era una aldea de pescadores, y en 1700 solo contaba 5.000 almas. Reducida a cenizas en 1842, se levantó de sus escombros más animada, más moderna, más industriosa que nunca.

Liverpool surte a su vecina Manchester de las materias primas que ésta fabrica, en particular de algodón, y la disputa el título de segunda ciudad de Inglaterra: es una población ilustrada, citándose en el mundo entero sus museos de antigüedades egipcias, su Jardín Botánico y su biblioteca.

taló al ingeniero en su camarote, que debía ocupar solo, pues el vapor llevaba pocos pasajeros. Entonces los dos amigos se arrojaron en brazos el uno del otro, manteniéndose unidos durante un buen rato sin poder proferir ninguna palabra, tanta era su emoción. Bañados en llanto los ojos explicaron al contador el motivo de su angustia, diciéndole que se separaban por primera vez al cabo de treinta y dos años de una amistad nunca desmentida.

—Vamos a navegar pausadamente río abajo hasta el mar, —dijo el oficial al señor Pinson—; puede usted acompañarnos, si quiere, hasta allí, y luego regresar con el práctico. Así estará usted una hora más con su amigo.

Boisjoli insistió hasta tal punto para que su amigo siguiese el consejo del contador, que el señor Pinson accedió y fué a buscar a Azogue, a quien encontró extasiado delante de la máquina.

PENSAMIENTOS

La verdadera coqueta engaña incluso al espejo. — C. CANTU.

La mitad del mundo se complace hablando mal de la gente, y la otra mitad creyéndolo. — DUSFRESNEY.

El matrimonio se llama santo, seguramente por los muchos mártires con que cuenta. — FREIDANK.

Bien dicen los hombres de sus mujeres: "mi otra mitad", porque un hombre casado sólo es la mitad de un hombre. — P. MASSON.

El hombre es el único animal que tiene que trabajar. — KANT.

La mitad de lo que escribimos es pernicioso; la otra mitad, inútil. — H. BECQUER.

El gran puerto de Liverpool se levanta en la margen derecha del Mersey, río formado por la reunión en el condado de Chester del Ethern y el Goyt. Después de un curso de sólo cien kilómetros, el Mersey se pierde en el mar de Irlanda, cuatro kilómetros más abajo de Liverpool.

A pesar de que no habían cesado un momento de andar, el señor Pinson y su amigo se sentaron a la mesa bastante taciturnos. Fueron al puerto para ver el vapor Canadá, anclado tranquilamente en uno de los muelles y que acababa de llenar su pañoles de carbón. Por su parte Azogue parecía un tanto preocupado. Los tres se acostaron temprano, y aunque estaban cansados, ninguno de ellos durmió tranquilo.

A eso de las nueve de la mañana despertaron los dos amigos. Apenas se veía; la ciudad estaba envuelta en un manto de densa niebla y lloviznaba. La tristeza de la atmósfera influyó en el ánimo harto melancólico de nuestros personajes, de suerte que el almuerzo transcurrió en el mayor silencio.

Un carretón se llevó el equipaje de Boisjoli, y nuestros tres conocidos se dirigieron al puerto, alquilando un bote que los trasladó a bordo del Canadá. Inmediatamente Boisjoli fué en busca del contador, el cual, por una feliz casualidad hablaba el francés. El oficial ins-

—Vuelve a tierra, muchacho, y espérame en la fonda o en el puerto.

—¿Acaso se va usted a América? —preguntó el chico con ansiedad.

—No, —repuso el señor Pinson— ¿te parece que es tan fácil hacerlo como decirlo? Llegaré hasta la embocadura del río, y luego volveré con el práctico. Estaré de vuelta dentro de dos horas.

Azogue fué a despedirse de Boisjoli, que le dio un abrazo; luego, lentamente y como apesadumbrado, el muchacho se encaminó al lado de la escalera, no tardando en desaparecer.

El señor Pinson quiso visitar minuciosamente la nave que, durante doce días, había de servir de cárcel a su amigo. Al poco las ruedas del vapor azotaron el agua y el Canadá, al cuidado del práctico que estaba cerca del timonel, emprendió la primera etapa de su viaje. Cafá fría llovizna, el viento silbaba con bastante fuerza, y el oleaje que hacía balancear la embarcación nada bueno presagiaba.

—Dentro de poco, —dijo Boisjoli acompañando sus palabras con un gesto significativo, — me entrará el mareo. Creo que sería prudente que acabase de instalar mi equipaje en el camarote.

El señor Pinson y Boisjoli pasaron al salón y se ocuparon en acondicionar el equipaje del últi-

mo, de modo que tuviese lo más a mano posible todos los objetos que pudiese necesitar. Habiéndose parado la máquina del vapor, el señor Pinson se lanzó al puente creyendo que era el momento de partir, pero sólo se trataba de una maniobra para dejar pasar un remolcador que arrastraba varias barcas cargadas de carbón. Terminada la faena, los dos amigos se hicieron mil promesas, asegurando que no pasaría correo sin escribirse, y salpicando la conversación con los recuerdos del pasado y los proyectos del porvenir. Luego fueron a la cantina para brindar por última vez. Por momentos iba haciéndose más perceptible el balanceo; Boisjoli, bastante pálido, tenía la frente bañada en frío sudor. Los ingenieros subieron nuevamente al puente, y lanzando el señor Pinson una mirada en torno suyo, sólo vio cielo y agua: dijérase que Liverpool y la tierra habían desaparecido.

Entonces se encaminó presuroso hacia el timón:

—¿El práctico, dónde está?

—¿El práctico? —repitió el marinero, que, aunque inglés, comprendió lo que se le decía, pues la palabra práctico es igual en francés y en inglés. —"He is gone, sir" (Se ha marchado, caballero). Y el timonel indicó el horizonte con el dedo.

—¿Qué dice? —preguntó el señor Pinson escudriñando con los ojos en torno suyo.

—Dice que el práctico se ha ido, —contestó en francés un pasajero canadiense.

—¡Se ha ido! —repitió lleno de estupor el señor Pinson. —¿Qué significa esto? El buque no ha parado su marcha, estoy cierto de ello.

—Hace media hora que el práctico se ha deslizado en su embarcación, la cual iba a remolque del Canadá.

—¡Deteneos! —vociferó el ingeniero, arrojándose sobre el timonel. — ¡Retroceded, amigo mío, retroceded! ¡Yo no voy a América!

El marinero rechazó al señor Pinson de un modo nada suave, pues no comprendía lo que aquel ataque significaba.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! — repetía el ingeniero en todos los tonos imaginables. —¿Dónde está el capitán, dónde está el piloto? ¡Deteneos.

Los pasajeros corrieron al puente para saber lo que ocurría. Boisjoli, vencido por el mareo, miraba a su amigo todo pasmado.

—¡Habla, Boisjoli, habla! — exclamó el ingeniero, dirigiéndose a él; —tú conoces algunas palabras inglesas y te entenderán mejor.

—Give me, —murmuró el pobre Boisjoli, — some bread, some turtle soup, some plum-pudding, some... (Dénme un poco de pan, una sopa de tortuga, un pedazo de puding, un...).

Y tuvo que apoyarse en uno de los costados de la embarcación.

—¿El capitán? ¿Dónde está el capitán? —repetía el señor Pinson.

Y sin preocuparse del balanceo, yendo de acá para allá como un hombre ebrio, el ingeniero se abalanzó hacia el comandante, que en aquel momento acababa de aparecer.

(Continuará)

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para pegar etiquetas en cristal. puede emplearse una composición de 18 partes de agua fría o muy poco tibia, en la que se disuelven ocho partes de dextrina amarilla y parte y media de timol.

Barniz para sombreros de paja. — En 800 partes de alcohol se funden 450 de goma copal, 75 de sandárac, y se agregan cinco partes de aceite de ricino y cuarenta de trementina de Venecia.

Las sillerías de cretona se limpian del modo siguiente: Se pone en un horno un poco de salvado limpio, y cuando está bien caliente se toma un puñado en la palma de la mano y se frota la cretona, haciendo un movimiento circular. Las fricciones se continúan hasta que la cretona quede perfectamente limpia.

Al agua para cocer legumbres frescas y verduras se le debe poner siempre sal, y además un poco de sosa, pero en pequeñísima cantidad. Un trocito de sosa del tamaño de un guisante basta para una olla grande.

Para componer objetos de porcelana. — Disuélvase diez gramos de goma arábiga en agua hirviendo en la cantidad que pueda caber en un vaso de mesa de los pequeños. Cuando la goma esté bien disuelta, se añade el yeso necesario para formar una pasta espesa. Aplíquese esta mezcla con una brochita a los bordes de los pedazos de porcelana, y manténganse bien sujetos mientras se están pegando.

Limpieza del mármol. — Hemos publicado varias recetas para esto, pero quizá no haya ninguna tan sencilla como la de frotar las manchas con una raja de limón o un poco de jabón del que se emplea en las fábricas de vidrio.

El aceite viejo se clarifica agitando con una pequeña cantidad de ácido sulfúrico y dejándolo aposar.

Luego hay que trasvasarlo por medio de un sifón, y dejarlo reposar sobre un lecho de cal viva.

La operación se termina filtrándolo, aunque sea por un sistema primitivo, como el de hacerlo pasar por un colador de madera, lleno de agujeros y tapados éstos con algodón en rama.

Cera líquida. — La cera de abejas puede llevarse fácilmente al estado de emulsiones muy fluidas y muy persistentes, sencillamente con el agua alcalinizada. Estas mixturas pueden emplearse ventajosamente como encáusticos ininflamables, por ejemplo. Se preparan calentando hasta la ebullición una de las mezclas siguientes:

	A	B
	Grs.	Grs.
Agua	100	100
Cera de abejas	10	10
Amoníaco	1	1
Carbonato de potasa	2	2

La emulsión, bien agitada, se

echa en un tarro cualquiera después de haberla dejado en reposo para quitar la costra superficial que suele formarse cuando se emplea el amoníaco, la cual no puede emulsionarse cuando pasa mucho tiempo, pero basta removerlas para establecer la homogeneidad.

Muy económicas por la pequeña cantidad de cera que contienen y por la ausencia de la trementina

y nada peligrosas a causa de su inflamabilidad, estos encáusticos se aplican a la madera formando una capa espesa que se debe dejar secar bien antes de abrillantarla. El encáustico al carbonato de potasa da por el secado una superficie mate que conviene frotar primeramente con el extremo de un palo redondeado y quemado antes de aplicar el cepillo.

Antes que preparar el encáustico muy concentrado, o en el caso de que no parezca bastante espeso, es mejor dar una o varias manos después de secarse la precedente. La cera se emulsiona mal cuando las mixturas contienen demasiada cantidad. Es preciso que la cera sea de abejas legítima, pues las imitaciones no sirven.

Para exterminar el piojillo de los gallineros y palomares. — Cuando al anochecer se retiran las gallinas se introduce en el gallinero una rama de aliso, y al día siguiente se la encontrará llena de piojillo. Quémese y repítase la operación con ramas frescas.

En los palomares da iguales resultados.

Las manchas de café con leche son muy difíciles de quitar, especialmente de las telas de color claro. El mejor procedimiento, tratándose de lana o paño, consiste en humedecer la parte manchada con una parte de glicerina, nueve de agua, y media de amoníaco. Se aplica la mezcla por medio de un cepillo, y durante doce horas se repite varias veces la operación. Pasado dicho tiempo, se planchan las telas manchadas entre dos telas gruesas y después se frotan con un trapo bien limpio.

Si la tela manchada es de seda y de colores delicados, la operación es más difícil. En este caso, la mezcla debe componerse de cinco partes de glicerina, cinco de agua y una cuarta parte de amoníaco. Antes, conviene ensayarla sobre alguna parte escondida de la prenda, con el fin de ver si sufre el color. Si no es así, o si después de secarse vuelve el color primitivo, se aplica definitivamente la mezcla con el cepillo, y se deja permanecer sobre la tela por seis u ocho horas, y después se frota con un trapo limpio. La sustancia seca que queda sobre el tejido, se separa cuidadosamente con un cortaplumas. En seguida, la tela sometida al tratamiento se cepilla con un cepillo humedecido en agua, se deja secar. Si la mancha no ha salido del todo, hará que desaparezca basta en la mayor parte de los casos frotarla con un poco de pan. En caso de que el brillo de la seda hubiese desaparecido, puede restaurarse pasando un pincel empapado en un agua de goma muy clara o en cerveza.

Los muebles chapeados de ébano se restauran a las mil maravillas friccionando los puntos sucios en la dirección de las vetas de la madera, con piedra pómez, finamente pulverizada y aceite.

Luego se pulimentan con un paño suave y seco.

Las manchas de pintura en los vestidos. — Se quitan con trementina y amoníaco mezclados a partes iguales, aun cuando la pintura esté seca y endurecida. En este último caso no hay que hacer sino empapar las manchas lo más a menudo posible, con la mezcla antedicha, y quitarlas después con agua de jabón.

El Mariscal de Vauban

Sebastián Le Prestre, marqués de Vauban, nació en 1633, en Saint Leger de Fourgeret, cerca de Saulieu, en el Morvan. De casa modesta, tuvo la desgracia de quedar huérfano a la edad de diez años y fué educado por el abate Fontaine, que recibió al huérfano en condiciones precarias. Este servía al sacerdote como criado.

Cuando Vauban contaba dieciocho años de edad, no queriendo continuar siendo una carga para su bienhechor resolvió dedicarse a la carrera militar. En 1651 marchó con un gentilhomme de su parroquia, el cual servía en el ejército de Condé, y se agregó a su compañía.

Ya en el ejército, Vauban empezó a mostrar su predilección por el arte de la fortificación. El ataque y defensa de las plazas fuertes le atraía y en el sitio de Sainte-Menchould tomó una parte tan activa que mereció el elogio de sus jefes.

En 1652 cayó prisionero del ejército de Turena, y como su fama en esta época era ya grande se le condujo a presencia de Mazarino, el cual recibió al prisionero como hombre de valor militar conocido y le excitó a que se quedase en el ejército de Francia con el empleo de teniente.

Para comenzar, fué agregado al caballero de Cleverille, comisario general de las fortificaciones del rey, hombre de gran competencia. En la escuela de este hombre, no tardó Vauban en penetrar en los menores secretos de este arte militar, entonces en plena evolución.

Bien pronto fué el maestro de su maestro, aplicando los principios que le había enseñado, descubriendo otros, transformándolos y completándolos.

Así, en 1655, habiendo recibido a su vez el título de ingeniero del rey, se le puso en condiciones de probar su competencia. Durante los años de 1655 a 1659 tomó la parte más activa en la guerra de Flandes, dirigiendo los sitios de Londrecies, de Condé y de Valenciennes, en 1656; de Montmedy y de Mardyck, en 1657, y los de Gravelinas, Ipres y Audenarde, en 1658.

Vauban prefería trabajar me-

jor que matar. Incomparable removedor de tierra llevaba hasta las murallas enemigas un trabajo de zapa que obligaba al enemigo a capitular, so pena de ver abrirse en sus murallas una brecha imponente. Aplicando estos métodos en sentido inverso, recibió Vauban de Luis XIV el encargo de organizar la defensa de las plazas fuertes y reconstruyó, según sus métodos, las plazas del Norte, situadas en las llanuras de Flandes. Fortificaciones a la vez muy sencillas de dibujo y de líneas bellas, como así mismo fuertes y poco visibles.

Cuando se renovaron las hostilidades en 1667 volvió a demostrar su valía, que le había hecho ser considerado por el rey como su ingeniero privilegiado; Tournai, Donai, Lille, cayeron delante de él y fué herido ligeramente en el sitio que debía cubrir todo el norte de Francia. La construcción de modo que fué la admiración universal.

En la campaña de Holanda, en el Franco Condado, se acreditó de nuevo la pericia de Vauban, que recibió el título de brigadier. En 1676 era ya mariscal de campo, jefe especial de un Cuerpo de ingenieros creado por él.

Después de la paz de Nimega se dedicó a cubrir de murallas las plazas de su país más vulnerables. Este fué un período de una actividad prodigiosa para Vauban. Trescientas plazas antiguas fueron reedificadas y se crearon otras treinta y tres. Los cincuenta y tres sitios a que él concurreó en el curso de su existencia le habían permitido obtener gran copia de documentos, de la cual sacó el mejor partido posible.

En 1703 fué nombrado mariscal de Francia.

Publicó su famoso libro "Dime Royale" y sus admirables aciertos de justicia no fueron vistos con agrado y Luis XIV abandonó al mariscal a sus enemigos y el libro fué condenado a la quema.

Apesadumbrado por esta injusticia, Vauban, que tenía entonces setenta y cuatro años de edad, abandonó la corte y murió algunas semanas después (1707).

—¡Ave María Purísima!...
— Sin pecado...
—Yame los perros, doña...
—¡Juera "Chicho"; cayate "Lobo", y vos, sarnoso, quién le ve tan autero... Pasá pa dentro, m'hijo. ¿Y qué viento tan fuerte habrá sopla por esos laos, que ti ha reupujao pa cá? ¡Rosa; Agustina...! ¿Ande se han metido esas muchachas? Vengan hijitas; salúdenlo a este mocito, qui ha vuelto por la querencia, después de andar tan perdido.
—¡Ahijuna, ña Petrona; que lindas están las gurisas...!
—Que no se ti haga agua la boca, che, que te babiarías al cuete...
—No tenga miedo, doña, qui ha-ce mucho me salieron los dientes...
—Ajá, y... los tenis bien afilaos, o ti han dejao alguna mella-dura?
—Sanitos, vieja; son capaces de mascar lajas, sin que les haga mella.
—Ajá... lo veremos; habrá sío carne muy tierna la que has comio.
—De todo ha habio.
—Servile un mate, Agustina; bien fuerte, y echale canela; tua vía no mi olvidao e tus gustos. Y contá muchacho; ¿cómo ti ha ido pu aquellos pagos?
—Regular, nomás; en toas partes se encuentra el mismo patrón; el mismo trabajo; la misma paga, y...
—¿Y? Hablá, pues.
—Las mismas mujeres...
—¡Ajá; tenés razón, hijito; dende que el mundo es mundo, nunca la mujer ha tenio más ni menos que lo que tuvo al prencipio.
—Eso se compriende, doña.
—Y entonces, ¿pá qué hablás?
—Es un decir, nomás.
—Será; pero mirá: no hay hombre que no tenga que decir que las mujeres aquí y las mujeres allá; nos sarandean más que maíz de mazamorra, y sin embargo, se parran por nosotras.
—¡No diga, doña!...
—Sí; ráite, nomás; te has cráido que toa la vida he sío vieja... en mis tiempos, más de un paisano si ha pasao la noche al sereno, como res ricién carniada, esperando que abriera la ventana pa decirme cuatro sonceras... pero yo, bién tapadita en mi catre.
—Pero vean... eh; que hereje; ¿y no tenía miedo que se le reventara la yel al pobre paisano e tanto desiarla?
—Por mi, aunque se le hubieran reventao los ojos; pero no ten-gás cuidao; a ustedes no se les re-ventia nada por las mujeres.
—No diga eso, ña Petrona; a mi se me reventaron una vez... unas ampollas que mih'ce con agua hirviendo, porque me encandilaron los ojazos de una china.

¡ANSINA TE QUIERO!

(Especial para FRAY MOCHO).

—Pero mireno que ha güelto la dino.

—La esperencia.

—Ajá; ta güeno eso; la espe-rencia... Y decime ¿no ti has aco-larao?

—¡Cruz diablo!

—Asustate nomás; que si no has caído es porque no ti han sa-bio hechar bien el lazo.

—O el potro ha sío muy listo.

—Nu hay cabayo listo pa quién sabe ser güen pialador; hay que tirar el lazo sin miedo y en el mo-mento justo; brazo fuerte, y güena

—Y güeno; pior pa él si no sa-be distinguir el amor de la amis-tá.

—¡Ah, criollita linda!... Quién pudiera ser... su tata.

—¿Qué hablás del finadito, che Eleuterio?

—Nada, ña Petrona; le decía a la Agustinita que qué inflao se pondría su tata si la viera.

—Si, hijito; tenés razón; mis hijas son igual a su madre.

—¡Cruz diablo!...

—¿Cómo, che? Mirá que me fal-tás al rispato.

—Pero no, ña Petra; ¿no vido

—¿Y a usté qué le importa?

—Le pregunto, prenda, no se enoje; y no me mezquine esos oja-zos que me queman las entrañas como la caña del turco Juan.

—Flojoso había sío el hombre.

—Con las mujeres soy como el caramelo; cuanto más me prueban, más dulce me pongo.

—No; lo decía por la caña.

—No compriendo.

—¿Y a usté le quema, las en-trañas la agua del turco Juan?

—Es que yo soy muy güenito, y si es del gusto e las niñas, hasta la leche me chunna.

—Véanlo tan atortolao.

—¿Y de no? Quién no se encan-dila mirando esa cara e Virgen, y ese cuerpo qui ha e ser más suave que pulmón de chara.

—Si lo oye mama, como chara va a disparar.

—¿Y di hay? Cuando ella ha sío moza, también le habrán rascao la oreja.

—Güeno; pero ellas si olvidan de eso y en cuantito ven un mozo cerca de nosotras, aprontan la lan-ceta como las avispa pa defender la cría.

—Ahora dejemos la vieja y ha-bremos de usté. ¿Tiene novio, mo-za?

—¿Y a usté qué?

—Cómo ¿me pregunta eso dis-pués que vido que dende que lle-gué me estoy reditiendo por usté?

—Aguárdese un poco; viá tráir el juentón para juntar la grasa, y en denantes lo hacemos vela.

—¡Amalaya! Con tal de poder la alumbrar cuando está dormida.

—Yo no duermo con luz.

—Mejor; ansina la acompañaba a obscuras.

—Gaucha diablo; ¿usté no se calla nunca?

—A su lao me siento calandria.

—Entonces viá a preparar la jaula.

—No hay por qué; si me tiene con cuidao no abandono la queren-cia.

—Pero le cortaré las alas.

—¿Y por qué, china?

—Pa que no se vaya.

—¡Ahijuna! ¿Con qué me que-rés pa vos sola? Mirame, prenda. mirame...

—¡Cuidao!...

—¿De qué?

—La mujer debe ser como el perro; cuando se le acercan mucho clava los dientes, ¿no dijo hoy?

—Tenés razón; clavámelos en los labios, pero fuerte, con rabia, hasta que saqués sangre... Así me gustás, mi china, querendona y brava.

Orencia MENESES DE VOGEL.

CANCION ROMANTICA

Yo soy el alma superior que canta,
yo soy el alma superior que gime
y el pájaro inmortal que se levanta
por encima de todo lo sublime.

Amo la calma de los cementerios,
amo el secreto de la sombra muda
y marchó hacia el país de los misterios
con la obsesión de la verdad desnuda.

¿Quién se atreve a negarlo? Soy extraño.
Es mía la ciencia de soñar despierto,
y me parezco a Pablo el ermitaño
de la misera cueva del desierto.

Mi verso es verso de sentir ferviente,
mi verso es verso de visiones hondas,
tiene el suave murmullo de la fuente
y el perfume salvaje de las frondas.

G. PERKINS HIDALGO

vista, y cái bien apretao hasta el cimarrón más chúcaro.

—¡Caray, doña; pobre el cor-dero que caiga en esta majada!...

—La de tu casa... ¿si ha mul-tiplicao mucho?

—No se enoje, vieja, que no he querido ofenderla. Diga, Agustini-ta: ¿y no habrá algún retobao por la presencia de este servidor?

—¡Mireno al pretencioso!...

—¿Y por qué, moza? No será la primera ocasión qui haiga le-vantao la roncha e los celos en el corazón de algún enamorado.

qué remolino se formó allá?

—Güeno; como te decía, las he criaio muy modosas; saben traba-jar en lo que les digás; y sobre to-do, tan cariñosas, pobrecitas...

—Eso es güeno. La mujer debe ser como el perro; dócil y fiel con el amo; pero en cuantito un ex-traño se le arrima, debe enseñar los dientes, y si se le acerca en demás, clavárselos en las carnes...

—Mama... venga, ¿quiere?

—Voy, hijita.

—Ay, Agustinita; ¿usté es tan dulce como este mate?

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	Un el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre „ 5.—	Semestre „ 6.—	Semestre „ oro 4.00
Año „ 9.—	Año „ 11.—	Año „ oro 8.00
No suelto „ 0.20	No suelto „ 0.25	
No atrasado „ 0.40	No atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los re-pórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas	chico	8.—	3.—
	grande	9.—	2.—
	chico	6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 27 — ANAGRAMA

1 2 3 4 5 6 7

Lugar elevado

1 5 2 4 3 6 7

Rueda hidráulica

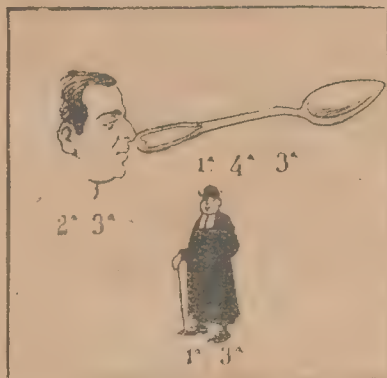
N.º 28 — CHARADA

Un viejo *tres-tres* tenía el empeño de querer a una *prima-dos-dos* y de obsequiarla *una-tres*. Un *todo* hermano de ella de ese amor llegó a saber, y al encontrarlo en la calle reprendió al viejo *una-tres*.

N.º 29 — COMPROMISO

MA VION

N.º 30 — CHARADA



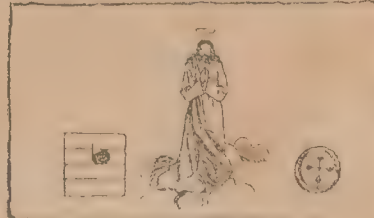
N.º 31 — COMPRIMIDO

PRI NOTA
PRI NOTA

N.º 32 — FRASE VULGAR



N.º 33 — FRASE ORIOLLA



N.º 34 — CHARADA

—¿Qué *segunda-cuarta* más hermosa! ¿De dónde la has sacado?
—Me la dió *todo*,
—¿De qué la tenía él?
—No era suya; la dejó en su casa hace tiempo uno de esos tíos que hacen *prima-segunda*, etc., de yeso.
—Pero... dártela sin ser suya...
—A él le pareció la cosa más *tercera-cuarta*.

N.º 35 — CHARADA GRAFICA



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 18—Cruzar al mar.
19—A la orilla del río.
20—Reconvenir.
21—Pasar por encima de todo.
22—Lancero.
23—Rosolino.
24—Clandestino.
25—¡Hay mi negra si blanca fueras!
26—Constantinopolitana.

El carro-jaula de la perrera, rodeado de agentes y de desgraciados colegas míos en el presupuesto municipal, cuando repleto, a lento tranco y con retumbos huecos de carromato lo veo pasar a través de las verjas del apacible Establecimiento que dirijo, en esas frescas y alegres horas de la mañana, ese carro exalta mi fantasía con tristes pesadillas. Me parece oír el rechinar de las enmohecidas rejas de la "conciergerie", me parece ver en cada vigilante la guardia republicana, y en mis desgredados colegas, los ciudadanos "sans culottes" que abrían paso y rodeaban a la fatídica carreta que retumbaba sonora y siniestra bajo las bóvedas del portalón: aquéllos eran oficiales del comité de sanidad, como éstos de ahora también lo son; como aquéllos llevaban víctimas a la guillotina, por los derechos del hombre, éstos, por los derechos del hombre, llevan víctimas a la cámara de asfixia.

Hoy los condenados son legión: el carro-jaula va repleto. Un falde rito lanudo y sucio está todo arremado a un bastardo grandote y al que mira como para pedirle protección; y el gigante, con el húmedo y oscuro hocico pegado a la reja, quieto, indiferente, insensible, mira hacia afuera, al extraño convoy que lo rodea; tres o cuatro de aquellos de raza pendenciera no sienten ahora los odios ancestrales que le instiló el hombre, se miran como hermanos. En el centro uno, grácil, endeble y todo tembloroso por el frío, no está apelma-

Aguafuertes del zoológico

LA PERRERA

zado y oprimido por los otros, parece que en esa hora suprema los demás compañeros comprenden su fragilidad casi de "biscuit". Muchos van con el hocico a tierra, como meditando, los otros con la cabeza alta como implorando al re. Seguramente ha habido fugas, hasta que el lazo traidor los detuvo; seguramente allí, en ese apelmazamiento, hace calor y nadie, sin embargo, respira fatigado y con la boca entreabierta; alguna preocupación profunda trabaja el tardo sentir de esos reclinados.

No hay allá adentro perros enormemente demacrados, perros evidentemente enfermos; esos hace tiempo que terminaron su vida bajo el adoquinado del atorrantito cruel, bajo la tunda de palos de los vecinos de un conventillo, en cuyo patio se deslizaban furtivos para buscar la migaja a su hambre ennegecedora.

No, aquí en este carro de la muerte van tan sólo los perros llenos de vida, que una medida preventiva del derecho del hombre los inhibe a vivir, porque más tarde, pueden volverse hidrófobos. Aquí en este carro va el perro que, como el nudo del precepto de la higiene y del aseo, no quiso macu-

lar el interior de la vivienda donde se aloja; fué sorprendido a la mañana, cuando abierta la puerta de la calle, se deslizó un momento afuera a satisfacer actos fisiológicos retenidos con mil sacrificios; aquí en este carro va el viejo perro que pacientemente conduce todas las tardes a su dueño ciego; va aquel que, enseñado, en cuatro o cinco vueltas, hace el pobre mercado de la vieja temblorosa y sola, cuyas piernas debilitadas se rehúsan a andar. Está el cachorrón, hermano de leche de aquel niño rubio y lindo que alivió los senos doloridos de la madre, que disolvió infartos y ahuyentó mastitis; jugaban los dos en el umbral de la pueria, bajo un rayo de sol matutino que daba encantos de idilio a esa escena, y que ponía reflejos de llama en los bucles dorados del "bambino" y el nudo corredizo apretó; y con un violento círculo en el aire fué a desplomarse como cuerpo inerte en la trampa del carromato; llora el niño desconsolado, el carro ya pasa frente al umbral y el cachorro con una mirada profundamente humana, mira intensamente por última vez al hermanito que queda.

Y un día, en ese carro, en ese

exponente de la cruel cultura humana, cayó mi perra de los ojos dulces, la que me entiende, la que de noche, cuando yo descanso, sabe como con sus ladridos y sus saltos debe interrumpir una pelea de zorros o de lobos, una bestialidad de un ciervo contra sus hembras. Mi perra, que en la vereda olfateaba un cajón cerrado, que venía con serpientes, se sintió elevada en el aire y cayó en la cruel remanga. Inútiles fueron las protestas inmediatas, exhibición de medallas; mis desgredados colegas municipales son como los "sans culottes", inexorables ejecutores del comité de Santé.

Y la perra, quizás confortada con mi vista, no daba muestras de tristeza ni de asombro, estaba tan alegre que con su presencia y su belleza pareció consolar a las pobres víctimas que la rodeaban; fué así también para ellos menos triste la última parte del viaje, en su feliz inconsciencia olvidaron la tremenda duda de hace un rato; ella estaba alegre, cumplimentosa y los otros se animaban en su presencia; tan sólo un pobre cachorro, quizás también hermano de leche de un rubiecito divino, seguía triste y arrinconado.

Y mientras el convoy seguía su lenta marcha, ya tranquilizado por la libertad de mi perra, que era segura, yo miraba la expresión artificialmente impasible de los agentes de seguridad y la canallada, truhana, brutal de esos colegas míos en el presupuesto municipal.

Clemente ONELLI.

PAPEL Y TINTA

"Simarrón", poesías por B. Firpo y Firpo. (Montevideo).

Con el título de estas líneas ha aparecido este libro en el vecino país. Su autor es un poeta joven, un cantor de verdad de las cosas del terruño, que diferente a muchos que ven el campo desde la ciudad o lo imaginan, cantan falseando los temas. Firpo y Firpo conoce la majestad de la pampa, ha soñado más de una vez al pie de una sierra y ha acariciado al pasto de las cuchillas que esmaltan la campiña uruguaya.

Zun Febre, uno de los valores del Uruguay, ha comentado recientemente la obra de Firpo y Firpo, manifestando que es uno de los mejores poetas naturistas.

Sus versos, algunos de forma original, nos dan la sensación de que estamos presenciando a la china de larga trenza, o ya aspirando el perfume de las madreselvas maragatas.

Tiene en su libro composiciones sentidas y armoniosas que conmueven.

Firpo y Firpo es un nuevo valor que se impone en las letras de su país, con este libro netamente criollo.

"Cobardes!", por José M. Braña.

En breve se dará a publicidad, bajo el título que precede y editado por la casa L. J. Rosso, un volumen conteniendo una colección de treinta cuentos dramáticos, originales del conocido escritor José M. Braña.

En cada uno de los cuentos de referencia aparece un cobarde. Son, pues, treinta cobardes distintos, que, por su diferente psicología, no se parecen entre sí, circunstancia que presta una indudable originalidad a la obra de referencia.

"Revista Pan Americana de Turismo y Comercio".

El primer número de la publicación nombrada en el epígrafe responde ampliamente a los propósitos anunciados anteriormente por sus componentes. Dedicado a la consideración de progresos metropolitanos y diversos asuntos de turismo. Presentado artísticamente, con serenidad y buen gusto.

Su orientación el fomento del turismo en América.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1015

U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bayio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PENA 216

U. T. 35, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebléau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6554, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Pirovano

Jefe del Servicio del Hospital

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SAEMIEN TO 735 U. T. 7395 Avda.

Caza de ballenas a la moderna

La caza de la ballena, que había decaído muchísimo, ha vuelto a resurgir con el descubrimiento de que las costas mejicanas del Pacífico, y en varias partes del Atlántico, habían vuelto a ser visitadas por grandes cantidades de aquellos valiosos cetáceos.

Tanto abunda este enorme mamífero marino en aquellas regiones, que en la expedición de prueba, hecha por una flota noruega, para ver si valía la pena explotar su caza, cogieron 298 ballenas.

Si se considera que por término medio cada uno de esos animales pesa ochenta toneladas, se comprenderá el dineral que pueden producir estas excursiones de los balleneros.

La caza de ballenas es una profesión emocionante y entretenida, pues desde el momento en que la flota sale del puerto pesquero hasta que regresa a él con su rico cargamento, no hay un instante de aburrimiento. La abrumadora rutina de los viajes en los barcos de carga y pasaje no se conoce en los balleneros. No se sabe dónde va a estar uno al día siguiente; si será o no fructífera la jornada, si será o no una serie de batallas y victorias.

Para lo imprevisto, lo emocionante en la vida del mar, nada como la pesca de la ballena.

En ella hay que emplear mucho trabajo y mucha energía, pero el premio es, generalmente, bueno.

La flota ballenera se compone de tres buenas embarcaciones caza-

doras y el llamado buque "madre" alrededor del cual y bajo cuya protección maniobran los botes arponeros. Cuando se ha conseguido capturar una ballena, la remolcan al costado de la "madre" y allí se descuartiza y se extrae el aceite y demás operaciones.

Los barcos arponeros son pequeños, de gran velocidad y fáciles de maniobrar, pudiendo girar y evolucionar con extraordinaria rapidez. En la proa llevan un cañón arponero.

Estos cañones van montados en una cureña giratoria, de manera que el cañón pueda apuntar en todas direcciones y ángulos, y van cargados desde el momento en que se hacen a la mar.

El arpón viene a tener 1,25 de largo y por su parte posterior lleva una larga cuerda sujeta a la embarcación. Una vez el arpón en el cañón, se coloca a tornillo el explosivo, que es un hierro hueco de afilada punta, en cuyo interior lleva una carga de pólvora. Unida al arpón va una larga manga de aire comprimido.

En lo alto del mástil se coloca el vigía en su puesto, desde donde explora el mar con un potente antejo.

Suena en lo alto la voz del vigía anunciando: "¡Ballena a la vista!" y el ballenero vuela en la dirección señalada, y, desde aque-

llo momento, todo es actividad en el barco que, veloz, persigue al cetáceo. El "artillero" acude a la proa y detrás del cañón aguarda el momento oportuno para lanzar el mortífero arpón.

A veces esta persecución dura mucho, hasta que el buque arponero logra acercarse a la ballena y encuentra posición favorable, para disparar.

Al fin surge la ballena frente al barco, y, al mostrar el negro dorso, el artillero apunta y lanza el agudo arpón que arrastrando la cuerda va a clavarse en las carnes del monstruoso animal.

Pasan unos momentos de inquietud mientras la ballena herida coletea con fuerza y huye rápida, y de repente se oye una detonación.

La punta del arpón ha explotado. La batalla ha terminado. En aquel momento la manga de aire penetra en el cuerpo del cetáceo, con tal rapidez que al poco tiempo la ballena, inflada como un globo, no puede sumergirse. Muerta a poco, se puede manejar fácilmente.

Desde que se inventó esta manera de insuflar aire en las ballenas, mucho se ha escrito, se ha bromeado y hasta ha dado motivo para caricaturas en los periódicos de los países donde se practica esta industria. Un caricaturista publicaba unos dibujos en los que se

veía cómo desde el barco ballenero se inyectaba hidrógeno en el animal; cómo se iba inflando, y, por último, cómo se remontaba por los aires causando la admiración y el asombro de aeronautas y aviadores, al ver flotando en el espacio un mongolfier de formas tan extrañas.

La ballena muerta se lleva a remolque al costado del buque "madre", y allí se hacen las operaciones de extraer el aceite y las barbas.

El buque arponero sigue de nuevo en busca de otras piezas.

No siempre las cosas salen a pedir de boca. A veces, por un descuido del arponero, por un movimiento inesperado del cetáceo, el arpón en vez de penetrar en la carne no hace sino una herida en la piel del animal. Entonces hay que vérselas con una fiera.

Suele suceder también que la ballena al subir a la superficie lo haga inmediatamente por debajo de la embarcación, a la que hace zozobrar, y a veces el arpón no explota y el barco arponero es remolcado durante días por el monstruo hasta lejanos mares.

Estos y otros muchos accidentes hacen interesantísima y llena de emoción la pesca de la ballena.

Si pensamos que en la última expedición noruega se capturaron trescientas ballenas, se comprenderá que la costa mejicana del Pacífico ofrece espléndido campo a los pescadores de ballenas y pingües ganancias a las empresas.

DE PEQUEÑAS CAUSAS

No siempre hay que buscar el interés teatral dentro de nuestro ambiente, en las grandes compañías encabezadas por figuras de primer orden, ya que a veces no tienen otro mérito que el de la labor personal de esos artistas, no siempre suficiente para satisfacer a auditórios selectos.

Sin citar nombres, todo el mundo recuerda temporadas que han fracasado lamentablemente por el empecinamiento de una primera actriz en dar y sostener tal obra de lucimiento personal o por la deficiente dirección artística de la compañía o tal actor. Es necesario ya ofrecer al público espectáculos mas completos que la atmósfera y festiva imitación de tipos archiconocidos o la patética desesperación de una pobre mujer engañada vulgarmente por su marido. Buenos cómicos y buenas obras, con escenografía moderna y en salas confortables, son condiciones necesarias para arrastrar el entusiasmo del público, que antes se satisfacía con las mas simples e inocentes expresiones de un arte rudimentario.

No hemos de ser tan exigentes que pretendamos espectáculos completos e impecables en todas las salas, pero queremos hacer resaltar la circunstancia de que el mérito de las obras es factor decisivo de éxito para una gran parte del público, aunque el elenco que la tenga a su cargo no esté encabezado por una figura de las que en nuestro medio están consagradas como astros de primera magnitud.

Tal es el caso de la compañía Casnell - Arrieta que se propone dar en el San Martín una temporada de teatro selecto.

Encabezada por Carmen Casnell y Santiago Arrieta, dos actores que han demostrado su capacidad y dedicación, han sabido rodearse de un conjunto de actores discretos que muy bien pueden dar una versión interesante de cualquier obra de mérito. Y esto ya basta para que los mifemos con atención.

Figuran en el elenco las actrices Aída Arrieta, Obdulia Bouza, Carmen Calero, Isabel Figlioli, Elena Martínez, Chola Osés, Elvira Torres y Nosis Zabala y los actores Juan Arrieta, Antonio Calaneri, Alberto de Santis, Pedro Fiorito, Domingo Mania, Pedro Tocci y Eduardo Zorrilla.

En el repertorio que cultivará este elenco se mencionan los siguientes títulos y autores: "Leticia", de Dario Niccodemi; "Ángel y demonio", de J. F. Escobar; "Si yo quisiera", de Paul Gerald; "La hermana María", de José J. Berrutti; "La casa cercada", de Pierre Frondaie; "Messalina", de Mazziotti; "Amo a una actriz", de Lazio Folor; "Fuego intencional", de L. D. Amra y A. Donandy; "Chipee", de Alex Madis; "El demonio fué antes ángel", de Jacinto Benavente; "La chica del Citroën", de Enrique Suárez Deza; "El corazón ciego" y "Canción de cuna", de Gregorio Martínez Sierra; "Derecho de madre", de B. de la Parra; "La comedia de la felicidad", de Nicolás Evreinoff; "El señor cura y los ricos", de L. Fautel; "Una farsa en el castillo", de Franz Molnar; "El abogado Bolbec y su marido", de Verneil y Berr; "La virgen loca", de Henry Bataille; "Zingali", de Arturo Cap-

TEATROS

devila; "Ni siquiera un beso", de Roberto Bracco; "La marcha nupcial", de Henry Bataille; "Don Segundo Sombra", de Oscar R. Beltrán; "El matrero", de Yamandú Rodríguez, y "El gaucho negro", de Claudio Martínez Payva.

OLINDA BOZAN

El primero de marzo dará comienzo a su actuación en el teatro de la Comedia la compañía encabezada por la popular primera actriz Olinda Bozan, a la que rodean algunas figuras muy conocidas, como Rosa Arrieta, Leonor Rinaldi, Carola Smith, Encarnación Fernández, Francisco Busto, José Otal y Alfredo Camiña.

El cartel de iniciación estará integrado por "El festín de la chusma", de César Burell y otra pieza no decidida todavía.

La dirección artística, a cargo de Ricardo Collazo, se propone dar obras de carácter popular, cultivando preferentemente la cuerda cómica.

CESAR Y PEPE

Los populares hermanos Ratti se encuentran en plena actividad, preparando la temporada que comenzará probablemente el primero de marzo próximo.

Como tenemos anunciado, esta compañía ocupará el Apolo y al mismo tiempo que el sainete, cultivará la comedia musical y las piezas de gran espectáculo capaz de entretener a un público que busca en el teatro un esparcimiento honesto y sin trascendencia.

Se formará el programa de la primera noche con el estreno de la pieza "¿Quién tuviera veinte años!", de Alejandro E. Berrutti y una férie de Carlos Villarreal que aun no tenía título en el momento de escribir estas líneas.

Ya dimos a conocer anteriormente la nómina de los componentes de este conjunto, que es nutrida y en la que figuran elementos muy estimables.

LA PAGANO EN EL IDEAL

Bajo la prestigiosa dirección escénica de Angelina Pagano y la artística de F. Defilippis Novoa, actuará en el Ideal una compañía argentina de comedias, una de las pocas que darán espectáculos de ese género con producciones de autores locales.

Forman dicho conjunto, las siguientes figuras, bien conocidas de nuestro público:

Actrices: Gloria Ferrandiz, Teresa Serrador, Blanca Vidal, Lucía Barause Mirta Bottaro, Consuelo Pérez Molina, Lidia Caviglia y Mirta Seppelli.

Actores: Domingo Sapelli, Carlos Morales, Enrique Roldán, César Marino, Eduardo Bulterini, León Cerry, Pedro Lazald y Enrique Vidal.

La temporada dará comienzo en la primera quincena de marzo próximo.

CARA Y SECA

Se anuncia en el Avenida la reposición de dos viejas zarzuelas españolas por la compañía Barreta que en esta sala está actuando con gran éxito. Las obras son: "La ca-

ra de Dios" y "El rey que robó", la última de las cuales, por el tiempo que hace que se viene anunciando, es la seca que aludimos en el título.

EVITA FRANCO

Ofrece buenas perspectivas la temporada de comedia que realizará la primera actriz Evita Franco en el Liceo. La joven actriz tiene temperamento y es estudiosa, dos buenas cualidades que no siempre se encuentran juntas en los sacerdotes de los templos de Talía.

Esperamos con curiosidad esta temporada que puede resultar muy interesante si es dirigida con acierto. Una esmerada selección de las obras es condición indispensable para obtener el resultado artístico que es dable exigir de un conjunto encabezado por la distinguida actriz.

Ha sido elegida como pieza del debut, la comedia de F. Defilippis Novoa "Tú, yo y el mundo después", de la que hay buenas referencias.

DOS OBRAS PARA CASAUX

Entre las obras que han entrado a formar parte del material aceptado para la próxima temporada de Casaux en el Nuevo, figuran "Vasco bruto, sí; cabeza dura, no" de Alberto Novion y "Un tipo se-cante", de Arnaldo Malfatti.

No parece, por los títulos, que con estas piezas pueda salirse de la vieja huella. Lo que quiere decir que estaríamos siempre en las mismas.

PARA EL 7 DE MARZO

Enrique Muñio no ha querido demorar la fecha de su presentación en el Buenos Aires. Sabe que al que madruga, Dios le ayuda y que además de Dios le ayuda el público. Muñio tiene su público, que le es adicto y el popular actor cómico le tiene una confianza ciega. Tal vez la confianza se la tiene a sí mismo. Y es por ello que no se ha preocupado de preparar grandes cosas, ni nada nuevo. Su temporada de 1929 no será más que una continuación de la de 1928. Mientras las demás compañías hacen proyectos y formulan promesas de renovación y de mejoramiento, Muñio se limita a cerrar el paréntesis estival y se dispone a recomenzar sus tareas con el clásico: "Decíamos ayer..."

Así, el día 7 de marzo, después de una breve interrupción de las representaciones, seguiremos viendo "El cabo Rivero", de Alberto Vacarezza y "Un padre en busca de seis hijas", de Julio F. Escobar.

Es posible que se estrene "Así se escriben los tangos" de Florencio B. Chiarello.

SE TRABAJA EN EL SMART

La compañía de Marcelo Ruggero ha comenzado los ensayos de las piezas que ostentarán los programas del Smart el día de la inauguración de su temporada oficial del año en curso.

Las obras elegidas para la presentación son: "¿Quién es el patrón del barco?" en dos actos y un

episodio grotesco de la vida real y "Viva la Santa Federación", cuadro escénico de la época de Rosas. Firman la primera de dichas producciones, los señores A. J. Rodríguez Bustamante y Miguel Lifichir. La segunda es original de Julio F. Escobar.

BUENOS PROPOSITOS

Quien transite por la calle Corrientes, puede ver en el vestíbulo del teatro Comico un manifiesto de la empresa, acerca de los propositos en que esta empeñada para su próxima labor. Es una lectura reconfortante. Se hará o no se hará todo lo que allí se promete —ecuación de alto grado y muchas incógnitas—, pero la intención no puede ser mas plausible. Se trataría de dar una temporada realmente artística, dentro del género popular que allí ha de cultivarse. El sainete será la base del cartel, pero se dará cabida a producciones de muy diversa índole, aunque siempre dentro de un concepto superior y moderno de lo que deben ser los espectáculos teatrales en una capital como la nuestra.

El prestigio de que goza el director del conjunto, don Armando Discépolo, es una garantía de que no ha de tratarse de meras palabras ni de empedrados para el infierno, sino que puede confiada mente esperarse en que ha de lograrse mucho en el sentido expresado.

La función inaugural de la compañía de Luis Arata en el Cómico, tendrá lugar con el estreno de la pieza en un acto de Vicente Martínez Cuitiño, titulada "Extraña", con decorados de Rodolfo Franco, y la reposición de "Babilonia (una hora entre criados)", de Armando Discépolo, escenografía por Abraham Vigo.

Aun no ha sido fijada definitivamente la fecha del debut.

GRAND SPLENDID

Tiene contornos de verdaderas reuniones sociales las funciones de esta aristocrática sala de la calle Santa Fe. Son tradicionales sus programas y la calidad de los espectáculos que ofrece, donde la película dramática y la cómica rivalizan en interés dentro de su respectivo género. En cuanto a la música que allí se ofrece, basta decir que es la de costumbre.

CAPITOL

Una sala llena de comodidades y un programa lleno de atractivos, es lo que ofrece a sus habitués este cine, siempre concurrido por las familias más distinguidas de nuestra mejor sociedad.

GLORIA

Entre los cines metropolitanos es uno de los más céntricos y de mayor concurrencia, el Gloria, cuyos programas son cuidadosamente preparados, teniendo en cuenta todos los gustos y de preferencia los más exigentes.

CINE PARK

La sala preferida por las familias de Palermo, ha preparado para la semana entrante un selecto programa de las mejores marcas.

De Puente del Inca



El doctor Luis Ayerza y sus hijos



El doctor Bonazola y señora; el señor Blanch y su esposa y la señorita Recca.



El señor Reñares y su esposa



Los doctores Ayerza, Funes y Rivas y el coronel Rawson durante una partida de bochas.



El señor Orteiza



La señorita Alicia Sinsons y el niño Leiró.

DE CACHEUTA



Señor Francisco Castorini y su familia.



Los doctores Alberto Gollán, Aristóbulo Lazo, Manuel Castillo, Lorenzo Larguía y González Garaño, durante un ágape profesional.



Doctor Florindo Ilesca, su esposa y su hijito



Señoritas Carola Filippello, Elena Bongiovanni y María Luisa Gómez.



Señoritas Magdalena Lesguerre, Cory González Baños y Lila Fernández y señor Luis Ruocco.



La señora de Torres y la señorita María Luisa Gómez.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Abrigo de crepella color azul marino, con pespuntos inter cruzados. Cuello rojo orlado con pespuntos azules. — 2 — Trajecito ejecutado con las dos mismas telas de llevar con el abrigo. Está rayado y bordado oro en el cuello y en los puños. — 3 — Trajecito para deportes, muy chic, confeccionado con "kashadrap" color verde tilo, ribeteado y cinturado con reps marino de dos tonos.